

Juan Martínez Villerzas.

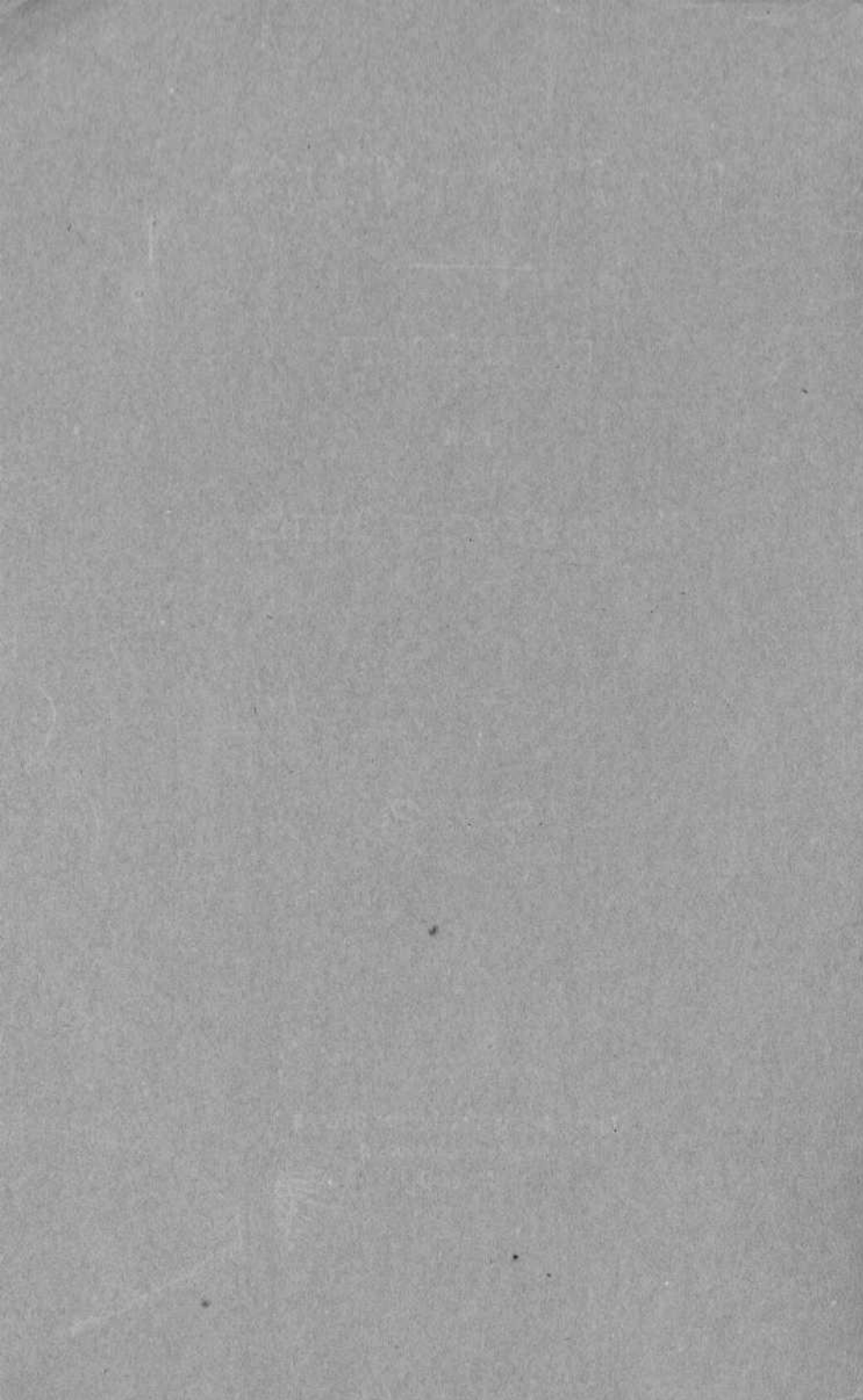
BOSQUEJO BIOGRÁFICO-CRÍTICO

POR

NARCIÑO ALONSO CORTÉS



LIBRERÍA DE VICTORIANO SUÁREZ
Preciados, núm. 48
MADRID



t. 71278
D6C1
A

Juan Martínez Villergas.

BOSQUEJO BIOGRÁFICO-CRÍTICO

POR

NARCISO ALONSO CORTÉS



VALLADOLID

Tipografía del Colegio Santiago, para huérfanos del Terma de Caballería.

1910

t. 71278
C. 1089762



R. 58191

Al ilustre escritor y catedrático Sr.

Gabriel M.^o Vergara, mi admirador y
amigo

Narciso Alonso Cortés



JUAN MARTÍNEZ VILLER GAS

JUAN MARTÍNEZ VILLER GAS

Bosquejo biográfico-crítico.

I

Los que hemos entrado jóvenes en el siglo XX, no podemos formarnos idea de lo que el anterior fué hacia sus mediados. Aquella incansable agitación política, que desde los ocultos rincones del *club* llevaba sus movimientos hasta la plaza pública; aquel tejer y destejer ministerios, fugaces relámpagos que más de una vez, acompañados de mortífera exhalación, dejaban huellas de su paso en multitud de víctimas; aquella serie inacabable de insurrecciones y pronunciamientos, fracasados las más veces, triunfantes algunas; aquellos periódicos apasionados, rojos ó negros, pero siempre dispuestos á llegar al insulto y la diatriba... Todo ello formaba un conjunto abigarrado de difícil reproducción.

En esa agitada sucesión de acontecimientos, que bastarían por sí solos para acreditar las inagotables energías de una raza, flotan los nombres de políticos y poetas, de militares y periodistas, que con pasmosa actividad manejaron uno de los más movidos escenarios políticos. Reflejo de todo ello era esa prensa de pasiones exaltadas, tan dispuesta á derrochar las sales de la sátira como á esgrimir las

más terribles armas contra sus enemigos. *El Espectador*, *El Zurriago*, *La Tercerola*, fueron los ecos de *La Fontana de Oro* en los tumultuosos días de Cabezas de San Juan; *La Revolución*, *El Guirigay*, *La Guindilla*, *El Tío Camorra*, acompañaron á la regencia de Cristina y dominación sucesiva de Espartero y los moderados; *El Látigo* y *El Padre Cobos* siguieron al movimiento revolucionario de 1854; el *Gil Blas* y *El Cascabel* fueron unidos al de 1868... Y dando vida á esa interesante serie de hojas parlantes, aparecen los *Ibrahim Clarete*, los Villergas, los Villosladas, los Palacios, los Riveras, los Blascos.

Explicable es que esos efimeros papeles, pasada su actualidad, caigan en el olvido; pero no lo es tanto que quienes los inspiraron y escribieron, cuando su labor fué seria, sólida, valiosa, merezcan la misma suerte. He aquí por qué yo ahora procuraré reparar hasta donde pueda la injusticia que se comete con Juan Martínez Villergas, uno de los más ilustrés poetas satíricos del siglo XIX.



En Gomeznarro, pueblecito de la provincia de Valladolid, partido judicial de Medina del Campo, nació Juan Martínez Villergas el día 8 de Marzo de 1816. Sus padres, D. Manuel Martínez y doña Vicenta Villergas, no poseían grandes bienes de fortuna, por lo cual, aunque observasen bien pronto en el muchacho señales de un talento no vulgar, nada pudieron hacer para ponerle en carrera.

Recibió, pues, el futuro poeta, la educación que podía dar en el primer tercio del siglo XIX un maestro de escuela rural. Gomeznarro era uno de tantos pueblos perdidos en la llanura de Castilla, sin movimiento, sin vida, sin la escasa significación que más tarde había de darle una humilde estación de ferrocarril. Había, eso sí, la tranquilidad y el bien-

estar que proporciona una relativa abundancia; no mermada todavía por continuas calamidades; y el mismo Villergas, años después, hacía una pintura muy agradable de su pueblo

«que está, legua más ó menos,
ocho de Valladolid.

En vino blanco se ahogan
las pesadumbres allí,
y nadie sufre un revés
sino de lomo ó pernil.

«De las frutas, el marrano»,
exclaman con frenesí,
y «de los peces el cerdo»
es lo que suelen decir.

Si alguno come ensalada
ya está en casa el alguacil,
y paga un doblón de multa
ó va á chirona á dormir.

Porque agua bebió en agosto
cierto señor zarramplín,
le negó la absolución
su confesor en abril.

¿Hay allí sed? Venga vino.
¿Hay boda, entierro ó festín?
Cerveza de Valdepeñas,
ó la vida está en un tris».

Aun recluso en aquel rincón castellano, Villergas procuraba instruirse todo lo posible, leyendo cuantos papeles caían en sus manos y ensayándose en la composición de versos, que con la mayor soltura improvisaba al más pequeño requerimiento de sus convecinos. Pero como sus actividades le pedían un campo más espacioso, al llegar á los 18 años, en 1834, dejó las soledades de Gomeznarro y partió con dirección á Madrid, aprovechando la circunstancia de residir en la corte un tío materno suyo, D. Jerónimo Villergas, como oficial de la Contaduría de Rentas de la Provincia.

Por de pronto, el avisgado lugareño dedicóse á formar su cultura literaria y artística. En las bibliotecas leyó obras de todo género, y en la Academia de San Fernando, bajo la dirección de D. Antonio María Esquivel, aprendió dibujo, sin que dejase de hacer con sus condiscípulos toda clase de diabluras. Cuenta nuestro poeta que durante su aprendizaje, aquel profesor, después de encontrar malos todos los detalles y circunstancias de sus dibujos, añadía para no desanimarle: «Pero lo demás, va bien».

De la situación en que se encontraba Villergas por esta época, él mismo nos dice algo en las siguientes palabras:

«Era, señores, el año de 1834 cuando yo, pobre castellano viejo, nacido y criado en una aldea, y concibiendo sin saber por qué esperanzas de un porvenir menos oscuro que el que me amenazaba en el campo, tomé el tole hacia la capital de España, donde al cabo de treinta meses de increíbles fatigas obtuve el empleo de último meritorio en la Contaduría de Rentas de la provincia de Madrid; magnífico destino que me proporcionaba el gusto de pasar seis horas de día y tres de noche en una oficina, trabajando como un negro en copiar informes y oficios, extender cargaremes, hacer asientos en los libros de contabilidad, y todo ésto con la doble satisfacción de no cobrar un maravedí por mi trabajo; circunstancia que hasta cierto punto lisonjaba mi vanidad, porque si mi empleo no era de los más importantes, tenía la ventaja de ser de los menos gravosos á la nación. A esta ganga, que así llamamos en Castilla á todo golpe de buena fortuna, uní pronto la de ser miliciano nacional, lo que me proporcionó la dicha de tener que comprar el uniforme y el sable, ir todos los domingos á hacer el ejercicio á la pradera del Canal y pasarme cada vez que entraba de guardia algunas horas de centinela en aquel clima tan benigno que hace sudar el quilo en el verano y es capaz de exterminar á todos los

ejércitos del Norte en algunas noches de invierno. Eso sí, como nos hallábamos en tiempo de guerra y cuando no había jarana en la corte se acercaban los facciosos lo bastante para autorizar el estado de sitio, tenía yo como miliciano la ventaja de que en las faltas de disciplina me tratasen con todo el rigor de la ordenanza; de modo que si fumaba ó me dormía hallándome de centinela, si se me olvidaba la consigna, si cumplía, en fin, tarde ó mal con cualquier acto del servicio, sabía que no podía faltarme alguna condena de recargo en las guardias, dos ó tres meses de arresto ú otras cosas que una vez ocurridas nos quitan hasta el humor de contarlas. En cambio de todo esto, cuando llegaban las elecciones de oficiales nadie pensaba en mi humilde persona á pesar de haber yo sido siempre uno de los patriotas más ardientes, y todo por la maldita circunstancia de ser empleado y engordar á costa de la nación, como decían mis camaradas... Mis lectores comprenderán muy bien que no teniendo yo bienes de fortuna ni contando con más esperanzas que las que legítimamente debía fundar en mi empleo, no tendría mucho dinero de sobra para ir al teatro. Harto haría con mantenerme y vestirme, cosa que sin duda logré, puesto que lo cuento, aunque yo mismo no podría hoy explicar de qué manera pasé mis primeros años en la corte. Sólo recuerdo, y esto bastará para tranquilizar á ustedes, que nunca falté á los sagrados deberes de un hombre honrado. Pero ¿se crecerá, al ver la serenidad con que relato mis tristes aventuras, que yo tenía entonces bastante filosofía para llevar mi suerte con paciencia? Pues nada de eso. En aquel tiempo yo no tenía nombre literario, pero ya hacía versos; no había ensayado la tarea de crítico, pero leía con avidez todo lo que llegaba á mis manos, fuese extranjero ó nacional, y formulaba mi opinión acerca de las obras y de los autores de un modo que no pareció siempre desacertado á las personas de criterio. Hallába-

me yo, por consiguiente, en la época de las ilusiones literarias; prefería un romance de Quevedo á un pavo relleno; recitaba de memoria las letrillas de Bretón; devoraba las obras de Victor Hugo, y hubiera hecho cualquier sacrificio por ir una noche al teatro».

Saljó al fin Villergas de meritorio para cobrar el espléndido sueldo de 1.500 reales anuales, salvo el descuento del 25 por 100 que entonces sufrían todos los empleados. ¿Fué larga su vida burocrática? He aquí lo que sobre este punto dice un amigo suyo y escritor de verdadero mérito, D. Vicente Barrantes:

«Su tío D. Jerónimo Villergas, segundo jefe de la Contaduría, instalada como las demás dependencias de la Hacienda provincial de Madrid hacia 1835 y 40, en aquel caserón hoy graduado de ruina, que bajando por la calle de Capellanes, con vuelta á la plaza de los Descalzos, afrontaba con el ángulo del viejo Monte de Piedad, donde lucía Churriguera su obra maestra; al verse con un sobrino patriota, que al terminar la guerra civil no tenía más oficio ni otro beneficio que su licencia de voluntario, costumbres soldadescas, afición á la política y tendencia peligrosa á la mordacidad no sin donaire, creyó sin duda poder modificar aquella virgen naturaleza, enlegajándola y metiéndola en moldes oficinescos; y he aquí por qué de 1835 á 40 los oficiales todavía típicos de la Contaduría, ponían cada mañana los ojos en blanco, los puños en ristre y los gritos en el cielo, al hallar sobre sus mesas respectivas sendas cuartetos que los retrataban muy á lo vivo, con sus apergaminados rostros, sus altos corbatines de terciopelo sobre armadura de cerda, sus enormes focos ó tirillas que las orejas les desgarraban y sus manguitos de bayeta oscura por la pluma pintarrajeados. Estaban, como suele decirse, hablando; circunstancia agravantísima, porque su lenguaje hacía reír á los mismos polvorosos expedientes en el fondo de las taquillas.

Como secreto entre muchachos es secreto á voces, y el principal fin que Villergas se proponía era lucirse con la gente menuda de la oficina, pronto el criminal estuvo descubierto y sentenciado, quizá no sin lágrimas, por su propio tío, á emprender otra carrera, la de cesante, ya por aquel tiempo tan conocida y frecuentada, como en los ominosos que cerró Fernando VII con su muerte, era inverosímil é ignota. Cada pronunciamiento para los pobres empleados equivalía al cólera morbo, que acababa de hacer en España su triunfal aparición».

En esta situación, Villergas decidió echar por la carrera militar, pensando que no en vano pertenecía al cuerpo de milicianos nacionales. El Gobierno había decidido formar cuerpos francos, compuestos de la juventud que figuraba en la Milicia Nacional, con sueldo de seis reales por individuo, para perseguir en la provincia de Madrid á los cabecillas manchegos *Orejita*, *Palillos* y otros por el estilo, que cometían todo género de atrocidades; y Villergas, que pertenecía á la 4.^a compañía del 5.^o batallón, mandada por D. Mariano Torres Solanot, fué uno de los primeros que se alistaron.

Dispuesto, pues, á realizar proezas en la persecución de los facciosos, salió nuestro Villergas á campaña, y bajo las órdenes de un capitán llamado Corominas llegó hasta Torrelaguna. Pero, á la cuenta, tampoco le preparaba Dios el porvenir por ese camino; porque el Gobierno, volviendo de su acuerdo, suprimió los cuerpos francos, y la compañía en que prestaba sus servicios el miliciano de Gomeznarro, fué disuelta.

He aquí, pues, á Villergas sin su fusil de voluntario, sin su empleo de Contaduría, y sin esperanzas de que el maná viniera por ninguna parte. ¿Qué hacer en semejante caso? Su situación era realmente comprometida, y en la imposibilidad de resolverla por el momento, se conformó con seguir el cultivo de los versos que de tal modo le atraía.

El romanticismo estaba entonces en todo su apogeo. Habían aparecido ya en la escena española *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, *El Trovador* y *Los Amantes de Teruel*, y menudeaban las novelas históricas á lo Walter Scott. En la lírica, Espronceda desarrollaba la plenitud de su genio, y Zorrilla, puesto en los escalones de la gloria desde la muerte de *Figaro*, daba á la imprenta tomos y tomos de poesías, en que se desbordaban todos los primores de una imaginación exuberante. Enrique Gil, el melancólico cantor de *la violeta*, Pastor Díaz, tierno y delicado, Escosura, de irregular y lúgubre inspiración, Romero Larrañaga, *el de la cruz colorada*, y otros cuantos poetas y prosistas, contribuían al sostenimiento de la boyante escuela, en que no faltaban los exaltados—y los más ineptos—que llevaban al último límite las exageraciones.

La lucha entre clásicos y románticos enardecía los ánimos. En el Ateneo se discutía la cuestión de las *unidades dramáticas* y el «paralelo entre las modernas novelas históricas y las antiguas historias caballerescas», alzándose la discreta voz de Alcalá Galiano para sostener que en cuestiones literarias no había clásicos ni románticos, y hacer afirmaciones como las siguientes: «Los verdaderos románticos fueron los griegos; y lo eran según la naturaleza, esto es, siguiendo sus inspiraciones sublimes. Los poetas que vinieron después, no fueron ya originales: Horacio, Virgilio y demás escritores coetáneos ó sucesores suyos, eran simples imitadores de los griegos. No he querido decir—continuó—que no haya reglas; sino que así como Aristóteles las sacó del estudio y observación de los modelos griegos, de la misma suerte debemos deducir nosotros las que hayan de observarse en la poesía dramática, de aquellas composiciones modernas escritas según el espíritu, gusto y tendencia de un teatro que no es ya el de Grecia. Por consiguiente, es forzoso en el estado actual de ese género, formar una

poética nueva, tomada de los dramas de Schiller, Shakespeare, Calderón, Moreto, Lope de Vega, etcétera». Por su parte Enrique Gil, al juzgar en el benemérito *Semanario Pintoresco Español* los cuatro primeros volúmenes de las poesías de Zorrilla; decía lo siguiente: «Así que nosotros aceptamos del *clasicismo* el criterio de la lógica, no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades morales de la época, sino la lógica del sentimiento, la verdad de la inspiración; y del *romanticismo* aceptamos todo el vuelo de esta inspiración, toda la llama y el calor de las pasiones. Aquel vuelo, empero, ha de ser por el espacio infinito que el alma del hombre puede cruzar; y la llama y el calor de las pasiones han de ser reales y espontáneos, y no fosfórico resplandor que luzca vistoso un instante para apagarse apenas le toquen».

Estas juiciosas observaciones de los *primates* de la literatura caían sin embargo en el vacío. Los jóvenes pálidos y greñudos que pretendían abrazar la nueva doctrina, creyendo sin duda que el mérito estribaba en poner los pelos de punta, se complacían en presentar, como decía Lista, «horrores, costumbres patibularias, crímenes y suicidios», no sin tener la triste fortuna de que el «bello sexo—habla *Fray Gerundio*—era el consumidor en grande de esta mercancía, y con eso los poetas nacían y pululaban como yerbas en primavera lluviosa».

Cualquiera creería que Villergas, con su buena habilidad para componer versos é influido por aquel ambiente que doquiera se respiraba, había de pasar, como uno de tantos, á engrosar las filas del romanticismo. Pero precisamente su acierto estuvo en seguir otros caminos menos frecuentados de los poetas y más de acuerdo con su carácter. Los donosos cuadros de Mesonero Romanos y las composiciones jocosas de Bretón influyeron más en su ánimo, propenso siempre á la jovialidad, que toda la serie de versos y prosas espeluznantes, y se consagró de

lleno al género festivo. No esperaba él sin duda que sus composiciones mereciesen por el pronto los honores de la publicidad; pero un amigo cariñoso sacó copia de uno de sus sonetos, y sin consultar con el autor lo llevó á las columnas de *El Entreacto*.

Era *El Entreacto* un periódico bisemanal de literatura, propiedad á la sazón del famoso librero don Ignacio Boix, y dirigido por D. Miguel Agustín Príncipe y D. Patricio de la Escosura. En él se publicaban revistas de teatros y retratos de actores; en él colaboraba el autor de los *Cantos del Trovador*, que más de una vez se firmaba presuntuosamente «José de Zorrilla»; en él se combatía la influencia francesa en el arte dramático. Miguel Agustín Príncipe, el alma de la publicación, escribía letrillas de actualidad, burlándose graciosamente así de clásicos como de románticos. En una de ellas enderezaba á los primeros, entre otras, las siguientes chanzonetas:

Dejar á Jove y Egisto
por seguir á Jesucristo,
les tan prosáico y vulgar!
Y además, ¿cómo nombrar,
pongo por caso, á María,
cuando Homero no lo hacía,
ni ser bueno en castellano
lo que no lo fué en latín?
*¡Ay, qué manga tan estrecha
tiene el señor clasiquin!*

¿Y aquel escritor de fama
que da las leyes del drama
y habla del macho cabrío?
(No es Horacio, señor mío,
que es un clásico francés
á quien llevan por los pies
hoy los de Francia...) y, *claudatur*,
paréntesis, matachín.

*¡Ay, qué manga tan estrecha
tiene el señor clasiquin!*

Horacio se contentó
(aunque acaso dormitó)
con marcar los *cinco actos*
como límites exactos
del dramático interés;
pero el clásico francés
habló de *tiempo y lugar*,
y es curioso el retintín:

*¡Ay, qué manga tan estrecha
tiene el señor clasiquin!*

¿Qué drama tiene virtud
sin *ve-ro-si-mi-li-tud*?
(¡Vaya un vocablo perverso
para encajarlo en el verso!)
Por lo mismo, mejor fuera
que en duración no excediera
de la *re-pre-sen-ta-ción*.

(Otro vocablo rüin)

*¡Ay, qué manga tan estrecha
tiene el señor clasiquin!*

En otra se chanceaba de las exclamaciones románticas, en versos de tanto gracejo como los siguientes:

La decantada armonía
de la antigua poesía
que de gracias se atavía,
ya no se estila en el día.
Otros ya los tiempos son;
otra ha de ser con razón
la moderna entonación
del romántico bajón:

Maldición!!

Queden para el clasiquillo
el pastoril *caramillo*,
y la *rosa*, y el *tomillo*

y la flor y el cefirillo.
«Gasa... brisa... tul... crespón...»
Esas nuestras voces son,
la mazurca, el rigodón
del romántico bajón:

Maldición!!!

Quede la moralidad
para la pasada edad,
que á nosotros en verdad
nos cupo otra sociedad.
Borgia... Antony... Marion...
los tipos del arte son,
la acabada creación
del romántico bajón.

Maldición!!!

En este periódico, pues, fué donde Villergas, con la consiguiente agradable sorpresa, vió publicado su soneto, que decia así:

Mandó el tío Antonio, el ciego, al lazarillo
que si su tabernera conocida
no llenaba fielmente la medida,
le diera un golpecito en el tobillo.

Fueron á la taberna, y el chiquillo
hizo luego la seña convenida,
y el ciego dijo en voz descomedida:
«¿Por qué no llena usted ese cuartillo?»

Viendo la tabernera que no era
el dicho ningún falso testimonio,
contestó: «Crea el diablo en tu ceguera».

«Bastante ciego soy (dijo el tío Antonio),
pero es usted capaz, tía tabernera,
de hacer abrir los ojos al demonio».

Villergas había dado el primer paso en aquel campo que se ofrecía á sus ojos, espacioso y feraz, sí, pero no falto de espinas.

Si en el campo literario la lucha de clásicos y románticos mantenía enardecidas las pasiones, en el político la agitación era aún mayor. Jurada por Cristina, en nombre de su hija Isabel, la constitución de 1837—tercera de las elaboradas en España desde 1812,—no por esa transacción entre moderados y exaltados terminaron las discordias. Los ministerios desfilaban en sucesión inacabable, sin producir otro resultado que la firme convicción de que en España todos servimos para ministros. La guerra civil, luego de las excisiones entre Maroto y el *Cuartel Real*, terminó con el memorable *abrazo de Vergara*, y ya sólo le quedó á Espartero la tarea de domeñar á Cabrera, *el tigre del Maestrazgo*, firme en su propósito de resistirse en lo que él consideraba dominio propio. Barruntos hubo de reconciliación entre los partidos cuando, en famosa sesión del Congreso, todos depusieron sus intereses en bien de la patria, y Alaix, ministro de la Guerra, abrazó á Olózaga, y los diputados y concurrentes á las tribunas se unieron también en estrecho abrazo; pero aquel arranque de emoción fué muy pasajero, y las divisiones políticas continuaron, sobre todo en el instante que Espartero, desde su campamento de Mas de las Matas, hizo saber á la nación que *debían retirarse los proyectos de ley sobre ayuntamientos, diputaciones* y otros presentados por el gobierno, y que su divisa era la *Constitución de 1837, el trono de Isabel II y la regencia de Cristina*. Con esto fué Espartero reconocido como jefe de los *progresistas*, con el natural temor de los *moderados* y de la propia reina regente, que á éstos inclinaba sus simpatías.

Villergas, llevado de su temperamento batallador, entró bien pronto en la política activa. Desde la aparición de su soneto en *El Entreacto*, sus composiciones jocosas, ya impresas, ya leídas en sociedades artísticas y literarias, habíale hecho un nombre conocido y estimado; esto le facilitó su entrada en el palenque de la política. Sus ideas eran

democráticas por herencia. Sus padres habían sufrido persecución en aras de la libertad; por eso desde el primer instante declaróse republicano. Su primer sátira política—que le costó ir á la cárcel,—tuvo por causa un acontecimiento de suma trascendencia.

Espartero, al frente de un crecido ejército, había batido en toda regla á las huestes de Cabrera. La toma de Morella, con sus inmediatas consecuencias, puso al obstinado guerrillero en la precisión de atravesar la frontera, y la de Berga privó á los carlistas de su último refugio. Así las cosas, descontenta la opinión del ministerio Pérez de Castro-Cleopard, vió con disgusto creciente que las Cortes aprobaban la ley de Ayuntamientos, donde se establecía, entre otras cosas, el nombramiento de los alcaldes por real orden; y de este descontento pudo recibir demostraciones inequívocas la reina regente en su llegada á Barcelona. El duque de la Victoria, que tenía de su parte al pueblo todo, pasó á la ciudad condal llamado por Cristina, y alcanzó el más entusiasta de los recibimientos. Conferenció con la regente, suplicó de su bondad que no sancionara la combatida ley, y obtuvo la promesa de que sus deseos serían satisfechos, y aún el encargo de formar nuevo ministerio; pero aquella misma noche, mientras el vencedor de Luchana se ocupaba en la elección del nuevo gabinete, Cristina sancionó la ley, cosa que, sabida por Espartero, le llevó inmediatamente á renunciar todos sus cargos y condecoraciones.

El Gobierno, viendo que el conflicto se venía encima, rechazó la renuncia de Espartero y, tras no pocas vacilaciones, presentó la dimisión. Hubo danza y contradanza de ministros, mientras que el motín se extendía por las calles de Barcelona; y Cristina, huyendo de Espartero y buscando el apoyo de O'Donnell, se embarcó para Valencia, donde, un mes más tarde, nombraba otro ministerio compuesto totalmente de *moderados*.

Al llegar esta nueva á Madrid, los ánimos, ya muy caldeados, dieron rienda suelta á sus ímpetus, originándose el pronunciamiento de 1.º de Septiembre de 1840, en que tomó parte tan activa Luis González Bravo, redactor entonces del periódico satírico *El Guirigay*, y político más tarde no muy consecuente con aquellos radicalismos. Con este golpe, los progresistas quedaron dueños de la situación. Espartero dirigió á Cristina la famosa exposición de 7 de Octubre, donde no salía muy bien parada la autoridad real; y encargado de la formación de ministerio, se encaminó á Madrid, cuyos habitantes le recibieron en triunfo. Entretanto Cristina; convencida de que las cosas se presentaban mal para ella, anunció su decidido propósito de renunciar á la regencia y salir de España; y aunque Espartero trató de disuadirla, el 17 de aquel mismo mes embarcó para Portvendres, despidiéndose de sus dos hijas con lágrimas en los ojos.

Mientras la reina dimisionaria dirigía desde Marsella el famoso manifiesto atribuido á Donoso Cortés, quejándose de la *iniquidad* y la *ingratitude* que la habían *obligado* á renunciar, el llamado ministerio-regencia, trasladado desde Valencia á Madrid con la reina niña y su hermana, empezaba su gestión con no pocas dificultades.

Fué Villergas entonces uno de los que más briosamente arremetieron contra la situación. Cuenta nuestro poeta en un artículo que muchos años después dió á *El Brazo de Viriato*, periódico de Zamora, algunos detalles de su campaña en aquella época, y habla de esta manera: «Cada hora que transcurría desde aquella en que el pueblo de Madrid se alzó contra el despotismo de la Gobernadora napoleónica, traía, cuando menos, un desengaño para los verdaderos amantes de la libertad, pues todo llevaba trazas de concluir por una tregua favorable sólo á la Corte, siempre enemiga de los mismos que habían derramado su sangre por ella...



En su consecuencia varios escritores, entre ellos D. Eusebio Asquerino, D. José Gutiérrez Solana (sobrino del célebre *Pasiego* de Santander), D. Manuel García Uzal, D. José Ordax AVECILLA, D. Miguel Ortíz y mi humilde individualidad, decidimos publicar hojas volantes destinadas á combatir las transacciones con que el apocado espíritu del Gobierno provisional intentaba hacer eso que vulgarmente se llama dar gato por liebre. Al expresado fin nos avistamos con el impresor D. Narciso Sanchiz, que era un antiguo republicano, y le dijimos:—Se trata de la publicación de unas hojas volantes de tendencia republicana, que V. hará vender por las calles, valiéndose de los ciegos que á este oficio se dedican. Si, como es de presumir, la venta produce alguna utilidad pecuniaria, renunciamos á ella y deseamos que sea para usted, pues nosotros no aspiramos á más ganancia que la puramente política; y en cuanto á la responsabilidad legal, con ella cargamos si ocurre alguna denuncia».

El proyecto se llevó á la práctica; pero una de las hojas fué denunciada, y por ella se vieron encausados y presos los autores de los tres artículos que contenía, que eran García Uzal, Gutiérrez Solana y Martínez Villergas. Defendidos respectivamente por D. Joaquín María López, el conde de las Navas y D. Eugenio Moreno López, los tres procesados obtuvieron la unánime absolución del jurado, y con ella la libertad.

Puesto á discusión en las Cortes el delicado asunto de la Regencia, dió lugar á enconadas rivalidades. Unos, como Cortina, Olózaga y San Miguel, deseaban la regencia *única*; otros, como Argüelles, Mendizábal y Posada Herrera, eran partidarios de la regencia *trina*. El resultado de todo ello fué la victoria de los primeros y el nombramiento de Espartero para tan elevado cargo; pero entonces se multiplicaron los enemigos del duque, los periódicos en gran número le atacaron rudamente, y como

por ensalmo surgieron las sublevaciones, que habían de terminar, después de muchas desventuras, con la huida del regente á Inglaterra.

Villergas, así que recobró la libertad, intervino en los dos periódicos republicanos que entonces se publicaban en Madrid: *El Regenerador*, fundado y dirigido por el elocuente orador D. José Ordax Avelilla, y *El Huracán*, dirigido por D. Patricio Olavarría y escrito por el abogado montañés D. Alfonso Acosta y por el poeta D. Vicente Alvarez Miranda. Este último periódico jugó importante papel en las luchas políticas de su tiempo. Llamóse en un principio *La Revolución*; pero suprimido por el Gobierno hubo de reaparecer con aquel otro título. Apenas nacido, sufrió ocho denuncias, de las cuales le absolvió el Jurado. En su número de 2 de Septiembre de 1840, á raíz del pronunciamiento, decía que el pueblo necesitaba «abolir para siempre el trono de esa raza depravada que ni por la gratitud ni por la desgracia es capaz de redimirse» y «constituirse en una democracia federativa compuesta de cierto número de estados», aspirando á que reunidos Portugal y España «en una confederación de entera igualdad, se acrezcan mutuamente fuerza, gloria y libertad bajo un gobierno central federado». Días después fué denunciado nuevamente por varios artículos contra Cristina, y su defensa corrió á cargo de Espronceda, quien del modo más explícito—dice Ferrer del Río,—hizo alarde de sus opiniones republicanas.

En estos periódicos, pues, trabajó Martínez Villergas; y al mismo tiempo, ya en su calidad de escritor popular, entró á formar parte de la Junta directiva del partido republicano, en que figuraban hombres como D. Lorenzo Calvo de Rozas, Espronceda, Olavarría, Ordax, el Mariscal de Campo D. Pedro Méndez Vigo y el mordaz bibliófilo D. Bartolomé José Gallardo.

Pero no por eso abandonaba Villergas sus ver-

sos. Publicóse á la sazón—desde Agosto á Noviembre de 1842—un periódico cuyo título decía así: LA NUBE. *Semanario romántico de truenos, relámpagos y piedras*. En él entró Villergas, y desde sus columnas empezó á disparar bala rasa contra varios escritores que suponía poco afectos á su persona, logrando que el público celebrase sus punzantes epigramas. Los redactores de *La Nube* eran todos gente de buen humor. No faltó periódico que tomase en serio el calificativo de *románticos* que se adjudicaban, y en un artículo muy formal les dijera que, «por lo mismo que revelaban buenas dotes intelectuales, esperaba que se pasasen al bando de los clásicos». Los muy burlones, fingiendo la mayor indignación, contestaron: «¿Nosotros pasarnos á los clásicos? Podemos asegurar al apreciable colega que á ello nos invita, que antes nos pasaríamos á Cabrera». Otra vez, para sustituir al grabado que mensualmente daban á los suscriptores, pretendieron obsequiar á cada uno de éstos con un *bollo* para tomar el chocolate, pretextando que no publicaban el grabado de costumbre *por falta de madera*; y sólo á instancia de personas muy respetables renunciaron á su propósito. Por la misma razón desistieron de representár en un teatro casero cierta comedia de Villergas, en un acto y en verso, titulada *El Comité*, donde figuraban como interlocutores, con sus nombres y apellidos, varios de los autores y actores más renombrados, y que seguramente hubiera provocado un conflicto.

Por aquella fecha, la Academia Española comisionó á D. Ventura de la Vega, que acababa de ingresar en la corporación, para que escribiese una sátira contra cierto diccionario titulado *El Panléxico*, largamente discutido en las columnas de la *Gaceta*, y que tenía en publicación D. Juan López Peñalver, periodista antiguo y de crédito, cuya hoja de servicios—dice Barrantes—empezaba en 1820 con el viejo *Mercurio de España* (uno de los padres

de nuestro periodismo, que vivió casi un siglo, desde 1738 á 1830), habiendo sido posteriormente colega de Bretón de los Herreros, de Larra (*Figaro*), de Segovia (*El Estudiante*), de López Pelegrín (*Abenamar*) y de los periodistas más distinguidos de la época, en las redacciones de *El Correo literario y mercantil*, *El Mundo* y otros. Cumplió Vega el encargo, aludiendo de paso con alguna dureza á los redactores de *La Nube* (1); y entonces Villergas contestó con otra sátira titulada así: *La ingratitud. Musa X. A D. Ventura de la Vega y comparsa. Sátira ó como se la quiera llamar*. Sus tiros á D. Ventura de la Vega comenzaban de este modo:

Erase una infelice criatura,
Y, por no ser pesado como el plomo,
Era un desventurado Don Ventura,
Muy flaco de memoria y más de lomo:
De genio indócil y semblante esquivo,
De gran nariz y de talento romo...

Precisamente por entonces—1842—dió Villergas á la imprenta la primera edición de sus poesías. Llevaban ya, especialmente las letrillas y los epigramas, el sello peculiar de su autor, y las precedía un prólogo del conde de las Navas, que entre otras cosas, decía lo siguiente: «Mucho hacen esperar en tu juventud las producciones de tu fecunda imaginación, y por cierto que si la asiduidad de tus tareas no te procura un glorioso nombre, no será ni por falta de talento, ni por escasez de genio para ello, sino efecto de la desgracia que por lo común persigue á los que quieren corregir las costumbres ridiculizándolas, pues por más que se esfuercen no son aplaudidos ni apreciadas sus obras hasta que

(1) *El Hambre, musa X.—A D. Juan Peñalver y comparsa. Sátira*, por D. Ventura de la Vega. Madrid. imp. de S. Mellado, 1842.

faltando ellos se quedan fuera del riesgo de la amarga y jocosa crítica los que interés tienen en que no se realice su benéfico objeto».

No predomina en este primer libro de Villergas la sátira personal, hasta el punto de que, fuera de algunas alusiones políticas de actualidad, sólo Brutón de los Herreros sale zaherido. Al autor de *Marcela* van enderezados los siguientes epigramas:

A escribir con Calderón
Pone Brutón cualquier cosa,
Y le gana, en mi opinión,
Porque el señor de Brutón
Tiene una letra preciosa.

—

Una comedia empecé
Que se acabó en el fogón,
Cuando supe que Brutón
Mandaba en el comité.
Porque tiene—esto es un hecho—
La órbita izquierda cerrada,
Y por el ojo derecho
Creo que no le entra nada.

—

«¡Mozo, *medio de cebada!*—
Clamó Brutón cierto día
Entrando en la horchatería.—
¿Qué espera usted, camarada?»
Y el mozo medio suspenso,
—Señor—contestó,—discurro
Que es usted muy grande burro
Para estar á medio pienso.

—

En un comité inexperto
Que ya conoce la gente,
Ninguno ve claramente
Y el jefe de ellos es tuerto.

No logra imponer la ley
Por el mérito que encierra,
Sino porque en toda tierra
De ciegos, el tuerto es rey (1).

(1) A propósito. Hay otro epigrama de Villergas, muy conocido, dedicado igualmente á Bretón, y sobre el cual escribe Mr. J. Chastenay en el número 53 de la benemérita *Revue Hispanique* un suelto que, literalmente traducido, dice así:

«UN EPIGRAMA DE VILLEGAS.—Está dirigido contra Manuel Bretón de los Herreros:

*A Manuel Bretón, el tuerto,
una víbora picó.
¿Murió Bretón? No por cierto;
la víbora reventó.*

Todos los literatos de Madrid le conocen; lo que acaso algunos de ellos saben menos, es que no es más que la simple adaptación de un epigrama francés, célebre al norte de los Pirineos:

*L' autre jour, au fond d' un vallon,
Un serpent piqua Jean Fréron;
Que pensez-vous qu' il arriva?
Ce fut le serpent qui creva.*

Estos cuatro versos son seguramente anteriores á los de Martínez Villergas, puesto que fueron escritos por un tal Voltaire.—*J. Chastenay*».

Hasta aquí el Sr. Chastenay. A lo cual sólo se me ocurre añadir lo siguiente:

El epigrama de Voltaire que el Sr. Chastenay copia, es muy conocido de los hombres de letras; lo que acaso alguno de ellos no conozca, es el siguiente epigrama griego:

*Καπαδοκην ποτ' εἶλθ' ἰθὺν κακῆ δάκην' ἀλλὰ καὶ αὐτῆ
Κάθ' ἄνε γρουσαμένη αἵματος ἰσβολοῦ.*

Epigrama que pudiera traducirse así al castellano:

*A un capadocio
picó una víbora,
y ésta fué quien murió, cuando gustara
de aquel hombre la sangre corrompida.*

Estos versos son seguramente anteriores á los de Voltaire, pues to que fueron escritos por un tal Demodoco.

No será aventurado relacionar estos epigramas con un hecho que refiere Ricardo Sepúlveda. Quiso Villergas abordar el teatro, y escribió una comedia titulada *Cada loco con su tema*, recurriendo á su íntimo amigo D. Francisco Luis de Retes, acreditado como lector excelente, para que la leyese ante el comité del teatro del Príncipe.

«Reuniéronse, pues, en el saloncillo (dice Sepúlveda), y desde la primera escena impresionaron al comité los chistes en que abundaba la comedia. Esta impresión fué subiendo de punto, y al final del primer acto todos se hallaban muertos de risa sobre los divanes. No desmerecieron, ni mucho menos, el segundo y tercer acto, y la hilaridad llegó á un extremo extraordinario.

Terminada la lectura, Villergas y Retes se retiraron al pasillo que conduce al escenario, y se cerró la puerta del saloncillo para que el jurado deliberase.

En vista del excelente resultado que había producido la lectura de la comedia en hombres tan competentes y doctos en la materia, los Sres Villergas y Retes no abrigaban duda alguna acerca de la admisión de la obra; pero á los diez minutos próximamente se abrió la puerta del saloncillo, y Romea dirigiéndose á Villergas, le dijo las siguientes palabras:

—El comité, por unanimidad, ha rechazado la obra de usted.

La sorpresa del autor y del Sr. Retes fué extraordinaria. ¿Cómo un comité, compuesto de personas serias, que rien sin miramiento los chistes de la comedia, la originalidad de sus pensamientos y su gracia extraordinaria, felicitan al autor por su chispeante producción, y á los diez minutos se contradicen, con menoscabo del ministerio que desempeñaban, rechazando una obra moral y bien escrita?

¿Cómo se explica esta contradicción? Lo mismo se preguntaron entonces Villergas y Retes, sin poder resolver el enigma.

Este veredicto injusto del Comité del Príncipe ocasionó grandes perjuicios á Villergas, quien, indignado por este acuerdo, no puso más los pies en el saloncillo de dicho teatro.



VILLERGAS EN 1843

La razón que tuvo el Comité para rechazar la obra, ha quedado en el misterio» (1).

En abril de 1843, el escritor valenciano D. Wenceslao Ayguals de Izco, establecido desde poco antes en Madrid, comenzó á publicar un semanario

(1) Es seguro que la comedia *El Comité*, antes citada, aludiría también á Bretón y sus compañeros del Príncipe.

titulado *La Risa*. El periódico, por su ingenio gra-cejo y la calidad de sus firmas, logró bien pronto hacerse popular, aunque, como dice Villergas, «no faltaron almas descontentadizas de esas que, al sus-ccribirse á un semanario festivo, creen que de ese periódico han de salir fuegos artificiales, novillos embolados, titeres ó cosas más extraordinarias para divertirse en grande... y de esas personas hubo mu-chas que dijeron que en el periódico de que voy ha-blando, no había nada de *risa* más que el nombre». Cierta es que hoy nos parecerían algo infantiles muchas de las agudezas contenidas en *La Risa*; pero nadie negará que sus colaboradores derrocharon también el ingenio.

Allí aparecieron inimitables romances de Bretón y artículos de Hartzzenbusch en *fabla antigua*; allí pusieron también su firma Gil y Zárate y Rubí, rodeados de una fama hoy muy amenguada; allí lucieron sus donaires el gran epigramista Ribot y Fontseré, de fisonomía muy parecida á la de Villergas, y el ingenioso Bernat y Baldoví, cuya memoria ha honrado no ha mucho tiempo Sueca, su pueblo natal; allí escribió el sentido poeta vallisoletano Vicente Sáinz Pardo, víctima más tarde de los pesi-mismos románticos. Aquellos excelentes poetas se distraían unas veces contando la enfermedad y muerte de *Don Abundio Estofado, cocinero de La Risa*, y otras entablaban muy curiosas discusiones sobre asuntos triviales. Ya era la carta en que *Fray Gerundio* se dirigía jovialmente á la comunidad de *La Risa*; ya la narración terrorífica en que Eulogio Florentino Sáinz parodiaba los excesos románticos, en versos como los siguientes:

Y buitres mil carnívoros,
con afiladas uñas,
y topos y garduñas
con alas de avestruz,
lanzando gritos lúgubres

que repitió la rana en su laguna,
cruzaron el viento, robando á la luna
la pálida luz.

Y la maldecida bruja
sobre su escoba montando,
cruzó los aires volando
cual flecha que el arco despide veloz;
y descendiendo
á la casa más alta de la aldea,
se entró por la chimenea
frotando sus manos con risa feroz...
¡¡¡Qué bruja tan fea!!!

Gran parte tomaba en *La Risa* su editor Ayguals de Izco, escasamente conocido por sus notabilísimos versos festivos, y popular en cambio por novelones tendenciosos como *Maria ó la hija de un jornalero*, que se reimprimió numerosas veces. Su agudo ingenio está revelado en multitud de poesías, entre las cuales copio al azar el siguiente soneto á *Las melenas*:

De cuantas inventó la culta Francia
modas sublimes de hermosura llenas,
el uso de románticas melenas
es el colmo feliz de la elegancia.

La cortedad es signo de ignorancia;
de cabezas do el vello asoma apenas
jamás he visto producciones buenas
que atestigüen al hombre de importancia.

Mientras á nadie luce el pelo corto,
por sus rizos aprecian al que es ceró
Madrid, París, Milán, Londres y Oporto.

Con mis melenas, pues, al mundo quiero,
por vida de Absalón, dejar absorto...
No hay notabilidad sin peluquero.

Entre los caprichos métricos de que tanto abuso se ha hecho, el siguiente de Ayguals es un verdadero modelo:

NO HAY VINO QUE NO SEA RI . . CO.

SONETO BÁQUI CO.

El Málaga, el Jerez, el tinto, el blan . . co,
todos los bebo con ardiente ahin . . . co.
Si al sólo verlos de alegría brin . . . co,
vive Dios que al beberlos no soy man . . co.

Jamás cuento las copas ni me estan . . co,
aunque lleve en el cuerpo veinticin . . co,
pues si á la inglesa entusiasmado *trin* . . co,
de gozo y de placer bailo en un zan . . co.

Mientras quien no le cata es un mostren co
que ayes de mal humor exhala bron . . co
llorando á su pesar como un zopen . . co,
yo me río de todo, duermo y ron . . co,
más colorado y gordo que un flamen . . co,
tendido en blando lecho como un tron . . co.

Wenceslao Ayguals de Iz . . co.

Requirió Ayguals en *La Risa* al propio Zorrilla para que abandonase por un momento su tétrica inspiración y colaborase en aquella revista:

¿Por qué prosigue frenético,
Zorrilla, tu númen lírico
dedicado á lo patético?
Si desprecias lo satírico
te nos vés á volver ético.

Zorrilla, defiriendo á los deseos de su amigo, escribió unos versos en defensa de los flacos, y la jovial epístola cuyos son los conocidos tercetos:

Tienes ¡oh Wenceslao! cosas diabólicas,
ocurrencias fatales, como tuyas;
y desdichas ¡ay Dios! tan hiperbólicas
traen para mí, que aunque de oirlas huyas

te las voy á encajar, por que á la antigua
y cerril libertad me restituyas...

• • • • •
¿Escribir en *La Risa* me propones
y hacer reir? ¡A mí que siempre he sido
el cantor de la sangre y las visiones!

¡A mí, que en todas partes me han tenido
por el buho más negro y melancólico
que del furor romántico ha nacido?

• • • • •
Yo soy un hombrecillo macilento,
de talla escasa, y tan estrecho y magro
que cierto, andando, como naípe el viento...

Villergas escribió en *La Risa* con una asiduidad incansable. Cuentos, artículos de costumbres, letrillas, epigramas, festivas narraciones de viaje... todo lo recorría su musa retozona. El inició con una *Oda á las patatas* larga controversia en que intervinieron diversos poetas: Alvarez Miranda salió en defensa de los garbanzos, Bernat y Baldoví de la col, *Fray Gerundio* del chocolate, Ayguals de los huevos, Ribot del salchichón... ¡Felices aquellos poetas que en tales cosas empleaban sus ocios!

Otras veces se entretenía Villergas en proponer á sus compañeros la solución de raros problemas, que recuerdan las *zuñigadas* de un ingenioso poeta de ahora:

En tu opinión, caro amigo,
¿quién peca más mortalmente,
el que dá besos á viejas
ó el que come carne en viernes?
¿Qué es peor, andar descalzo
donde hay ortigas que escuecen,
ó con botas apretadas
habiendo callos que duelen?
¿Cuál será menos conforme
á los principios de higiene,
ir ante un toro despacio

ó comer de prisa peces?

Si un toro te acometiera
cerca de Ebro ó Guadalete,
y no supieras nadar
ni al toro echar una suerte,
¿te tirarías al río
á salga lo que saliere,
ó esperarías la fiera
no pudiendo defenderte?

¿Qué afrentará más á un hombre
que de ilustrado se precie,
comer cebada en cazuela
ó salchichón en pesebre?

Ó bien pedía su ingreso en la *cofradía de los gordos*, dando lugar á que Ribot y Fontseré le contestara cosas como éstas:

Del ilustre tribunal
de que soy yo presidente,
acabo de ver pendiente,
Villergas, tu memorial;
en que, de burlas ó veras,
prendas mostrando infinitas,
de los gordos solicitas
alistarte á las banderas.

¡Es admirable, á fe mía,
tu altanera pretensión!
Dí: ¿dónde está el barrigón
que exige la cofradía?

No, Villergas, no nos salgas
con que tragas más que todos...
Por rodillas tienes codos,
tienes carrillos por nalgas.

Mucho comes, y con eso
crees ser un Baldoví,
piensas igualarte á mí,
juzgas ser hombre de peso.

¿Qué nos importa que tordos
te hayas zampado á millones?

No buscamos comilones,
que buscamos hombres gordos.

Tal procuraba la musa festiva española romper la tensión á que los poetas de altos vuelos habían sometido los ánimos.

II

La situación del regente Espartero fué de mal en peor. Primeramente la camarilla que en París rodeaba á la Reina Cristina, fraguó unas cuantas sublevaciones, algunas de las cuales, como las de Montes de Oca, Borso di Carminati y el general León, terminaron trágicamente. Vino luego, con otros sucesos de menos trascendencia, la rebelión de Barcelona, que Espartero reprimió bombardeando la ciudad, el 3 de Diciembre de 1842, desde el castillo de Monjuich.

La prensa de batalla se puso frente al duque de la Victoria. Tomando como pretexto el bombardeo de Barcelona, inicióse una coalición periodística contra el regente, que aceptaron *El Heraldo*, órgano del partido moderado y del cual era director D. Luis José Sartorius, *El Eco del Comercio*, representante de una gran parte del progresista é inspirado por D. Joaquín María López, los republicanos *El Peninsular* y *La Guindilla*, de García Uzal y Wenceslao Ayguals, respectivamente, *El Corresponsal* y *La Postdata*, moderados, *El Católico*, carlista, y otros varios. En cambio *El Huracán*, á cuya redacción pertenecía Villergas, aun dirigiendo á Espartero furibundos ataques, se declaró contrario á la coalición y al pronunciamiento; opinión acertadísima que los hechos se encargaron de justificar, porque el mismo *Eco del Comercio*, uno de los más decididos partidarios de la coalición, hubo de arrepentirse de sus resultados.

Después del discurso de Olózaga que terminó con las famosas palabras: *¡Dios salve al país! ¡Dios salve á la reinal*, el fuego de la insurrección se difundió por toda España. Acudió Espartero á sofocar, mientras sus enemigos se constituían en *gobierno provisional*; desembarcaron en Valencia, deseosos de prestar su concurso contra el regente, los generales Narváez y Concha con otros emigrados; y vencidas las tropas de Seoane en Torrejón de Ardoz, acogido Narváez en Madrid y dueños de la situación él y sus secuaces, Espartero no tuvo otro remedio que embarcar precipitadamente en Cádiz. No en vano decía Lafuente poco después en su popular *Fr. Gerundio*: «Quien á bombas mata á pronunciamientos muere. Recuerdo á Espartero y al gobierno provisional».

Entonces lanzó Villergas al público dos folletos en verso, de violentísima sátira contra los hombres políticos, que produjeron profunda impresión. El primero le había compuesto á raíz de los sucesos de 1840, y llevaba este título: *El Baile de las Brujas, poema fantástico-político dividido en contradanzas*. El otro, sugerido por la indignación que le produjo á Villergas la conducta de los moderados, y sobre todo por la llamada *zancadilla de Palacio*, con que el gran Olózaga fué lanzado del poder en forma no muy noble, se titulaba *El baile de Piñata*.

Encierra *El Baile de las Brujas* una cruel diatriba contra Espartero y los hombres de la revolución de Septiembre. Apostrofálos Villergas en el prólogo, y dice: «¿Y qué derecho teneis, miserables entes, á la consideración de vuestros conciudadanos? ¿Cuáles son los hechos con que podeis autorizar la bandera ridícula del progreso? Vosotros habeis decantado ideas democráticas para colmaros de títulos y tratamientos, para plagar de cintajos los ojales de vuestras casacas. Habeis propalado economías y cada motín ha gravado á la nación en un millón de cesantías, para saciar la ambición de otros tantos

adeptos de la pandilla. Habeis restringido las facultades de la corona, no para ensanchar los límites de la soberanía nacional, sino para robustecer la fuerza de unos pocos bandidos. Habeis derrocado la moderación de Martínez de la Rosa para restablecer el despotismo de Calomarde. Habeis arrojado de los templos á los predicadores de la filantropía para convertirlos en cavernas de ladrones, para dar en cara con vuestra fortuna usurpada á la miseria pública, para avergonzar á la humanidad y esquilmar al pobre y comerciar con el sudor de los trabajadores: para matar de necesidad á los padres de familia en esos infortunados lugares donde en tiempos de triste recuerdo se daba una sopa á los necesitados».

Espartero—*el brujo grande*—aparece engañando con dobles cartas al pueblo y á Cristina. A su lado figuran, manejando el tablado político, todos cuantos en aquellos acontecimientos jugaron papeles importantes, como D. Antonio González, Donoso, Olózaga, etc. De Argüelles dice:

También hace por la vida
entre tauto y tanto nene,
un D. Agustín que tiene
cara de recién parida.

Creo que media nación
con sus manoplas abarca,
pues con cada dedo marca
la línea de un batallón.

Aunque algunos en sus obras
faltas le suponen altas,
donde ellos encuentran faltas
yo tan sólo encuentro sobras.

La regente María Cristina aparece presentada de este modo:

En sitio más desviado,
haciéndose de persona,
está una guapa matrona
con dos hijas á su lado.



Unos la acusan de impía
y la insultan y torear,
cuando otros la vitorean
con lágrimas de alegría.

No busquéis, aunque os asombre,
ruindad en su proceder.
Faldas tiene de mujer,
pero el corazón de hombre.

Y hermanar sabe feliz,
según publica la fama,
á la hermosura de dama
dignidad de emperatriz.

¡Cuántos vengar un agravio
quisieron y no pudieron
cuando por ventura vieron
la sonrisa de su labio!

Nadie creerá al ver sus ojos
y su sonrisa tan bella,
que tenga enemigos ella,
pero los tiene y no flojos.

Y no extraño, por mi vida,
el poco afecto que goza,
porque tiene la tal moza
una ambición desmedida.

Item más, porque le plugo,
y esto nadie se lo abona,
á quien le dió una corona
pagar con infame yugo.

Item más, por vocingleros
que le achacan un querido,
y no haberlo desmentido
si es que no hay tales carneros.

Item más, porque estorbando
está á algún hombre ambicioso,
que la persigue, envidioso
de su puesto y de su mando.

Si este poema produjo efecto, no le fué en zaga *El baile de Piñata*. A él se refiere el incidente que don

Vicente Barrantes cuenta en las siguientes palabras: «Recuerdo ahora que siendo yo niño todavía, hará cinco ó seis años (Barrantes hablaba en 1849 ó 50), pasé por Madrid poco después de un pronunciamiento, y tuve la primera noticia de Villergas, del siguiente modo: Un grupo de zagalones, armados de escalera, engrudo y pincel, iba pegando por las esquinas grandes carteles, que á su vez arrancaban grupos de soldados, no sin insultos y repelones de una y otra parte, navajas abiertas y fusiles apuntados, por lo cual corría la gente dando gritos, y se cerraban las tiendas, y yo me refugié á puerto seguro, no sin curiosear el cartel, que era anuncio de una obra de D. Juan Martínez Villergas, con un dibujo horripilante y por carátula estos versos del mismo género:

Adorna, pueblo noble, tus esquinas
con los restos de tunos escritores,
y después extermina á los traidores
que en Francia se vendieron á Cristina» (1).

En *El baile de Piñata* son ya los moderados quienes, por mano de Villergas, salen á la pública vergüenza. Olózaga, Prim, Narváez, Salamanca, Ventura de la Vega, López, salen malparados de su implacable pluma. El pronunciamiento contra Espartero le parece antipopular:

Pronuncióse viento en popa
el pueblo contra el Regente.
¿Qué digo? mi pluma miente,
no fué el pueblo, fué la tropa.

Y de la batalla de Torrejón, dice:

Hubo una farsa de acción
en Ardoz... Voy á callar,

(1) Observa Barrantes que, naturalmente, estos versos serían del editor y no de Villergas.

que ya me revuelve el alma
tanta traición inmoral.

Ya no hay hombres, no hay honor,
todo envilecido está.

Sociedad, ¡maldita seas
si tu beneficio es tal!

Los moderados le merecen juicios como éstos:

Pero en impíos realistas,
moderados en el dicho,
¿lealtad? ¡Vaya un capricho!
¡Desgraciados progresistas!
¿No dice bien la experiencia
que es el partido tirano
por excelencia villano
y traidor por excelencia?

A Prim le dirige palabras tan estupendas como
las siguientes:

Odioso Prim, patriota de retorno:
quisiera hundirte y escupir tu cara
por dar á tu pandilla ese bochorno;
pero... ¡escupirte yo! ¿Quién lo pensara?
Cuando tierra no hallara en mi contorno,
cuando mi hastío lodazal no hallara,
nunca, de mi desdén imagen viva,
en tu rostro manchara mi saliva.

¿Y qué decir de las quintillas dedicadas al conde
de Toreno, á cuyo lado es suave censura el desaho-
go de Espronceda contra el prócer historiador?

Pues señor, todo iba bueno,
mas una ocurrencia extraña
nos aturdió como un trueno,
y es, que al regresar á España
murió el conde de Toreno.

Cortó la guadaña impía

la cabeza de este pillo.
Españoles ¡alegría!
y no escondais el bolsillo,
que murió José María...

Algo no más blando dice de Narváez y de otros, y á la terminación del poema enumera los apellidos más notorios de la política, unidos á ciertos calificativos, ya sarcásticos, ya sangrientos. Confesemos que Villergas rebasó los límites de la sátira literaria para entrar en los del libelo, por lo cual no es extraño que, apenas publicado *El baile de Piñata*, el gobierno recogiera y denunciara los ejemplares, dando orden para prender al autor, mientras que muchas personas le buscaban con ánimo de vengar ofensas.

Villergas puso pies en polvorosa; á mediados de Febrero de 1844 entró en Valladolid, y luego anduvo algunos meses por tierras de Gomeznarro y Medina del Campo. Desde allí escribía á sus amigos de *La Risa* cartas fechadas en San Petersburgo sobre *costumbres rusas*—que no eran sino comentarios festivos á los incidentes de su viaje,— hasta que ya se creyó bastante seguro para no ocultar el lugar de su estancia. No le sentó mal aquella especie de asueto forzoso, y así decía á sus amigos Eduardo Asquerino y Mariano Urrabieta:

Más alegre que hombre chispo,
y esto en mí no es maravilla,
me teneis en esta villa
pasando vida de obispo.

Soy de mis caprichos dueño,
y sin pensar en mañana,
como cuando tengo gana,
duermo cuando tengo sueño.

Pronto volvió, sin embargo, Villergas á Madrid, y con igual ahinco siguió trabajando en la prensa

y en el libro. Con Ayguals de Izco, que los había fundado, escribió en *El Fandango* y *El Dómine Lucas*, periódicos festivos, prestando á la vez su concurso en *El Eco del Comercio* y *El Espectador*, únicos órganos con que la opinión liberal contaba ya en Madrid. Como Villergas no podía exponer libremente en estos periódicos monárquicos sus ideas republicanas, hubo de velarlas convenientemente.

En el mismo año de 1844 dió á la estampa, en colaboración con Ayguals, una colección titulada *El Cancionero del Pueblo*, donde insertó novelitas y cuentos,—*La casa de poco trigo*, *Apuestas*, *El uno para el otro*,—leyendas—*La casa del duende*,—comedias—*El Asistente*, etc. Por su propia cuenta escribió y publicó *Los misterios de Madrid*, novela en tres tomos, producto de la influencia avasalladora que por entonces ejercía Eugenio Sué.

Aún le quedaba tiempo á nuestro poeta para dar obras al teatro. En 1843 estrenó *Ir por lana y salir trasquilado*, á la cual siguieron *El Padrino á moji-cones*, *Pedro Fernández* y *El Asistente*. Villergas confiesa que nunca tuvo afición á escribir para el teatro, en el cual prefería la prosa al verso, y sin embargo compuso estas comedias porque, añadía, «entre nosotros el que ha de vivir de la literatura, debe aplicarse á todo; ha de escribir poesías líricas, comedias, artículos de costumbres, novelas, cuanto se le pida por los que pueden retribuirlo». En el verano de 1845 estrenó en el teatro de Variedades una especie de *trilogía* compuesta por las comedias tituladas «Soto», «Sotillo» y «Sotomayor». Del éxito que obtuvo, puede juzgarse por las siguientes palabras de Ayguals, en *El Dómine Lucas*. «El pensamiento de estas producciones es originalísimo y feliz. Todas las escenas están sembradas de sales cómicas, y aunque algunos de los que llaman *sainetón* á todo lo que pertenece al género jocoso, *aullaban*, haciendo mofa de la representación, porque creen echarla de inteligentes despreciando cuanto no per-

tenezca á los teatros *principales*; á pesar de estos Zoilos, repetimos, el Sr. Villergas fué aplaudido y llamado dos veces á escena». En el lugar correspondiente veremos nosotros hasta dónde llegaba el mérito de Villergas como autor dramático.

Es de advertir que, entretanto, á consecuencia de sus campañas políticas nuestro poeta no podía vivir un momento tranquilo. Reinaba entonces en España la que pudiéramos llamar época *del terror*. Narváez reprimía con férrea mano las sublevaciones—testimonio tristísimo de ello fueron el general Zurbano y sus hijos,—y no faltaban vividores que, bien por alcanzar recompensas, bien por complacer al gobierno comprometiendo á aquellas personas que señaladamente le eran hostiles, denunciaban supuestas conspiraciones. Distinguíanse en esta odiosa tarea dos individuos extranjeros, titulados barón de Pelichy y barón de Boulow, el primero belga y el segundo prusiano, hombres de pésima historia, quienes no titubeaban en falsificar firmas é imaginar toda clase de infames añagazas para meter en prisión á muchos inocentes, complicados en conspiraciones imaginarias; bien que uno y otro tuvieron el premio que merecían, pues Pelichy terminó sus días en presidio y Boulow extrañado de España perpetuamente. Fué Villergas uno de los que fijaron la atención de la policía secreta, mandada por estos dos truchimanes, y más de una vez vió asaltada su casa por una cuadrilla de esbirros que iban á prenderle, con suerte bastante para escapar á sus garras.

En 1845 empezó á publicar, en colaboración con A. Ribot y Fontseré (*El Jesuita*), una obra titulada *Los Políticos en camisa*. Los prohombres de la época vieron allí sus retratos, con la dureza de tintas que puede suponerse en tan vigorosos pintores. El duque de Frías, Luis González Bravo, Martínez de la Rosa y algún otro, corrieron á cargo de Villergas, quien con más ánimos, con más valor cívico que nunca, insistió en los golpes que venía dando desde

el comienzo de su vida político-literaria. Más de una vez aparecen, naturalmente, los rasgos punzantes del poeta satírico; pero no falta tampoco en los artículos de Villergas la censura razonada y serena que juzga los hechos desmenuzándolos.

Tres fueron principalmente los hombres á quien Villergas, durante largos años, persiguió sin descanso, aprovechando toda ocasión y momento para ponerlos en la picota: Narváez, González Bravo y Gil y Zárate. Contra Narváez publicó escritos furibundos, que le acarrearón serios disgustos; de Bravo decía hablar «no por la persona, que no puede ser más despreciable, sino por el papel que ha hecho como instrumento vergonzoso de los moderados»; y de Gil y Zárate llegó á decir, cuando el autor de *Carlos II el Hechizado* desempeñaba la dirección de Instrucción pública, que era «un animal con 60.000 reales de sueldo».

En 1846 publicó Villergas otro tomo de poesías con el extraño título de *Los siete mil pecados capitales*. De él da la explicación nuestro poeta con varias razones, como la de que pretendía «sobrepujar á Eugenio Sué, que ofreció hace un año la miseria de *Siete pecados*», y esta otra: «Esta obra vendrá á tener sobre poco más ó menos unos siete mil versos, y como que cada verso mío puede considerarse como un pecado capital, siete mil versos, á pecado capital por verso, son siete mil *pecados capitales*, salvo error de suma ó pluma».

Esta colección poética de Villergas, distinta á la de 1842, está formada en gran parte por composiciones publicadas en *La Risa*.

La fama de Villergas estaba ya totalmente hecha, y su carácter literario bien definido. Como poeta festivo distinguíale su gracejo, su desenfado y soltura para la versificación, siquiera alguna vez, poco paciente para salvar las dificultades métricas con el trabajo de lima, incurriese en tal cual impropiedad ó violencia. Como satírico, era mordaz y viru-

lento, agresivo hasta la ofensa. Ferrer del Río, que en 1846 publicó su *Galería de la Literatura Española*, decía de él lo siguiente: «Malográndose va por su capricho este felicísimo ingenio. Creyendo llegar tarde á la palestra literaria, quiso meter ruido para que le abrieran paso al grito de ¡Mueran los clásicos! ¡mueran los románticos! ¡muera todo! Entonces le parecía de necesidad escribir atrocidades de los que le habían precedido: ahora suele hacerlo por resabio. Desaliñado, con la melena desgreñada y sonriendo como un Fauno, invoca á su musa; ésta desciende festiva, jovial, juguetona, le acaricia con sus flexibles alas y le ofrece una lira entrelazada de rosas, y modula en torno suyo graciosos cantares. Villergas finge alegría, espía los movimientos de su musa, la sorprende, la sujeta por su esbelto talle, y luego se deleita en arrastrarla por el lodo».

Para el tercer tomo de *Los políticos en camisa*, publicado en 1847, ya prestó Villergas escaso concurso, por hallarse entregado en cuerpo y alma á otra labor que le dió mucho dinero, mayor popularidad y no pocos disgustos: la publicación de *El Tío Camorra*, periódico político y de trueno.



El Tío Camorra publicó su primer número el 1 de Septiembre de 1847, y desde el primer momento atrajo la atención del público. Cosa explicable. *El Tío Camorra* fué periódico de batalla, donde lanza en ristre se arremetía contra políticos y literatos. Este espectáculo por fuerza había de ser grato á la multitud, que bien pronto incluyó en la galería de sus personajes predilectos á *El tío Camorra* y *D. Juan de la Pilindrica*, interlocutores del periódico.

Es *El Tío Camorra* uno de los más interesantes documentos en el historial periodístico de Villergas. Aun cohibido por la actitud de su constante enemigo Narváez—*el Espadón*,—aun amenazado por el

dominio de la arbitrariedad, que entonces pareció atenuarse un poco, Villergas descargó sus mandobles sobre aquellos hombres que manejaban la vida nacional, y que en su opinión eran perfectas nulidades. «En una nación—decía—donde Ovilo Otero goza la reputación de historiador, Mazarredo la de militar, Pezuela la de literato, Gil y Zárate la de poeta, González Bravo la de diplomático y Pavía la de valiente, no tiene nada de extraño que Narváez usurpe la fama de político».

Claro es que los artículos y poesías de *El Tío Camorra* se refieren en su mayor parte á menudencias políticas que si hoy no ofrecen interés, entonces se leerían con fruición. Las biografías en verso que publicó—D. José Salamanca, Narváez, D. Pedro José Pidal—pueden mirarse como modelos de la *manera de hacer* de Villergas. Rasgos mordaces de los que llegan á lo vivo; palabras fuertes lanzadas sin eufemismos ni veladuras; chistosos equívocos y juegos de palabras; versos sueltos, fáciles y vigorosos... No hace falta decir que más de una vez cae en tremendas injusticias, llevado de aquella dicacidad, de aquella verdadera manía persecutoria, pero en forma activa, que le dominaba; que no en vano Eulogio Florentino Sanz pensaba de él que «su *genus irritabile* le inspira una acometividad desatinada y ciega, que lo mismo se emplea en gigantes que en pigmeos, y tal vez los descarga sobre sus admiradores y sus jueces de campo antes que en el blanco adonde tira».

El ministerio García Goyena sufrió durante un mes sus vapuleos; y cuando, poco después, ocupó la presidencia el propio Narváez, con un gabinete moderado de indiscutible altura, no por eso puso trabas á su pluma.

En Enero de 1848 regresó á Madrid Espartero, comprendido en un decreto de amnistía, y *El Tío Camorra* le recibió con las mayores demostraciones de entusiasmo. Desde *El baile de las brujas* Viller-

gas había cambiado mucho de opinión respecto al héroe de Luchana: entonces habíale asestado furiosos restallazos de su látigo; ahora le consideraba como el único capaz de salvar á España. Y es que con el peso de los años, el satírico de Gomeznarro iba poniéndose más en la realidad. Preconizaba en un principio los mayores radicalismos, suponiendo que ellos tendrían fácil arraigo en la revuelta España de su época y que todo lo demás eran paños calientes sin resultado práctico alguno; pronto observó que se precisaba ir por pasos contados, y que entre dos fuerzas necesarias convenía optar por la que más impeliera al extremo por él preferido. Y de aquí su cambio de actitud y de táctica.

Fué, pues, á visitar á Espartero en su casa de la calle de la Montera, y el general «salió inmediatamente con los brazos abiertos á recibir en ellos al paleta de Torrelozones». No quiere, sin embargo, que sus elogios al duque de la Victoria se hagan sospechosos, y dice: «Y téngase presente al decir ésto que el *Tío Camorra* no trata de sacar ningún fruto del lenguaje que está empleando hoy; porque cualquiera que sea la posición de Espartero algún día, y aunque suba quien suba al poder, el paleta de Torrelozones repite su juramento de que en su vida tomará empleo del gobierno aunque le valiera la salvación; porque ni tiene genio ni carácter á propósito, ni le sale de adentro eso de comer y no trabajar á costa de la nación, como hacen más de cuatro».

Dedicaba Villergas sus más vivos afanes á *El Tío Camorra*, pero sin abandonar otras tareas literarias. En 1847 publicó otra edición de sus poesías, basada sobre la de 1842, pero con agregados tan sabrosos como el *Cuadro de pandilla* y la leyenda *La casa del duende* (ya publicada con anterioridad en *El Cancionero del pueblo*). Especialmente el *Cuadro de pandilla*, sátira donosísima contra varios literatos, es una de las más bellas cuanto desenfadadas obras que sa-

lieron de la pluma de Villergas. Nada tan flexible y gracioso como aquellos facilísimos tercetos:

¿Es preciso cantar? Pues tararira.

El Parnaso español cantar bizarro
Quiero sin más ni más; venga una lira.

A propósito estoy, tengo catarro:
Dadme, dadme una lira, mas no de oro;
Para asunto tan ruin basta de barro.

Cantaré, como cumple á mi decoro,
En anuncios de gresca ó zaragata,
Ramplón de estilo, entre cristiano y moro.

Que al aplauso no aspiro, hablando en plata,
Y si no escribo verso será prosa,
Y el que no salga pie me saldrá pata.

Hace ya tanto tiempo que reposa
Mi númen fatigado, que se pasma
Cierta gente taimada y orgullosa.

Mas otra vez mi pecho se entusiasma,
Y hoy, vive el cielo, cada verso mío
Sinapismo ha de ser, no cataplasma.

A otros la guerra asusta; yo me río.
Si algún mastuerzo lo contrario sueña,
Dada está la señal, conque ¡al avío!

Maltrechos salen de su pluma los literatos aludidos. Cierta es que para justificar su desnuda sinceridad, habla de este modo en el prólogo: «No debo nada á nadie; no he recibido como otros una educación literaria cual hubiera deseado, no he tenido un buen alma que me diga lo que es gramática ni cómo se hacen los versos. Si he podido hacer algo, si he conseguido alguna posición chica ó grande en la república de las letras, lo debo exclusivamente á mi trabajo, á mi aplicación, sin haber tenido libros ni maestros, y luchando contra los *santones* que en lugar de prestarme su apoyo me declararon la guerra tan pronto como leyeron mis primeras producciones. No tengo por consiguiente necesidad

de guardar consideraciones serviles; soy uno de los escritores más independientes que ha habido en el mundo, por carácter y por la autoridad que me da, no me cansaré de repetirlo, la circunstancia de no deber nada á nadie».

En Enero del mismo año estrenó Villergas en el teatro de la Cruz una comedia en cuatro actos y en verso titulada *Todo se queda en casa*, recibida por el público entre aplausos y siseos, y por la prensa con críticas poco benévolas. Confesemos que la comedia, muy bien versificada, es poco interesante y de pesadísimo desarrollo, aunque su autor, en *El Tío Camorra*, saliera á su defensa en un razonado artículo, donde se lamentaba de la sistemática guerra que le hacían los periódicos progresistas, y reconociendo los defectos de su producción, añadía: «Una cosa, sin embargo, tendré que manifestar para disculpar dichas faltas, y es: que los cuatro larguísimos actos de que consta mi comedia, están escritos en menos de quince días, trabajando cada día menos de dos horas; y en tan corto tiempo séame permitido vanagloriarme de haber escrito tantos versos que no dudo en calificar de buenos, aunque todo el género humano quisiera probarme lo contrario». «Y si algo hay de malo en el argumento de la comedia del *Tío Camorra*—dice luego—es precisamente el tener más de lo que necesita, defecto en que ha incurrido el paletó, cansado quizá de ver á los dramaturgos contemporáneos adoptar la senda opuesta, presentándonos en vez de una acción dramática, un número más ó menos grande de dúos ó tercetos engarzados en una caña, de la cual pende siempre el anzuelo para pescar aplausos».

También tomaba Villergas parte activa en la sociedad de cultura *El Porvenir* (de una de cuyas secciones fué secretario) y en el *Instituto Español*. Suscitóse en éste una curiosa discusión sobre «quiénes son las mujeres que merecen la preferencia de los hombres, atendidas las reglas del buen gusto, las

gordas ó las delgadas»; y nombrado Villergas juez del litigio, expuso en un romance la materia ventilada en éste, y después de hablar en verso Fontán, Ontiveros, Retes, Eduardo Asquerino y Romero Larrañaga, hizo un resúmen que terminaba con la siguiente filosófica conclusión:

«Que en las horas desdichadas
que cruzan emponzoñadas,
para aliviar nuestras penas
todas me parecen buenas,
las gordas y las delgadas».

Cuando la situación política no era muy tranquilizadora en nuestra patria, llegó la noticia—en Febrero de 1848—de que los franceses habían proclamado la república. El terror cundió entre los hombres del gobierno español, que veían próxima la tormenta; y, en efecto, la tormenta estalló el 26 de Marzo, en que un numeroso grupo de gente armada, situándose en la plaza de la Cebada, prorrumpió en gritos de *viva la libertad, viva Isabel II, viva el pueblo soberano, mueran los tiranos*, y otros de *viva la milicia, viva la república*. Se extendió el movimiento á otros puntos de la villa y corte, acudieron las tropas, y hubo varios encuentros con numerosos muertos y heridos. Sofocada la sublevación, se siguieron las medidas obligadas: la disolución de las cortes, la suspensión de garantías y la detención de ciudadanos, hasta el número de trescientos.

Villergas, que llevaba unos días en cama, también corrió el peligro que se deduce de las siguientes líneas: «Han sido presos ayer á las dos de la madrugada y conducidos á la jefatura política, todos los directores de los periódicos moderados—¿qué digo?—los directores de los periódicos progresistas y algunos redactores. También he padecido una equivocación al decir que todos, pues el *Tío Camorra* es uno de tantos y hasta la presente no ha

tenido el bárbaro gusto de disfrutar esa halagüeña paz que reina en los calabozos. ¿Cómo se habrá exceptuado este pícaro *Tío*? No porque no le hayan buscado, pues también fueron dos celadores y varios agentes; pero el *paleta de Torrelozanes* tuvo la casual ocurrencia de no dormir en casa antesdeanoche, y los encargados de prenderle no encontraron en ella más que á *D. Juan de la Pilindríca* y á la *cotorra*, á los cuales se les dejó dormir en paz, porque con ellos no iba nada. Hay quien dice que el *Tío Camorra*, aunque nada tiene que temer de la ley, tiene mucho que temer de sus enemigos, por cuya razón ha tomado el tole hacia París. Entre tanto la dirección de este periódico se ha encomendado á *la cotorra*.

No fué á París Villergas, aunque fingió una correspondencia semanal desde la capital de Francia, pero anduvo de escondite en escondite para no caer en manos de sus perseguidores. El día 7 de Mayo se reprodujeron los disturbios en Madrid con mayor gravedad. Las fuerzas del regimiento de *España*, á los gritos de *viva la libertad y la independencia nacional*, ocuparon la Plaza Mayor é hicieron frente á las tropas que por diferentes lados las atacaron. El motín quedó apaciguado á la hora de comenzar, no sin varios muertos de una y otra parte; y diezmados los paisanos á quienes se había sorprendido con las armas en la mano, trece fueron arcabuceados fuera de la Puerta de Alcalá.

Extremáronse las medidas contra la prensa, conminando con el fusilamiento al menor desliz, y Villergas, siempre escondido, atenuó un poco sus ataques, entreverando con sus sátiras la historia del *Empecinado* y algunos artículos sobre la situación de Francia; pero al ver que los periódicos progresistas habían cesado en su publicación, decidió convertir á *El Tío Camorra* en diario.

Viendo el gobierno que ni por la persuasión ni por las amenazas podía acabar con el periódico de

Villergas, sólo encontró un medio para ello: suprimirle de Real Orden. Así lo hizo, y entonces Villergas, á trueque de pagar cara su osadía, salió del escondite y se trasladó á la Granja, donde se encontraba la corte, para reclamar contra semejante medida y hacer constar «que solamente los tribunales podían castigar el periódico que llenaba las garantías legales». Por toda contestación le mandaron á la cárcel del Real Sitio, entregándole al juez de Segovia para que le formase causa como conspirador. Su buena estrella— lo refiere Villergas en *El Brazo de Viriato*,—le deparó un magistrado recto é imparcial, que no hallando motivo para perseguirle, le retuvo procesado con el buen deseo de que no fuese metido en las cuerdas de ciudadanos que salían diariamente para Filipinas y Mindanao.

Una vez libre, reanudó la publicación de su periódico, pero cambiando el título de *El Tío Camorra* por el de *Don Circunstancias*. El primer número se publicó en 20 de Agosto de 1848. No pudo entonces mantenerse en su acostumbrada actitud belicosa, según lo hizo observar en una letrilla:

¿Qué diré á ustedes?
No diré nada,
porque lo impiden
las circunstancias.

Pero en cambio hizo labor más seria y elevada, juzgando con acierto los trascendentales acontecimientos de orden internacional que se sucedían, y ejercitando sus facultades críticas en el exámen de la exposición de pinturas ó de diversas obras literarias, lo cual le ofreció ocasión para enaltecer los méritos de Zorrilla, que por entonces distinguía con su amistad á Villergas hasta el extremo de consultarle sobre sus obras.

Hasta fines de 1849 vivió *Don Circunstancias*. En ese tiempo dirigió también Villergas un periódico literario y artístico, *La Academia*, de efímera exis-

tencia, y puso notas y un apéndice á la famosa *Historia de Bertoldo*, traducida del italiano. El vulgo— que nadie más pudiera saborear con agrado una obra por el estilo —acogió en tal forma las ingeniosidades de aquel rústico y las de sus descendientes Bertoldino y Cacaseno, que las ediciones se multiplicaron bien pronto. A nosotros sólo nos interesan las adiciones de Villergas: un *Apéndice á la vida de Cacaseno*, referente á las aventuras del nieto de Bertoldo en Madrid, y que abunda en gracias un poco chocarreras; las notas, muy escasas, que puso á la traducción, y sobre todo un facilísimo romance dirigido al editor, donde se ve su estado de ánimo por aquellos tumultuosos días:

He pasado malos días
y probado algún canguelo
en la parte de registros
y la epidemia de encierros.

Pero como estoy tan dado
á lances y contratiempos,
hasta con el mal que sufro
muchas veces me divierto.

Ni temo las pesadumbres
ni me enfada estar enfermo:
mi estado normal es éste,
por lo cual nunca me quejo.

Para mí no tienen agua
los ríos, ni lumbre Febo,
ni cantò los ruseñores,
ni la humanidad consuelos.

Estoy ya tan hecho á todo,
mis males son tan añejos,
que ni las penas me afligen
ni solicito el remedio.

Al contrario, amigo mío,
vivo á gusto y satisfecho
con las desgracias eternas
que me han curtido el pellejo.

Y es para mí tan extraña
esa imagen del recreo
que llaman buena fortuna,
que casi la tengo miedo;
y no apetezco sus dones,
pues seguramente pienso
que si algún bien me sucede
será un castigo del cielo.

No en vano hablaba Villergas en esta forma, pues los tiempos que le corrieron por entonces fueron poco satisfactorios. D. Vicente Barrantes, que por aquellos años de 49 á 50 le conoció en casa de Eulogio Florentino Sanz, refiere una conversación que con éste sostuvo á propósito de Villergas, conteniendo detalles muy curiosos. Véase algo de lo que escribe Barrantes:

«En el Ateneo y en el Liceo—decía el autor de *Don Francisco de Quevedo* á Barrantes,—no le perdonarán jamás sus sangrientos insultos á los académicos y á casi todos los literatos de la nueva generación, por no haberle incluido el pintor Esquivel en cierto cuadro de retratos que hizo para esta última sociedad. Otras veces sus víctimas son tan modestas é inocentes como las que Herodes sacrificó. ¿Ha leído usted el ovillejo de Franquelo, Corona y Vila?

—Sí señor—le respondí,—que está bien hecho, y es atroz, por lo cual no se arranca de la memoria á tres tirones:

Corona, Vila y Franquelo,
hambre, ignorancia y canguelo.

Franquelo, Vila y Corona,
tres y ninguna persona.

Corona, Franquelo y Vila
tres cuadrúpedos en fila.

Por cierto que yo conozco á dos de esas víctimas de Villergas, y puedo apreciar la crueldad de éste.

Franquelo no sólo escribe muy bien la jerga andaluza, sino con mucho sabor de su salada tierra.

—Pues lo mismo ó acaso peor trata Villergas á los hombres políticos en sus famosos *Bailes*, y de aquí que tenga que vivir casi siempre á sombra de tejado, para que no le lleven encima los mientes como puños y los puños como mientes. Ningún perro rabioso, ninguna fiera escapada de su jaula, han sufrido persecución semejante á la suya cuando los amigos y paniaguados del general Prim se enteraron de aquellas octavas que principian:

Infame Prim, patriota de retorno».

Seguía diciendo Florentino Sanz á Barrantes, que más de una vez daba consejos á Villergas para que abandonase aquel camino, pero con resultado nulo. «Él, erre que erre. En viendo agujero para escribir una hoja clandestina, una proclama ó cualquiera de esos esperpentos que llevan á un hombre derecho á la cárcel, por allí se mete de rondón y á cierra ojos... Tales trazas se da, que el hambre es hoy el menor de sus enemigos: Periódico en cuya redacción entra, periódico muerto. Desde que escribía en *El Huracán* contra la coalición de 1843, que iba á echar de España á Espartero y á eternizar á los moderados en el poder, sus antiguos amigos los progresistas le guardaban rencor, por haberles hecho en el *Baile de las brujas* caricias análogas á las que le debe Prim, al verlos tan ciegos instrumentos de aquellos hábiles pasteleros, y ni aun con la recomendación de Olózaga le dan plaza fija en *El Eco del Comercio* ó *El Espectador*».

Precisamente por entonces gestionaba Villergas la fundación de un periódico con su amigo y paisano el joven Calvo Asensio; pero éste no se mostró muy propicio á la realización del proyecto.

Un paso más serio todavía dió Villergas en aquel año de 1850: el matrimonio. Doña Inocencia Fernández, natural de Zamora, fué la elegida de sus pen-

samientos, la compañera inseparable que había de seguirle en sus peregrinaciones por el mundo, dándole ocho hijos, cinco hembras y tres varones, entre los cuales sólo tres de las primeras llegaron á la edad adulta.

¿Calmó el matrimonio su temperamento batallador? Si hubo tregua, fué muy breve; luego volvió con más ánimos á la sátira literaria y política.

El drama *Isabel la Católica*, de Rodríguez Rubí, que llegaba entonces al pináculo de su endeble gloria, prestóle ocasión para que, en colaboración con su amigo Ribot y Fontseré, escribiera un excelente trabajo de crítica. Rubí, favorecido principalmente por Sartorius, que reunía á su lado una camarilla de jóvenes literatos, fué invitado á Palacio para leer aquel drama en presencia de la reina, y como complemento á tamaña distinción, obtuvo del gobierno la gran cruz de Isabel la Católica. Villergas, que no podía convenir en los méritos atribuidos al dramaturgo andaluz, unióse á Ribot é hizo—dice con gran exactitud Barrantes—«uno de los trabajos más serios é importantes, que le acredita de crítico de primer orden. En él hay además datos curiosísimos del estado del periodismo revolucionario en aquella época, y de la profunda evolución del partido progresista é impulso de la juventud democrática, que sacudía violentamente la tutela de los llamados santones (los antiguos doceañistas y ayacuchos), empujándolos hacia la izquierda del moderantismo, donde iban á contribuir, andando el tiempo, á la unión liberal».

El folleto, suscrito por *El Tío Camorra* y *El Jesuita*, se titulaba así: *Carta que acerca del aplaudido drama «Isabel la Católica» dirigen al excelentísimo señor conde de San Luis, Vizconde de Priego, precedida de unos cuantos piropos al santonismo que aunque no vienen al caso, darán un rato de buen humor á los santones.* En él dicen Villergas y Ribot cuál era su situación, llevando dos años cesan-

tes en sus ocupaciones periodísticas, por culpa de los santones, y añaden: « Criticamos y murmuramos por la misma razón que el fuego quema y el agua moja, y por la misma razón que Bretón hace siempre buenos versos y Rubí los hace siempre malos; porque no podemos hacer otra cosa ».

* * *

Los manejos de la famosa sor Patrocinio, *la monja de las llagas*, y del P. Fulgencio, confesor del rey, hicieron caer á Narváez, si bien por poco tiempo, pues el ministerio que le sucedió, llamado por tal causa el *ministerio relámpago*, fué depuesto al día siguiente de nombrado. Volvió al poder el duque de Valencia; pero como notase en Palacio no pocos obstáculos, y en el Congreso se pusiera frente á él Bravo Murillo levantando la bandera de las *economías*, al comenzar el año 1851 dimitió su cargo y se marchó á París.

En la capital de Francia hallábase Narváez, ocupado en asuntos de intereses y en otros de mayor entretenimiento, cuando llegó á él la noticia de que Villergas, su tenaz é implacable censor, iba á publicar un libro para asestarle nuevos y más terribles golpes. Y así era, en efecto. Villergas se disponía á imprimir uno de sus más violentos escritos, y al efecto insertó en el periódico *El Anunciador* el correspondiente prospecto, encabezado así: « PARALELO ENTRE LA VIDA MILITAR DE ESPARTERO Y LA DE NARVÁEZ, obra destinada á reparar las injusticias de muchos años, colocando á los personajes de que se trata en el lugar que se merecen, atendiendo solamente á sus hazañas, por Juan Martínez Villergas ».

Por el tono de todo el prospecto podía suponerse lo que habría de ser la obra. Después de algunas consideraciones de orden histórico sobre la ingratitud de todos los pueblos hacia los hombres patriotas, ponía de relieve las diferencias entre Espartero y Narváez, « como si dijéramos la cabeza y el rabo del

ejército español», y para justificar que su libro apareciese en aquella ocasión, hablaba así: «El que estos renglones escribe no ha esgrimido su péñola nunca sino contra los poderosos, y no ha ocultado la cara para decir verdades como puños á D. Ramón María Narváez, aun cuando este señor se hallaba en el pleno ejercicio de su poder sultánico; pero la obra que hoy se anuncia no hubiera podido publicarse antes, y si tardamos un poco en darla á luz es probable que tampoco pueda publicarse después, por lo que necesitamos aprovechar los momentos de respiro que hoy disfruta la imprenta á fin de que el género que vamos á despachar no sea decomisado por los carabineros de la policía, aunque seamos autor y editor condenados como contrabandistas á visitar las costas del Asia». El prospecto terminaba con estos versos:

Bien vemos que Espartero se sentirá humillado
con don Ramón Narváez al verse en parangón,
que aunque el diamante sea carbón cristalizado,
una cosa es diamante y otra cosa es carbón.

Mas no esperamos pena, pues culpa no nos toca;
la culpa es de Narváez; la pena ha de sufrir,
ya que ciego de envidia, pasión liviana y loca,
llevando alas de cera quiso hasta el sol subir.

Y en tanto que la envidia, pasión loca y liviana,
del mérito enemiga se muestra pertinaz,
los triunfos cantaremos del héroe de Luchana,
intrépido en la guerra, magnánimo en la paz.

Al paso que imparciales, sin odio ni malicia,
y á la verdad atentos y de la historia en pos,
á don Ramón Narváez vamos á hacer justicia,
ó á darle una *peluca* para que tenga dos.

Y aunque su grey se pique, y aunque, como él, se
[corra
un bosquejo ofrecemos, breve, sencillo y fiel
de aquel que no hace mucho llamaba el *Tío Camorra*
guerrero sin batallas, soldado de papel.»

Un articulista que hace poco tiempo ha escrito en un diario sobre este asunto, y que parece muy bien informado (1), dice que este proyecto fué seguido de varias cartas de Narváez: una á su confidente Canseco, reiterándole su buena amistad, sin duda para que tomase su defensa; otra á Marfori, excitándole á lo mismo; otra al marqués de Fuentes del Duero, reconviniéndole por no haberle enterado de cosa que tanto le interesaba, etc., etc. Marfori mandó un comunicado á *La Época* diciendo, entre otras cosas, que había «muchos amigos y admiradores de aquel ilustre personaje que harán comprender al autor del «Paralelo» que no es siempre fácil ni seguro atacar reputaciones intachables».

A pesar de estas y otras amenazas que recibió Villergas, el *Paralelo* comenzó á publicarse por entregas. Mezclando el relato histórico, minucioso y documentado, con las agresiones de la sátira más violenta, Villergas establecía un parangón entre Espartero y Narváez, en el cual este último, naturalmente, llevaba la peor parte. Las palabras más sangrientas, las frases más crueles, cayeron como mazas sobre el vencedor de Ardoz, unas veces en prosa suelta y amenísima, otras en versos fáciles y juguetones. Paso á paso seguía nuestro satírico la historia de ambos generales desde su nacimiento, cuando al llegar al sitio de Bilbao y jornada de Luchana, hubo de dar por terminada su obra.

Porque, como puede suponerse, desde el momento que empezó á ver la luz pública el *Paralelo*, arreciaron los trabajos de Narváez y los suyos contra Villergas. Intervinieron en el asunto elevados personajes, se habló de presentar una proposición en el Senado, á lo cual se opuso el marqués de Fuentes del Duero, diciendo que esto «no hubiera servido para otra cosa que para dar importancia al

(1) *España Nueva*, 2 Agosto 1909.

folleto», y al llegar á la entrega 19 fué recogida por orden del gobierno toda la obra, sobre la cual pesaban ya dos denuncias. Villergas, pues, suspendió su publicación, pero no sin prometer que volvería muy pronto á la brecha y decir soberbiamente á Narváez: «Esto quiere decir, por último, que el general Narváez, á pesar de su alta posición, de sus influencias y de su carácter, está condenado mientras viva á gemir como hombre público en el tormento de mi crítica, severa, porque se trata de un hombre poderoso, decidida, porque se basa en la sólida base de la razón, implacable, porque es la expresión del sentimiento nacional. No, ¡mi obra no cesará... porque para vencer todos los obstáculos que se opongan á su marcha, contará con el poderoso auxilio de la razón y de la ley! Quiero yo que continúe, y no cesará mientras mi cabeza se halle en estado de discurrir y mi mano tenga fuerza para blandir un arma del peso de una pluma».

El conde de la Cañada-Alta, hermano de don Ramón Narváez, fué quien comenzó á ejercitar la acción contra Villergas, demandándole por injurias y calumnias inferidas á su padre D. José María Narváez, y pidiendo la prisión del autor del *Paralelo*. Presintió Villergas que las acusaciones habían de enredarse como las cerezas, agravándose cada vez más, y parece que quiso ponerse en salvo, porque la policía le detuvo en Vallecas. Conducido al Saladero, se encontró sometido á las siguientes causas:

1.^a Una querrela del conde de la Cañada-Alta, sucesor y heredero de D. José María Narváez, por injurias á éste.

2.^a Otra querrela del Duque de Valencia, don Ramón María Narváez, por lo mismo.

3.^a Otra querrela de D. Mariano Narváez, primo de D. Ramón, por lo mismo.

4.^a Una denuncia del fiscal de imprenta, que creyó ver en el *Paralelo* una defensa de Robespierre y un ataque á los frailes.

5.^a Una causa formada por el juzgado, por haberse cogido sin pasaporte en el pueblo de Vallecas:

Más grave peligro amenazó á Villergas, pues el gobierno intentó formarle una causa de lesa majestad, tomando por base ciertas palabras referentes á doña Cristina de Borbón; pero medió D. Salustiano de Olózaga, poniendo en favor de Villergas toda su influencia, y consiguió del ministro de Gracia y Justicia que desistiese de aquel propósito.

Mientras tomaban su defensa los letrados don Narciso Buenaventura Selva y D. Francisco Salmerón, Villergas empezó á publicar desde la cárcel otro libro titulado *Desenlace de la guerra civil*, á manera de segunda parte del *Paralelo*.

No obstante su difícil situación, en las primeras entregas siguió disparando bala rasa contra Narváez. Tal se ve ya en la *Dedicatoria*, dirigida á todos los españoles, menos uno, que fácilmente se comprende quién fuera. Dice así:

Contentar quiero á la gente,
icaracoles!
y ofrezco sinceramente
á todos los españoles
mi publicación presente.
Una excepción solamente
reclama la conveniencia;
sólo á un hombre mi conciencia
del favor debe excluir.
No me preguntéis quién es,
porque no lo he de decir.

Aquí entra el grande y el chico,
¡voto al diablo!
lo mismo al pobre que al rico,
á todos de veras hablo,
á todos mi obra dedico.
Y si una excepción indico

muy gráve razón me escuda.
El lector podrá, sin duda,
esta razón inferir:
sentiré que no la infiera,
pues yo no la he de decir.

·En exclusión de bandera
no se piense.

Mi musa libre hoy venera
tanto al demócrata Orense
como al rebelde Cabrera.
Sólo en la nación ibera
hay un hombre, no más uno,
á quien no juzgo oportuno
en este obsequio incluir.
Adivínelo quien pueda,
que yo no lo he de decir.

El ciudadano en cuestión
es un hombre...
de quien digo sin pasión,
y sin revelar su nombre,
que merece la exclusión.
Y no á fe por la opinión,
que hoy para todo hay perdones,
sino por otras razones
fáciles de descubrir.
Calculad quién es este hombre,
que yo no lo he de decir.

Sin inconveniente alguno
ni falacia,
repetir juzgo oportuno
que hoy para todos hay gracia;
para todos menos uno.
Cuando le impongo el ayuno
de lo que á nadie prohibo,
claro es que tendré motivo,
y lo tengo, sin mentir;

pero no me lo pregunten,
porque no lo he de decir.

Antes que á cantar victoria
suba al Pindo,
veré, españoles, la gloria
si acogeis, como os la brindo,
mi franca dedicatoria.
A todos una memoria
consagrar quiero este día.
Sólo á un hombre isuerte impía!
del favor debo excluir;
y no preguntéis quién es,
que no lo quiero decir.

Los tercetos del prólogo á este libro, son uno de los fragmentos más enérgicos, más vigorosos, que ha producido la musa satirica castellana. El poeta se alza contra la inmoralidad y la injusticia, y después de advertir que su musa no se aviene á cantar el arrullo de la luna ni los amores insípidos, y de increpar á los tiranos, termina clamando:

No, vive Dios, aunque la ley respeto,
antes que tolerar tamaño ultraje,
la guerra admito, y combatir prometo
al despotismo pérfido y salvaje
que obcecado presenta la batalla.
El cañón y metralla es su lenguaje. .
¡La pluma es mi cañón y mi metralla!

Comenzó, pues, Villergas en el *Desenlace de la guerra civil* arreciando sus acometidas contra Narváez. Pero los rigores de la prisión, las amenazas, los peligros que le rodeaban, empezaron á quebrantar su recio temple. Veía en perspectiva una prisión interminable, una condena infamante, con todas sus consecuencias. A raíz de un decreto sobre imprenta, hubieron de notar los numerosísimos

lectores de Villergas que éste interrumpía sus agresiones y continuaba contando en tono reposado el desarrollo de la guerra civil, desde la acción de Luchana hasta la caída de Espartero; de modo que ni siquiera al llegar á estos últimos sucesos, en que tan importante papel jugara Narváez, había una de las acostumbradas pullas contra la *farsa* de Ardoz.

Villergas, agobiado y rendido, había entablado gestiones cerca de Narváez, para obtener el perdón. Después de hablar en su prisión con los Sres. Enciso y Canseco, enviados del general, escribió una rectificación, total y absoluta, en términos explícitos, de cuanto había dicho en el *Paralelo*. Parecióles bien al general y sus representantes; pero exigieron que se publicara como última entrega del *Desenlace de la guerra civil*, á lo cual Villergas quiso resistirse, temeroso de que su nombre saliese con ello malparado. Al efecto escribió á don Claudio Moyano, rogándole que intercediese con Narváez. «Repítome, entre otras cosas,—que quiero dejar en buen lugar la honra del señor duque de Valencia; pero convendría mucho á la mía que la rectificación que debo dar no se publicase. En este caso podría el general Narváez quedarse con dicha rectificación firmada por mí para hacer uso de ella en cualquier tiempo, si mi conducta ulterior le provocase, y creo que podría quedar por ahora satisfecho con que se pusiera en los periódicos un párrafo diciendo que habían mediado explicaciones satisfactorias para el señor duque de Valencia». De negarle esto, rogaba Villergas que se le permitiese insertar la rectificación antes de terminar el *Desenlace de la guerra civil*, para evitarle treinta ó cuarenta días de prisión (1).

Intervino Moyano, aunque muy tibiamente, cerca del general; pero éste se mostró inflexible. Y el

(1) Publicó esta carta, así como la de Moyano al general Narváez, el citado número de *España Nueva*.

malaventurado Villergas no tuvo otro remedio que rendirse en toda línea, publicando la rectificación como última entrega del *Desenlace de la guerra civil*.

Nada más podía pedir el duque de Valencia. Allí afirmaba Villergas de modo terminante que sus más violentas acusaciones, sus cargos más graves, carecían de todo fundamento. Y Narváez, compadecido del triste escritor, escribió á Marfori (1) para que se apartase á su nombre de la causa, sin exigir las costas á Villergas.

Seis meses llevaba nuestro satírico preso al estampar su rectificación, y uno más tarde vió abiertas las puertas de la cárcel. El duque de Valencia pagó de su bolsillo los 6.012 reales que el procurador D. José Iglesias llevaba gastados en los procedimientos sumariales.

La situación de Villergas, al verse libre, era muy difícil. Veía su prestigio un tanto quebrantado entre los suyos, que le acusaban de claudicación, y no las tenía todas consigo en lo relativo á la conducta de sus contrarios; por lo cual creyó que lo más acertado sería tomar el camino de Francia. Y lo hizo con tal oportunidad, que apenas ponía los pies en suelo francés, se comunicaba por telégrafo la orden de prenderle nuevamente, como complicado en la causa de conspiración que se estaba formando á sus amigos Rivero, Díaz Quintero y González, presos en la cárcel de la Villa.

(1) Publicada la carta en *España Nueva*.

III

Llegó Villergas á París con su esposa en el mes de Marzo de 1852, y bien pronto le prestó su apoyo un su amigo, escritor—como dice el Sr. Barrantes—de tanto mérito como él y de menos juicio todavía. Era éste un fraile exclaustado, D. José Segundo Florez, natural de Almendral, en Extremadura, que había pertenecido á las más terribles sociedades secretas de Madrid y tomado parte en todos los movimientos revolucionarios, «hasta que, emigrado á consecuencia de su participación en los motines de 1848, murió apóstata en el seno de una secta tan extravagante como nueva, la que llamó *Religión de la humanidad* su fundador Augusto Compte, de quien fué el P. Segundo, amigo, panegirista y testamentario» (1).

Por de pronto entró Villergas de redactor en *El Eco de Ambos Mundos*, que publicaba el emprendedor librero D. Ignacio Boix, y allí trabajó todo aquel año; pero al empezar el de 1853, fué encargado de dirigir la edición ilustrada que fundaba entonces *El Correo de Ultramar*.

Esta parte literaria é ilustrada de *El Correo de Ultramar*, fué una especie de *Ilustración* con grabados, en la cual aparecieron las firmas de Zorrilla, *Fray Gerundio*, Bretón de los Herreros, Ruiz Aguilera, etc., sin que faltaran los correspondientes artículos extranjeros de traducción anónima. Villergas, que en los primeros números se firmó con el seudónimo de *Don Emilio*, apareció completamente

(1) Es conocido principalmente este escritor por la siguiente obra, de que se hicieron varias ediciones: *Espartero. Historia de su vida militar y política y de los grandes sucesos contemporáneos. Escrita bajo la dirección de D. José Segundo Florez.*

transformado. Nadie diría que el agresivo autor de tantas sátiras sangrientas, se había de contentar ahora con escribir letrillas inofensivas, ó artículos sobre las costumbres de Andalucía y el carácter de Inglaterra, ó graciosos cuentos é historietas, ó estudios de *folklorismo*. Porque en *El Correo de Ultramar* abordó Villergas las materias y géneros más opuestos, dando muestras de su amplia cultura y de su excelente criterio. Es su labor de esta época una de las más serias que realizó; y bien puede creerse que las penalidades y desengaños sufridos habíanle aplacado los instintos belicosos, siquiera no los apagaran para siempre, llevándole por otros rumbos.

Aquí dió á la estampa sus artículos sobre los *Poetas españoles contemporáneos*, estudiando las más famosas figuras de nuestro parnaso en el siglo XIX. Aparecieron en esta galería Bretón de los Herreros, Martínez de la Rosa, García Gutiérrez, Gil y Zárate, Hartzenbusch, Zorrilla, Ventura de la Vega, Escosura, Ochoa, Larrañaga, Rubí, Lafuente, Mesonero Romanos, Campoamor y Ayguale Izco, á los cuales agregó, cuando los editores de la publicación, Rosa y Bouret, hicieron con los artículos un libro aparte, los Asquerinos, la Avellaneda y Florentino Sanz.

Fueran suficientes estos artículos para acreditar á Villergas de crítico, pero no superficial y dicharachero, sino profundo y razonador. Allí se ve al literato sagaz que penetra en el valor intrínseco de las obras, separando con ojo certero el oro del metal sin valor, y elevándose en sus miras como hasta entonces podían haberlo hecho un Larra, un Lista ó un Quintana. Cierta es, sin embargo, que en más de una ocasión no puede prescindir de sus apasionamientos y odios personales ó políticos, y recuerda su tono chancero ó comete manifiestas injusticias. Injusto es su durísimo juicio sobre Zorrilla, á quien en *El Tío Camorra* había elogiado sin reservas,

pregonando *coram populo* su amistad, y ahora acometía despiadadamente, pretendiendo echar por tierra la gloria que le rodeaba. Injustas son sus desatenciones con Martínez de la Rosa—las mismas que le había manifestado en *Los políticos en camisa*,—y sus acres censuras á Mesonero Romanos y Ventura de la Vega. En cambio, Bretón de los Herreros, víctima antes de sus epigramas, le merecía ahora grandes elogios, más de acuerdo con la imparcialidad.

Por entonces publicó el literato americano don F. Sarmiento—futuro presidente de la República Argentina,—un libro titulado *Viajes por Europa, Africa y América*. Era el Sr. Sarmiento un ejemplar de esos americanos hispanófilos, tan abundantes después, que por haber recibido un baño de París abominan de la nación española y, considerando insuficiente el léxico español, escriben en una extraña galiparla; por lo cual en su libro insultaba arteramente á nuestra patria y decía, entre otras tonterías, que un *vaudeville* le causaba mayores sensaciones que todo el teatro español antiguo y moderno; que los puristas españoles hacían un lenguaje convencional que llegaba á ser incomprendible; que en España no había buenos impresores; que no se estudiaban las ciencias naturales, y que Matilde Diez salía siempre á escena acompañada de un perro mastín que entusiasmaba á los espectadores.

Cayó este libro en manos de Villergas, y llevado de su patriotismo, escribió otro por todo extremo curioso, titulado así: *Sarmenticidio, ó á mal Sarmiento buena podadera*. Este libro—acogido con tal aceptación que de él se hicieron después numerosas ediciones en Francia, en Bélgica, ~~en España~~ y en la misma República Argentina,—es una nueva muestra del sin igual gracejo y variada erudición de Villergas. Terminaba con el siguiente «retrato del insigne y nunca bien ponderado D. F. Sarmien-

to, Profesor de viajes, aprendiz de literato y misionero providencial para servir... de estorbo á la educación primaria:

SONETO

Este escritor de pega y de barullo
que delira, traduce ó no hace nada,
subir quiere del genio á la morada
de sus propias lisonjas al arrullo.

Fáltale ciencia, pero tiene orgullo,
la paz le ofende y la virtud le enfada;
es ciego admirador de Torquemada
y enemigo mortal de Perogrullo.

Tal en resumen es mi pensamiento
acerca de este autor, que lleva el nombre,
ó apellido, ó apodo, de Sarmiento.

Nada hay en él que agrade ni que asombre,
carece de instrucción y de talento;
en todo lo demás en un grande hombre».

Hallábase Villergas en 1854 viviendo muy tranquilo en Auteil, desde donde iba todos los días á París, cuando triunfó en Madrid la revolución que se había iniciado en el Campo de Guardias. Después de la batalla de Vicálvaro, en que con tanta heroicidad lucharon las tropas de O'Donell, y del famoso manifiesto de Manzanares, atribuido á la pluma de Cánovas, sobrevino el alzamiento de varias ciudades y el que ensangrentó las calles de Madrid en los días 17 á 19 de Julio; y, como consecuencia inmediata, subió Espartero al poder, no sin que antes Cristina dirigiese al pueblo un manifiesto, en cuya redacción intervinieron D. Rafael María Baralt y D. Francisco Pareja y Alarcón, y que tenía todo el tono de un *confiteor*. Villergas acordó trasladarse inmediatamente á Madrid.

Ya en la villa y corte, reanudó sus tareas de periodista satírico, tomando la dirección de *El Látigo*. Entonces fué también, sin duda alguna, cuando

parodió el aludido *manifiesto* de la reina madre escribiendo en verso un *Patifiesto dirigido á los españoles en 1854 por Doña María Cristina*.

Y es éste, ciertamente, uno de los más intencionados escritos de Villergas. Habla en él la ex-gobernadora confesando, sí, sus culpas y defectos, pero prometiendo no enmendarse y tomar venganza de los mismos que la ponían en salvo sacándola de Madrid á escondidas:

Huyen la luz y el aire de mi infernal imperio;
doquier tiembla la tierra que huello con mis piés;
el pueblo donde habito parece un cementerio,
y un rosal que yo toque se torna en un ciprés.

.....
Puse y quité ministros, escarbé toda España
por sacar de sus minas hasta el postrer filón;
y aun intenté mil veces, con iracunda saña,
resucitar ¡qué miedo! la santa inquisición.

.....
¡Mas soy tan desgraciada, que ni el sublime acento,
para inspirarme, escucho de justa gratitud!
Si en mi pecho cupiese tan noble sentimiento,
habría en mi persona siquiera una virtud.

.....
Sólo es mi amor el oro, sólo mi Dios es Pluto;
pero de mis tesoros hasta el postrer doblón,
invertiré por daros días de llanto y luto,
en lágrimas de sangre sumiendo á la nación.

.....
Si otra vez sois vencidos, mi espíritu ambiciona
de vuestra hacienda y vidas las fuentes agotar.
Lo más que haréis vosotros con mi augusta persona,
será, si yo sucumbo, volverme á desterrar.

.....
Esto es lo que os prometé quien ayés y gemidos
dará, mientras no cobre con creces su pensión,
la madre más madrastra de todos los nacidos,
hablando mal y pronto—*Cristina de Borbón*.

Hízose en las cortes la votación de la forma de gobierno; y entonces Villergas—dicen unos apuntes manuscritos trazados por mano muy autorizada— «se decidió á abandonar la política para siempre, como lo habría realizado, si más tarde los odios implacables de la reacción no le hubieran impelido á entrar de nuevo en ella (1). Diremos cómo sucedió esto. Nombrado Villergas cónsul de España en la ciudad inglesa de Newcastle, fué á principios de 1855 á tomar posesión de su destino, que desempeñó hasta el verano del 56, con la honradez y celo de que en todo dió muestra durante su vida; tanto que á la caída del general Espartero, el gobierno de O'Donell, lejos de pensar en sustituirle, tuvo á bien darle un ascenso, nombrándole consul general de España en Haití (2). Embarcóse, pues, para ir á ocupar su puesto; pero al llegar á Port-au-Prince se encontró con que su nombramiento había sido anulado por el gobierno que acababa de reemplazar al de O'Donell, y esto le creó una situación verdaderamente angustiosa. Vióse sin empleo, sin recursos de ninguna especie, en un país totalmente poblado por gente de color, y por lo tanto, sin saber cómo había de salir de una tierra en que tampoco podía permanecer. Al fin logró su deseo, decidido á tornar á la vida política, ya que así lo querían sus tenaces adversarios, y por de pronto se dirigió á la Habana, donde su esposa y él estuvieron á punto de morir, habiendo sido inmediatamente atacados por el vómito negro».

Bien pronto los arrestos y laboriosidad de Villergas, ayudados de la fama que ya le precedía, le abrieron camino en la capital de Cuba. El día 16 de

(1) *El Látigo* pasó á manos de Manuel del Palacio y Pedro Antonio de Alarcón, que hicieron en él alarde de su gracia y acometividad.

(2) Observa Barrantes que «entre cónsules y diplomáticos no dejó fama de hombre muy tratable, según dicen».

Agosto de 1857 comenzó á publicar un periódico semanal titulado *La Charanga*, ilustrado por el habilísimo caricaturista bilbaino D. Víctor Patricio Landaluce. Anunciábanse los fines del periódico en el primer número, en una «Sinfonía compuesta por el maestro Villergas para servir de introducción á las serenatas de *La Charanga*, y ejecutada por los individuos de la Comparsa Filarmónica».

Ayudaron á Villergas en *La Charanga*, á más de Landaluce, escritores de tanto ingenio como Hiraldez de Acosta, Robles y Juan Antonio Calderón. Villergas—que solía firmarse *El Tambor Mayor*—insertó variadísimos artículos y poesías, así como una muy graciosa «Galería de personajes ilustres», donde figuraron tipos como *el Rey que rabió, el Bobo de Coria, Juan Lanás, Perico el de los Palotes, Periquito entre ellas, Cachano, Pero Grullo, etc., etc.* También tenían mucha sal unos «Anuncios charangueros», con alusiones de actualidad.

Sin embargo, Villergas no estaba muy conforme. El calor apretaba en la Habana de firme, y la previa censura, ejercida por hombres de miras un poco limitadas, dificultaba su labor periodística; por lo cual en Mayo de 1858 dejó *La Charanga* en manos de otros escritores, y en el paquete inglés *Clyde* embarcó para Méjico, acompañado de su familia y de su amigo Landaluce.

Las peripecias de este viaje están donosamente referidas por Villergas al final de su novela *La vida en el chaleco*. En Veracruz tomaron una mala diligencia, y cerca de Amozoc les echaron el alto tres bandoleros de los llamados allí *compadres*, y ellos se defendieron á tiros, de los que salió mal herido uno de los salteadores.

Ya en la capital de Méjico, les sirvió de guía el malogrado joven español Cipriano de las Cajigas, cuya memoria enaltece Villergas, y más todavía Zorrilla en sus *Recuerdos del tiempo viejo*. Cajigas era el más poderoso auxiliar de los españoles que lle-

gaban á Méjico. Villergas y Landaluce tuvieron en él un acompañante incansable, y en cuanto á Zorrilla, pueden verse las páginas de los *Recuerdos*, ese encantador libro de memorias, que despide la fragancia de lo poético. Con el autor de *Don Juan Tenorio* fué Cajigas á la Habana; con él vivió en la capital de Cuba y proyectó atrevidos negocios, que vino á romper en flor una muerte prematura; á su lado exhaló el postrer suspiro, arrancando lágrimas de desconsuelo al vate excelso, que guardó como recuerdo un rizo del pobre amigo, cortado en el ataud...

Y merece observarse una circunstancia. Cuando Villergas llegó á Méjico, Zorrilla se encontraba allí. Ambos frecuentaban el trato de Cajigas, y, sin embargo, ni Villergas dice nada de Zorrilla en el relato de su viaje—como no lo dijo cuando, poco después, residieron simultáneamente en la Habana,—ni Zorrilla menciona para nada á Villergas. Es indudable que perduraba entre ambos el disgusto producido por el injustísimo ataque que Villergas, olvidando pasadas alabanzas, dirigiera al gran poeta en su libro de París.

Otra observación curiosa. En poco tiempo habían llegado á Méjico tres poetas, y los tres vallisoletanos: Zorrilla, Villergas y Miguel de los Santos Alvarez, quien algunos meses antes había representado á España en aquella república como ministro plenipotenciario.

Villergas y Landaluce visitaron, pues, las más notables cosas de Méjico, y aun durante algún tiempo estuvieron haciendo largas y frecuentes excursiones á lugares diversos. Pero como nuestro poeta no podía estar inactivo, el día 1.º de Octubre dió al público el primer número de un periódico titulado *D. Junípero* (1).

(1) Nombre tomado sin duda del personaje de *Los polvos de la madre Celestina*, comedia de magia de Hartzzenbusch.

«Contenía este número—dice el mismo Villergas—un artículo de introducción en que se criticaba con el mayor decoro, y sólo bajo el punto de vista literario, el discurso que pocos días antes había pronunciado el doctor Sollano en la apertura de la biblioteca de la Universidad Pontificia; un buen varapalo á nuestro compatriota D. R. de la S. (1), por un artículo que este señor acababa de publicar en el *Eco Hispano-Americano*, relativo á las instituciones políticas de los pueblos del Nuevo Mundo; dos poesías, varias anécdotas y una caricatura. La acogida que el público dispensó á mi citado periódico fué fabulosa: la gente acudía como á borbotes en busca del primer número, y en vista de los pedidos que de en hora en hora me hacían los librerros y repartidores, tuve que dar en la imprenta la orden de aumentar la tirada; pero no bien había yo dado esta orden, cuando el gobierno tuvo por conveniente hacer recoger la edición por medio de la policía, mandando además repartir la letra de la forma y borrar el dibujo de la piedra litográfica. Después recibí otro recado de atención con un oficio en que se me decía que, habiendo sido denunciado por el fiscal de imprenta mi artículo de introducción, como injurioso al doctor don José María Díez de Sollano, y encontrándose procedente la denuncia, se me multaba en 150 pesos. La cosa, como ustedes ven, no llevaba malicia».

Realmente el artículo contra Sollano, titulado *Discurso sin discurso*, no tenía nada de injurioso; pero aun siendo así, el gobierno no se contentó con las medidas tomadas, y poco más tarde se presentó al director de *D. Junípero* el jefe de policía, llevándole un pasaporte y la orden de abandonar la república, con sólo tres días para disponer el viaje. Dada la

(1) Era D. Ramón de Lasagra, á quien va dirigido el artículo titulado *Barómetro Lasagra*.

dificultad de comunicaciones, esto era punto menos que imposible; Villergas optó por desobedecer la orden, y dejando á su familia en la casa de campo de un amigo, salió de la capital y se dedicó durante algunos meses á recorrer el valle de Méjico. En este tiempo, por una de esas revoluciones que en ciertas repúblicas americanas son el pan de cada día, el gobierno del general Zuloaga fué sustituido por el del general Miramón; y siendo ya dueño Villergas de irse ó quedarse, decidió voluntariamente regresar á la Habana.

En su viaje hasta Veracruz, la diligencia fué detenida junto al pueblo de Enquechola por unos ladrones enmascarados, que desvalijaron á los viajeros. Villergas quedó sin dinero, sin alhajas, y aun sin gran parte de la ropa que llevaba en los baúles. En Orizaba y Veracruz no faltó quien le ofreciera recursos y le instase para quedarse en el país, con esperanzas de feliz ventura; pero él, agradeciendo los ofrecimientos, rechazó uno y otro y como buenamente pudo emprendió el regreso á la Habana.

Ya en este punto, para reponerse de las pérdidas sufridas, publicó por el pronto su novela *La vida en el chaleco*, que hablando imparcialmente, es un tanto pesada y revela que las aptitudes de Villergas no eran de novelista, como tampoco de autor dramático.

Después, como el periódico *La Charanga* ya estaba en manos ajenas, fundó Villergas otro titulado *El Moro Muza*, que había de tener, con diferentes intermitencias, vida larga y próspera. Esta primera época alcanzó desde Octubre de 1859 hasta Mayo de 1861, y constituyó una nueva muestra del inagotable ingenio de Villergas. Predominan en ella los artículos y poesías de asuntos locales y crítica menuda, con notables recorridos á los *sinsontes* cubanos—tal vez fué Villergas el primero que dió este nombre á los poetastros de América,— así como relaciones de sus viajes y poemas festivos, cual es el

que se titula *La Pericada*; pero tampoco faltan trabajos serios y concienzudos, reveladores de la gran cultura que poseía nuestro escritor, y que abarcaba desde cuestiones de Física hasta asuntos musicales. Don José Heriberto García de Quevedo, el colaborador de Zorrilla, que escribía en un periódico de la Habana, llevó de mano de Villergas algunos palmetazos; pero el propio Zorrilla, no obstante haber estado por entonces en aquella ciudad, no mereció en *El Moro Muza* una sola cita, ni favorable ni adversa.

No era *El Moro Muza* periódico político, bien porque Villergas deseaba rehuir entonces los disgustos, bien porque la censura le impedía desplegar sus aficiones; mas cuando llegó á la Habana la noticia de haber sido tomado Tetuán, Villergas quiso celebrar el acontecimiento. Para ello publicó un número extraordinario, conteniendo un patriótico artículo y la composición que había leído en el Teatro de Tacón—donde también habíase cantado un himno suyo puesto en música por D. Maximiliano Maretzek,—y regaló á los suscriptores el retrato de O'Donell.

En 1861 decidió regresar á la patria, y á fines de Mayo embarcó para la Península. Despidióse de sus lectores de la Habana en una poesía muy expresiva, donde decía, entre otras cosas lo que sigue:

¿Quién soy yo, sin modestia impertinente,
para echarla de guapo entre la gente
de apreciable magín? Un pobre diablo,
y hablo de veras, ó de veras hablo,
que viene á ser lo mismo, francamente;
un *amateur* del arte, cuando mucho,
escaso de sindéresis y ciencia,
tan osado, eso sí, cuan poco ducho,
aunque no desprovisto de conciencia;
un hombre, en fin, que ignora lo que es miedo,
por cuya causa ha escrito

zarandajas, armando algún enredo,
que todo, bien pagado, vale un bledo,
lo cual quiere decir que importa un pito.

Trasladóse, pues, á Madrid; pero su estancia en España fué muy breve, porque á los pocos meses salió para Francia. Vivió en París pocos meses también, y luego regresó á la Habana, para reanudar la publicación de *El Moro Muza*. El 5 de Octubre de 1862 apareció el primer número de la segunda época.

Parecido aspecto tuvo el periódico al de su primera serie; pero esta vez le redactó Villergas sin ayuda de nadie, y con laboriosidad incansable. Ya sostenía polémicas con los periódicos de la Habana ó hacía chacota de los *sinsontes*; ya traducía cuentos y novelas de Alfonso Karr, Serret y otros autores; ya insertaba trabajos de vulgarización científica é histórica; ya, abordando la crítica seria, discurría sobre *Los efectos dramáticos*, ó estudiaba las obras maestras de nuestro teatro clásico (*García del Castañar, El desdén con el desdén, Los milagros del desprecio, Mañanas de Abril y Mayo, La verdad sospechosa*).

Tampoco esta vez dió cabida en *El Moro Muza* á la política; y sin embargo, por algunas apreciaciones sueltas que se relacionaron con sucesos pasados, hizose muy general la creencia de que Villergas había abandonado antiguas convicciones. Luis Rivera y Manuel del Palacio, que por entonces publicaron su famoso libro de semblanzas *Cabezas y Calabazas*, decían de él lo siguiente:

Llamó á un ministro camello,
escribió contra las cucas,
habló mal de las pelucas
y una le metió el resuello.

Desde entonces, en conciencia,
burla es de uno y otro bando,

y vive en la Habana, dando lecciones de consecuencia.

Villergas quiere explicar esta semblanza diciendo que Palacio y Rivera habían tomado en serio la palabra *absolutista*, que le dirigiera su amigo Félix Bona por defender á los españoles peninsulares que llegaban á Cuba; más lo cierto es que su crédito se hallaba en política muy quebrantado desde las explicaciones á Narváez. Y sin embargo, Villergas procedió siempre en Cuba, pese á malévolas insinuaciones, con un patriotismo acendrado. Si muchos hubiesen pensado como él, tal vez no hubieran ocurrido sucesos que todos los españoles recordamos con pena en el corazón.

Cerca de dos años vivió esta vez *El Moro Muza*. Salió su último número el 31 de Julio de 1864, y á continuación embarcó Villergas para Europa en el vapor *Clyde*, el mismo que le había conducido á Méjico. Como se ve, no tenía nuestro poeta mucho amor á la estabilidad—á lo cual le obligaba en parte la poca salud que en la Habana le acompañaba,—y así se explica que obteniendo con sus periódicos y obras literarias muy saneados ingresos, los consumiera todos en viajes.

IV

Desde que Villergas salió de Cuba, las cosas variaron en España rápidamente. La monja Sor Patrocinio estaba de nuevo en escena, juntamente con el P. Claret, confesor de Isabel II, y ésta se inclinaba de modo manifiesto á los reaccionarios. En Septiembre del mismo año 64 indicó al ministerio Mon la conveniencia de dimitir, y llevó al poder á Narváez, con González Bravo—el que antaño vociferaba desde *El Guirigay*,—en Gobernación. En vano fué

que la propia Cristina viniera á Madrid y aconsejase á su hija un cambio de conducta; en vano que Prim pretendiera disuadirla con muy atendibles razones. La exgobernadora sólo consiguió disgustarse con Isabel, y el general pudo ver cómo la joven reina, al despedirle, se burlaba de él sacando la lengua á sus espaldas.

Con Narváez en el poder, se comprende que Villergas no había de correr muy buena suerte en España. Por lo cual el autor del *Paralelo* optó por vivir algún tiempo en el extranjero. Estuvo en Londres, en París y en Biarritz, hasta que más tarde, sin duda al ver que O'Donnell pasaba á regir los destinos del país, regresó á España, residiendo sucesivamente en San Sebastián, en Zamora y en Salamanca. ¿Qué capital resistía tal serie de viajes?

En Salamanca puso casa Villergas, pensando establecerse allí por algún tiempo, pero á principios de 1865, incitado tal vez por el cariz que tomaba la política, merced á las correrías de D. Juan Prim, regresó á Madrid, comenzando á publicar, en 1.º de Abril, el periódico bisemanal *Jeremías*.

No recordaba *Jeremías*, por su tono, á *El Tío Camorra*. Predominaba en él la sátira política, pero sin violencias ni destemplanzas; y por eso mismo era —hay que confesarlo—mucho más soso. La *Unión liberal*, que ocupaba el poder, sufrió los tiros de Villergas, y especialmente O'Donnell le sugirió graciosas ingeniosidades, como la *Alocución de D. Leopoldo á sus amigos*, que comenzaba:

Esa es mi ley, contando con la espada,
jamás al buen sentido me acomodo.

Los progresistas dicen: *Todo ó nada*;
yo nunca digo *nada*, sino *todo*.

Al poder aspiré... porque me agrada,
y el poder conseguí; mas ¿de qué modo?

«Tal ansia tuve de gastar botines
que me puse unos medios celemines».

Ahora ya vuelve á acordarse Villergas de Zorri-
lla, que en Méjico se hallaba como poeta de cámara
del emperador Maximiliano, y aprovecha varias oca-
siones para llamarle «poeta de Armstrong» y hacer
unos cuantos chistes á su costa.

Con *El Cascabel* y *Gil Blas*, que se publicaban
entonces y tenían gran popularidad, no sostuvo *Je-
remías* muy buenas relaciones. A la cuenta, Viller-
gas no fué nunca muy amigo de Frontaura, ni de
Rivera y Palacio.

Anunciábanse, entretanto, graves acontecimien-
tos. El espíritu público estaba descontento por la
excesiva represión del gobierno, y todo el mundo
recelaba que *la gorda*—como se decía entonces—iba
á llegar de un momento á otro. Villergas escribía á
3 de Junio:

Dicen que dicen que dicen,
dicen que resuelto está,
dicen que viene la gorda,
y yo no sé si es verdad.
No me preguntéis si viene
la gorda, pues voto á san,
para poder contestaros
me falta lo principal;
que aún no sé cual es la gorda
del sempiterno refrán,
y mientras esto no sepa
menos sabré lo demás...

Pocos días más tarde, el 22 del mismo mes, es-
talló la sublevación en el cuartel de San Gil, prepa-
rada por Moriones, Hidalgo, Contreras y otros mili-
tares. Los revolucionarios tenían ya trazado su plan.
Encargaríase del movimiento el general D. Blas
Pierrad; el brigadier Milán del Bosch se pondría al
frente de los sublevados de Cataluña; en Madrid
habían de dirigir los trabajos D. Joaquín Aguirre y
D. Manuel Becerra, y prestando su concurso anda-

ban Sagasta, García Ruiz, Rivero, Ruiz Zorrilla, Martos, Castelar y otros muchos progresistas y demócratas. Prim esperaba junto á Hendaya el resultado del alzamiento.

Todo fracasó, sin embargo. Los sargentos sublevados en el cuartel de San Gil, que habían comenzado por asesinar á sus jefes, cayeron en el mayor desorden; y como los demás regimientos comprometidos en la conspiración faltaron á la cita, viéronse reducidos á un número escaso. Contra ellos y los paisanos que los ayudaban, acudieron las tropas del gobierno, y después de empeñada lucha, en que estos últimos sufrieron unas 400 bajas, y la mitad próximamente los sublevados, fué apaciguado el motín. Sesenta y seis fusilamientos, en los días sucesivos, pusieron remate á esta rebelión, una de tantas como en los tres primeros tercios del siglo pasado amenizaron la vida política española.

También la prensa sufrió las consecuencias. Al día siguiente de los sucesos, fueron suprimidos, de orden del gobernador civil, cuantos periódicos progresistas y democráticos se publicaban en Madrid. Entre ellos, naturalmente, hallábase *Jeremías* (1).

La mala suerte, pues, perseguía á Villergas. Y para colmo de males, se encontró con que la reina, en 10 de Julio, llamaba á Narváez al poder, olvidando los servicios que el ministerio O'Donnell acababa de prestarle.

Villergas se retiró entonces á Zamora, ciudad natal de su esposa, descansando de sus tareas periodísticas, hasta que, en el verano de 1867, dió término á esta inacción. Por el pronto trasladóse á París,

(1) Tiempo después, en la Habana, dijéronle á Villergas que *Jeremías* había muerto por la poca aceptación del público; y él hizo constar que su desaparición, como la de *Gil Blas*, fué debida á los sucesos de Junio, pues *Jeremías* tenía numerosa suscripción, y sólo el dueño de un kiosco de la Puerta del Sol se había comprometido á tomar para la venta, durante un año, 6.000 ejemplares.

donde durante la Exposición Universal intervino en los trabajos revolucionarios de los liberales españoles, que dieron por resultado único la fracasada intentona de Pierrad, Contreras, Moriones y Prim; en vista de lo cual pasó á Inglaterra, «cuando los fenianos—dice él—resolvieron dar cada día una función de grande espectáculo en las ciudades y plazas, á despecho de la policía», y después embarcó en Liverpool para Nueva York, donde estuvo viviendo una temporada.

Vuelta luego á la Habana, y vuelta á *El Moro Muza*. El primer número de esta tercera época apareció el 3 de Noviembre de 1867.

De notar es en esta serie de *El Moro Muza* una galería de mujeres ilustres, con retrato en primera plana, en que figuraron Safo, Semíramis, Catalina I, la Malibrán, Laura, Magdalena de Scudery, la condesa de Lafayette, María Estuardo y muchas más. Los artículos respectivos demostraban bien á las claras la erudición de Villergas. No eran un conjunto de graciosas divagaciones, al modo de los que había dedicado en otra ocasión á *hombres ilustres* como Juan Lanas, Perico de los Palotes y otros *ejusdem farinae*, sino breves estudios históricos en que no faltaban rasgos humorísticos y alusiones de actualidad.

También comenzó á publicarse, á partir del primer número, la novela *Los Espadachines*, en que Villergas rompía lanzas contra el duelo. Y como obsequio á sus suscriptores repartió un tomo de comedias, que contenía *Ir por lana y volver trasquilado*, *El padrino á mojicones* y *El asistente*, ya representadas, y *El Alcalde de Berlanga*, inédita.

Así las cosas, triunfó en España la revolución de Septiembre, y Villergas, dando el último número de su periódico el 25 de Octubre, embarcó el 30 para la Península. No desapareció, sin embargo, *El Moro Muza*, pues el establecimiento «La Propaganda Literaria» se hizo cargo de él, y continuó su publica-

ción desde 1.º de Noviembre. Reimprimióse entonces en sus columnas el *Sarmenticidio*, de Villergas, y colaboraron Manuel del Palacio, Rivera, Robert, Blasco y otros escritores de nota. Poco después hizo una brillante campaña patriótica contra los insurrectos de Yara.

Entretanto Villergas, llegando á Madrid, lanzó de nuevo al público, desde 1.º de Enero de 1869, su periódico *Jeremías*. En uno de los primeros números insertaba una curiosa *Historia de la revolución*, en verso, cuyos son los siguientes pareados:

El brigadier Juan Topete
pone á la escuadra en un brete.

El bravo general Prim
desenvaina el espadín.

Suena un tiro de cañón
y hace la revolución.

Furioso con sable en mano
entrá en España Serrano.

Se pone la cosa fea
en el Puente de Alcolea.

Ayala, mirando al cielo,
desenvaina... su pañuelo.

Se arma con aire marcial
la Milicia Nacional.

Antes que llegue el invierno
forma Serrano el Gobierno.

Comprende su buena pasta
y hace ministro á Sagasta.

Encendiendo una cerilla
 nombra ministro á Zorrilla,

Mata á la hacienda española
de un sopapo Figuerola.

Don Juan Prim, entusiasmado,
se decreta un entorchado.

Lleva Olózaga á París
la contrata del anís.

Pierde á Cuba sin chistar
el ministro de Ultramar...

Llueven sobre los mortales
un millón de credenciales.

Y se encuentra el pueblo ibero
chasqueado y sin dinero.

La agitación política de aquellos días, en que España sufría un peligroso estado de interinidad, proporcionó á *Jeremías* abundantes asuntos. Uno de ellos fué, naturalmente, el muy empeñado de la candidatura al trono, sobre el cual decía, entre otras cosas:

«Unos me dicen que sí,
otros me dicen que no;
los de sí quisieran ellos,
los de no quisiera yo.

Isabel la buena, Alfonso el cándido, Carlos el terso, Montpensier el espléndido y Pablo el compatriota, *quisieran ellos*, pero no quiere la mayoría de los cimbríos, que los rechaza resueltamente, y no los tomaría ni de balde.

El duque de Aosta, el príncipe de Cariñán y Fernando Coburgo, *no quieren ellos*, y desesperan con sus desdenes á la mayoría de los cimbríos, que pide un rey con mucha necesidad.

La negativa de los tres señores debe parecer inconcebible á Guzmán el Reusense. Él, en su caso, no se haría de pencas.

¡Lo que es el mundo!

En el número 92 de *Jeremías* (4 de Julio de 1869),

anunció Villergas su candidatura de diputado á Cortes por Zamora, en unión de D. Manuel Antón Pacheco. Apoyaba su determinación en razones como las siguientes: «Los liberales de la provincia de Zamora, republicanos y progresistas, cansados de la facilidad con que de allí sacan todos los gobiernos los diputados que quieren, han manifestado su deseo de que esta vez le cueste algún trabajo al señor Sagasta hacer mangas y capirotos». Villergas, no obstante, fué derrotado.

Aunque otra cosa da á entender Villergas, *Jeremías* debía de sostenerse con algunas dificultades. Lo cierto es que en el mismo mes de Julio nuestro autor dió muerte á su periódico, vendió la imprenta que había adquirido en la calle Ancha de San Bernardo, y emprendió nuevo viaje á la Habana (1).

A poco de llegar, en Octubre del mismo año, se hizo cargo de *El Moro Muza*, que esta vez presentó alguna diferencia en su aspecto y carácter. Perdió la índole esencialmente satírica que había tenido en un principio; admitió colaboradores diferentes (entre ellos Miguel Ramos Carrión, que enviaba sus trabajos desde la Península con el seudónimo de *Boabdil el Chico*), y redobló sus esfuerzos en la campaña de patriotismo contra los insurrectos.

Porque Villergas fué siempre en Cuba, y con más ahinco desde esta fecha, un patriota ferviente. Algunos españoles exaltados y poco discretos, que sin duda contribuyeron más que nadie á la secesión territorial, viendo que el republicano convencido dejaba en Cuba sus radicalismos, le acusaron de apóstata. Y es que, mirando las cosas á través de un medio completamente distinto, no tenían en cuenta que lo que en España no ofrecía ningún pe-

(1) En el *Jeremías* de esta época colaboró, con el seudónimo de *Habacuc*, D. Heliodoro María Jalón, escritor castellano bastante conocido como sonetista.

ligo, podía en aquellas colonias llevarnos á la perdición. Ya en 1866, desde las columnas del *Jeremías*, avisaba Villergas del riesgo en las siguientes palabras: «Hay, lectores, en nuestras Antillas, mucha gente sensata, que comprende que se puede amar á la madre patria queriendo reformas ó no queriéndolas; pero hay algunas personas que no comprenden cómo se puede proclamar el progreso sin aborrecer á España y á los españoles, y en esta parte no se haga nadie ilusiones, tan mal librados saldrán siempre los peninsulares reformistas como los no reformistas».

En Cuba, por tanto, y también en España los alucinados republicanos, creían que para merecer el nombre de avanzados era necesario profesar en la cuestión colonial ciertas ideas no muy útiles para la patria. Y como Villergas, español ante todo, mostró su oposición á ellas abnegada é incansablemente, aquellos elementos le acusaban de inconsecuente y retrógado.

Ello fué que en el número 4 de esta época publicó Villergas un artículo, encabezado con una es-
quetela de defunción redactada así: «El partido republicano español (Q. E. P. D.) ha fallecido. Sus parientes más cercanos y antiguos camaradas suplican á los desocupados se sirvan encomendar su alma (de cántaro) á quien se les antoje, y acompañar su cadáver á la mansión de las extravagancias, donde se le relegará á perpetuo olvido.—El duelo se despide en la pared de enfrente». El artículo, de tonos sinceros y elevados, venía á decir que el partido republicano podía considerarse en España como muerto desde que hiciera público que «reconocía la independencia de Cuba». Y sostenía Villergas que «antes que la república y la monarquía, está la patria».

A este artículo siguió otro, primero de una serie muy interesante, sobre los candidatos al trono, en el cual decía Villergas, entre otras cosas: «En cuan-

to á mí, ni quito rey ni lo pongo, ni lo pido ni lo rechazo. Haya orden y patriotismo para mantener la honra nacional con todo lo que corresponde á un pueblo ilustrado, y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga».

Todo esto excitó la indignación de los republicanos. El *Gil Blas*, de Rivera, dedicó varios artículos á Villergas, diciendo que éste defendía en *El Moro Muza* lo que había combatido en *Jeremias*; que hablaba con cariño de los reyes, habiéndolos maltratado antes; que era un apóstata, etc., etc. A lo cual contestó muy razonablemente Villergas: «Los que no muestran tener gran consecuencia son los señores de la minoría que apoyaron no ha mucho tiempo la proposición en que se pedía la exclusión de los Borbones; porque, ¿qué significa eso, sino que con tal que el monarca que venga no sea Borbón, le aceptará la expresada minoría?»

Y á la verdad, Villergas discurría serena é imparcialmente: «Dije yo en ese artículo—contestaba á los ataques de *Gil Blas*,—que si ha de continuar la monarquía, veo lógica en los que han pensado traernos, con un príncipe portugués, la unión ibérica, por más que se hayan acreditado de torpes para negociar los diplomáticos que tal idea concibieron; la veo también en los que prefieren el duque de Montpensier, que une, al de la tradición, el pensamiento revolucionario; la veo en los carlistas, que todavía son bastante numerosos para constituir un respetable partido; y por fin, la veo, sobre todo, en los alfonsistas, que representan grandes intereses, creados á la sombra de una dinastía secular. De modo que, juzgándome con el criterio de mi buen camarada *Gil Blas*, yo soy á un mismo tiempo coburguista, montpensierista, carlista y alfonsista. ¿Es eso, no obstante, lo que debe deducirse de mi artículo referente á las candidaturas? No. Lo que de mi expresado artículo se saca es que veo lógica en todas aquellas agrupaciones monárquicas que

no andan por Italia ó Alemania buscando un príncipe cualquiera para reinar en un país donde un desconocido no puede tener una docena de verdaderos partidarios».

Villergas, pues, veía más derecho y más probabilidades en D. Alfonso, siquiera luego perdiera éste en su opinión dos tercios, «uno con su viaje á Roma, donde ha ido cargado de regalitos, y otro con ponerse á recibir la educación del conde de Cheste, personaje que no puede ser simpático á España, desde que abusó de su posición apaleando á un pobre portero de las Cortes y haciendo pasear por Madrid á un escritor con un papel burlesco en el pecho». El duque de Montpensier lo perdió todo á sus ojos después del lance que produjo la muerte de D. Enrique de Borbón. Respecto á Espartero, publicó Villergas algo más tarde—en 22 Mayo 1870—un artículo discretísimo, titulado *Hace bien.—Hace mal*, examinando las razones que había en pro y en contra para que el duque de la Victoria rechazase la corona.

Lo que en el fondo había es que Villergas se daba cabal cuenta de la difícil situación por que atravesaba España en sus asuntos interiores, y más todavía en sus relaciones con las colonias americanas, y quería aplicar su esfuerzo al restablecimiento de la normalidad. Y la justicia obliga á declarar, vindicando su nombre de inmerecidas ofensas, que si Villergas ocupa lugar preferente entre los poetas satíricos del siglo XIX, no es menos digna de elogio su personalidad de patriota firme y abnegado.

No he de trasladar aquí los penosos trances por que pasó la isla de Cuba en aquellos años, que entran de lleno en el caudal de nuestra historia, y fueron como el prólogo á más funestos acontecimientos. A partir del *grito de Yara*, la sublevación había tomado notable incremento, contribuyendo á ello la poco acertada gestión de Lersundi y las debilidades de Dulce, que con sus ideas autonómicas

y sus negociaciones de avenencia, sólo consiguió alentar á los insurgentes. Cometían éstos doquiera todo género de tropelías; reinaba en la Habana la intranquilidad y el desorden, y aunque nuestras tropas, afluyendo cada vez en mayor número á la isla, conseguían repetidos triunfos, el foco revolucionario no se apagaba. Los Estados Unidos, rectificando su primera opinión de desoír á los sublevados, proponían entre tanto una intervención que el espíritu público recibió en España con marcado disgusto.

Villergas pertenecía al cuerpo de Voluntarios de Cuba, celoso guardador del buen nombre patrio. La opinión insurgente, y algunos españoles incautos que con ello creían dar más lustre á sus ideas políticas, acusaban á los voluntarios de intransigentes, crueles y sanguinarios, aprovechando todas las ocasiones para acometerlos de palabra ó de obra. Más de una vez sufrieron violentas agresiones, como la del café del Louvre, á las cuales ellos, que no eran mancos, contestaban debidamente; y aun el diputado Díaz Quintero imaginó entablar contra ellos una demanda, sostenida por Castelar. Pí y Margall y Sánchez Ruano. Es lo cierto que los voluntarios no hacían otra cosa que velar por la dignidad nacional y el sostenimiento de la supremacía española en Cuba, cosa que juzgaban imposible sin una represión enérgica. Por ello se pusieron abiertamente contra el general Dulce, consiguiendo que fuera sustituido por Caballero de Rodas, quien tampoco los satisfizo mucho y dejó bien pronto el puesto al conde de Balmaceda.

Desde *El Moro Muza* hizo Villergas una campaña calurosa. Indignábale que los mismos partidos avanzados de la Península hablaran de la *tiranía española* en Cuba, y lo desmentía con todas sus fuerzas: «Todo eso—decía—lo creía yo antes de ir á Cuba, porque así me lo habían asegurado en Madrid, en París y en Londres muchos de los que hoy

se han quitado la careta y entonces se me vendían como buenos españoles, si bien españoles *reformistas*. Pero fui á Cuba, y ví que cuanto allí ó fuera de allí se decía contra los gobernantes, contra los magistrados y contra los españoles en general, eran infames y groseras calumnias». Para constestar al folleto de Enrique Piñeiro *Morales Lemus y la revolución de Cuba*, publicó Villergas una serie de artículos, titulados *España y sus enemigos*, trazando de mano maestra, y muy bien informada, la historia del movimiento separatista de 1851. Y en todo momento, ya recriminando los desmanes y atropellos de los revolucionarios, ya dedicando sendas poesías á los voluntarios asturianos, montañeses y catalanes que desembarcaban en la isla deseosos de luchar por la patria, ponía á contribución su pluma para la noble empresa.

Entretanto los republicanos españoles, de buena fe, indudablemente, pero sin medir el alcance de sus actos, arreciaban en sus ataques contra Villergas y los que pensaban como él. *El Sufragio Universal*, periódico de Madrid dirigido por D. Miguel Jorro, arremetió duramente contra nuestro poeta, afrentándole, sobre todo, por su conducta respecto á Narváez, y echando venablos, en versos muy malos, contra

el que corona su gloria
defendiendo al esclavista.

Sus enemigos de la Habana quisieron también llevarle á un duelo, que él rechazó por lo que dice en las siguientes palabras: «Cuando yo no había dicho nada contra el duelo, me batí algunas veces, y acepté todos los desafíos que se me propusieron, sin necesidad de que hubiera que insultarme por medio de carteles. Digo esto, porque sé que hay quien la echa de duelista, y ni aun por medio de carteles se le ha podido obligar á batirse. Ahora

debo ser consecuente con las ideas que he emitido en *Los Espadachines*, obra en que pruebo que el batirse ni siquiera arguye valor».

En Octubre de 1871 terminó esta época de *El Moro Muza*. Llamado acaso por la conmoción que en España agitaba el campo progresista, embarcó Villergas para la Península en el vapor *Germania* al comenzar el mes de Noviembre.



Desde Santander, punto de desembarco, marchó Villergas á San Sebastián. Supo aquí que el *Gil Blas* le atacaba de nuevo, y en un periódico local le dió la contestación oportuna. Luego se trasladó á Zamora, donde había resuelto establecer su residencia.

En esta ciudad vivía, cuando los republicanos de la misma le proclamaron candidato para la diputación á Cortes en las primeras elecciones de 1872. Aceptó Villergas; pero no contaba con que la opinión que en Madrid le consideraba como inconsecuente y retrógado, se hallaba muy extendida, y que aquellos que la sostenían no habían de admitirle sin protesta. Y en efecto; el periódico madrileño *El Combate* publicó un violentísimo artículo contra su candidatura, donde lo menos que se decía era que «no tendría vergüenza el liberal que diese su voto á quien había venido á tomar en Cuba el oro de la infamia en conciliábulos negreros.»

Este artículo—lo dice el mismo Villergas—produjo efecto profundo en sus correligionarios. En vista de ello retiró su candidatura y mandó un comunicado de contestación á *El Combate*, que no quiso publicarle, y que luego se insertó en *La Epoca*.

Pero esto no bastaba. Suponiendo Villergas que el autor del artículo era Rispa y Perpiñá, director de *El Combate*, resolvió tomar venganza por medio de una sátira. ¡Y qué sátira! Todas las que había es-

crito con anterioridad quedan tamañitas á su lado.
Encárase Villergas con Perpiñá, y le dice:

Oye, tú, de aristócratas pantalla,
Que sólo en los partidos populares
Entiendes que se alberga la canalla:
 Compilación de manchas y lunares,
Que cuantos vicios hay, tantos resumes;
Anarquista de DARES y TOMARES,
 Que no ganas la berza que consumes;
Lince de los que ven brujas y duendes;
Atún que de filósofo presumes;
 Araña, que en tu red propia te prendes,
Sapo metido á tigre y á elefante;
Mochuelo, que por águila te vendes;
 Inútil matalón, mal rocinante
Con humos de alazán, asno rabioso,
Alcornoque andarín, cesto parlante:
 ¿Por qué, necio, has querido, haciendo el oso,
Que yo, que suelo distinguir los bultos,
Te endose el varapalo que hoy te endoso?
 ¿Por qué, dime, con términos incultos,
A mí, que ni tu estampa conocía,
Me prodigaste bárbaros insultos?

Y después de otras andanadas por el estilo, termina con los siguientes tremendos tercetos, en que la violencia del ataque se realiza á expensas de la pulcritud.

Osas tú pretender que de un partido
(Gran baldón que causara tu delicia)
Salga yo hecho saliva, ó escupido.
 ¿Y qué salida encontrarás propicia
Tú, que de la región republicana
Vienes á ser la parte escrementicia?
 Mira bien lo que dices, tarambana,
Que yo de la venganza no te privo
Si es que con ella la equidad se hermana.

Partamos, y en el acto repulsivo
Tomemos, al salir de nuestro bando,
Los extremos del tubo digestivo.
¡Eal Ya en salto audaz, ya en giro blando,
Yo, líquido sutil, tú, guano infecto,
Por diversas termópilas pasando,
Que son bien diferentes, en efecto,
Yo busco el claro risco de la boca
Y tú la lobreguez del túnel RECTO.
.
Y adios; si soy saliva, no te a sombre,
Pues al fin, ¿qué eres tú? Tendré prudencia,
Y no diré tu verdadero nombre...
Porque no lo permite la decencia (1).

De esta sátira se repartieron por España unos millares de ejemplares, calculándose en más de 20.000 las copias manuscritas que luego se hicieron en Madrid. A consecuencia de ella, surgió un duelo entre Villergas y Rispa, que se resumió en unas explicaciones; pero es lo cierto que este último quedó mortalmente herido en su vida política, no volviendo á ser diputado. Y es el caso que, según Villergas supo más tarde, Rispa no había escrito el artículo origen de la sátira, siquiera asumiese su responsabilidad.

En cambio Villergas recobró entonces entre los republicanos de Zamora todo el prestigio que momentáneamente hubiera perdido, y al hacerse poco después nuevas elecciones bajo el ministerio Ruiz Zorrilla, fué elegido diputado por Alcañices.

El propio Villergas, al reanudar más tarde en la Habana la publicación de *El Moro Muza*, refirió en varios artículos, titulados *Una campaña política*, su gestión durante este tiempo, que realmente fué un tanto penosa. Los diputados republicanos—entre

(1) Está fechada esta sátira en Zamora, á 29 de Marzo de 1872.

los cuales figuraban Castelar, Salmerón, Pi y Maionave—miraban en su mayoría con pocas simpatías á Villergas, por el famoso artículo sobre la muerte del partido republicano, y por ser voluntario de Cuba; que estaba muy arraigada, no sólo entre aquellos elementos, sino entre muchos monárquicos liberales, la creencia de que el partido integrista de aquella isla era reaccionario, y aun esclavista.

Abiertas las Cortes el 15 de Septiembre, con un largo discurso del rey Amadeo, comenzó bien pronto una serie de discusiones tan abundantes como baldías. Nada hay que decir aquí sobre ellas, y solamente conviene notar por interesar á nuestro objeto, que puesto sobre el tapete el asunto de las colonias, Salmerón, en un discurso admirable, abogó por la emancipación de las Antillas y puso como no digan dueñas á los voluntarios de Cuba. El diputado por Luarca, D. Ventura Olavarrieta, salió á la defensa de éstos, dirigiendo á Salmerón tales acusaciones, que se produjo un escándalo tremendo, y el presidente—Rivero—le obligó á retirar sus palabras.

Como siguieran en el Congreso los ataques á los voluntarios de Cuba, Villergas, colocado en la violenta situación que puede suponerse, anunció una proposición sobre el particular. La minoría republicana se reunió al saberlo, acordando protestar contra las declaraciones que en determinado sentido hiciera el diputado por Alcañices. Castelar, no obstante, aprobó la conducta de éste.

En la sesión del 12 de Diciembre tomó la palabra Villergas, «y demostró que los voluntarios, lejos de merecer las censuras de que eran constante blanco, se habían hecho grandemente acreedores á la gratitud de la patria, por el desinterés y la valentía con que estaban defendiendo la integridad del territorio. Probó, además, que los poseedores de esclavos habían sido los insurrectos de Cuba de todos los tiempos, tanto que, según los datos que

él presentó, las expediciones filibusteras de Narciso López, realizadas veinte años antes, habían tenido por principal objeto la perpetuación y propagación de la esclavitud en el Nuevo Mundo, siendo bien sabido, por otra parte, que los revolucionarios cubanos de 1868 habían vendido sus esclavos antes de dar el famoso grito de Yara. Sostuvo que los voluntarios, sistemáticamente acusados de retrógrados, eran amantes del progreso en su inmensa mayoría, y por consiguiente no rechazaban ninguna reforma de las compatibles con la integridad nacional, y dijo, por último, que si habían adoptado una severa medida contra el general Dulce, hombre de buena fe, sin duda, pero que estaba pésimamente aconsejado por los enemigos de España, más había hecho la Milicia Nacional contra varios capitanes generales de esta Península, sin que por eso se hubieran fulminado contra ella los anatemas que todos los días se lanzaban sobre los voluntarios de Cuba».

A este discurso de Villergas, nadie replicó. Ya se vé. El conocía á fondo el asunto y documentaba sus afirmaciones, mientras que los impugnadores del partido integrista cubano se dejaban llevar tan sólo de uno de esos prejuicios que la voz pública forma muy á menudo sin base ni consistencia. Villergas, pues, vió con satisfacción que la tribuna de periodistas le mandaba una carta de felicitación, y que la misma minoría republicana mostraba su conformidad. «Desde aquel momento—dice él—cesó la moda de hablar contra los voluntarios de esta isla, á quienes nadie volvió á ofender, ni en el resto de aquella legislatura ni en la Asamblea Constituyente».

En Febrero de 1873 el rey Amadeo, hondamente disgustado por el asunto de *los artilleros*, y cansado de soportar el peso de una corona que sólo molestias le daba, la abdicó. Púsose entonces á votación la forma de gobierno, y el diputado por

Alcañices, como era de esperar, dados sus antecedentes, votó por la república; pero la república que él deseaba no era la que vino á imperar en España, desordenada y anárquica, y así lo hizo notar claramente. Cuando las turbas pidieron, por medios violentos, la implantación de la república federal, reunióse la minoría que había estado de parte del gobierno, y uno de los que suscribieron el manifiesto contra los perturbadores del orden público, fué Villergas.

Disueltas las Cortes, nuestro poeta hizo propósito de abandonar la vida parlamentaria, influyendo para ello la circunstancia de haber sido nombrado por el gobierno, con fecha 9 de Mayo, ministro plenipotenciario de España en Río Janeiro. Pero he aquí que casi al mismo tiempo se presentó á él una comisión de Alcañices, ofreciéndole la reelección para las Constituyentes, y asegurándole que no se tropezaría con dificultad ninguna, pues habíase retirado el único candidato contrario. En vista de estas seguridades, Villergas aceptó la proposición y marchó conñadamente á Zamora.

Pero no estaba todo tan liso y llano como creían sus electores. El candidato rival, lejos de retirarse, fué á la lucha con todo ahinco, y aún cometi6 los chanchullos electorales en que tan hábiles somos los españoles desde que conquistamos el sufragio universal. Villergas tuvo mil y pico de votos más que su contrario; pero cuando los comisionados de ocho pueblos importantes, conduciendo las actas, pasaban por cierto solitario monte, se arrojaron sobre ellos veintitantos hombres armados, robándoles aquellos documentos oficiales. De poco le sirvió esta estratagema al arriscado candidato, porque su acta, ámpliamente discutida, se declaró grave en el Congreso; en forma que fué Villergas quien, por unanimidad, quedó proclamado diputado por Alcañices, figurando como tal en la comisión de corrección de estilo.

Todo el mundo sabe la terminación que tuvieron aquellas Cortes. El día 3 de Enero de 1874 entró Pavía en el Congreso y disolvió la Asamblea Constituyente. Villergas, que juzgaba este golpe de fuerza como *salvador de la nación*, no quiso firmar la protesta formulada contra el mismo por Castelar y la coalición federal.

Precisamente en el mes de Diciembre, el diputado por Alcañices, que conservaba en su poder desde medio año antes el nombramiento de ministro plenipotenciario en el Brasil, había sido designado para igual cargo en Méjico. Confiaba, pues, en pasar á su destino así que terminasen aquellas circunstancias, y siempre que subsistiera la república.

Nuestro poeta, sin duda alguna, cansado de la agitación en que hasta entonces se había desenvuelto su vida, deseaba asegurarse una vejez tranquila, libre de penas y sobresaltos. Pero estaba de Dios que siempre que más cercana veía la realización de sus propósitos, alguna causa inesperada los frustraba. En Mayo del mismo año 74, el nuevo ministerio hizo declaraciones contrarias á sus ideas; y, en vista de ello, Villergas presentó la renuncia de su empleo, fundándola con toda franqueza en no estar conforme con las manifestaciones del gobierno.

El ex-diputado por Alcañices surcó de nuevo las aguas del Atlántico con rumbo á la isla de Cuba, refugio de sus cuitas.

V

Tristes fueron para Villergas los días que se siguieron. Cuando había podido aprovecharse de su renombre y de su situación, no lo había hecho, como tantos otros que, comenzando por la literatura, medraron luego á la sombra de la política; cuando quiso tal vez enmendar su error, vió que era tarde,

y ahora se encontraba pobre y casi viejo, teniendo que trabajar ahincadamente para sostener á su familia.

Llegó, pues, á la Habana, y el 6 de Septiembre de 1874 comenzó á publicar la quinta serie de *El Moro Muza*, que llevaba como otras veces caricaturas de Landaluce y de otro dibujante también muy hábil, que se firmaba *Bayaceto*.

Lo más digno de nota en el periódico de Villergas durante esta época, es la serie de artículos titulados *Una campaña política*, á que antes me referí, y la colección de poesías de autores clásicos españoles, que revelan gran conocimiento de nuestra buena literatura, demostrada de modo más claro, por otra parte, en numerosos trabajos críticos de *El Moro Muza*.

Pero esta vez habían cambiado las cosas, y *El Moro Muza* tuvo mediano éxito. Tan mediano, que su director tomó la determinación de marchar á Buenos Aires, á cuyo efecto dió por terminada la publicación de aquel periódico en 29 de Agosto de 1875.

Una vez en la capital de la República Argentina, Villergas fundó un periódico semanal titulado *Antón Perulero*, cuyo primer número apareció en 22 de Diciembre, encabezado con un saludo *Al pueblo*, que comenzaba:

¡Salve, garboso pueblo, dechado de virtudes,
Riquísimo tesoro de fraternal amor,
Que en mis pobres escritos á recibir acudes,
En pago á tus bondades, un chasco superior!

Movíanse entonces en la política argentina, con el apasionamiento acostumbrado en aquellas repúblicas, las figuras de Mitre, Alsina y Avellaneda; pero Villergas anunció su propósito de no abordar la política:

¿Qué tengo yo que hacer en esos bandos,
En que se lucha con terrible audacia,
Por si, al fin, ha de ser este ó el otro
Quien consiga llevar el gato al agua?

Si á los que están en el poder y zurro
Más veces que á los otros la badana,
Es... porque están en el poder, y entiendo
Que, si males hay hoy, ellos los causan.

No obstante esto, algo tocó la política; pero sus tiros fueron principalmente, dispuesto siempre á defender el buen nombre de España, contra los que de ésta hablaban en menosprecio. Por ello puso de oro y azul al Doctor D. Juan María Gutiérrez, que designado por nuestra Academia Española para Correspondiente en Buenos Aires, había rechazado el nombramiento con palabras inconvenientes; y al italiano Calandrelli, catedrático de la Universidad, que afirmaba ser el *Quijote* un plagio del *Orlando furioso*; y á D. Faustino Sarmiento, que conservaba muy presente el varapalo del *Sarmenticidio*. Había sido ya Sarmiento presidente de la República, y á la sazón era senador, pero ello no sirvió de obstáculo para que Villergas (que le llamaba *zampa-sueldos*, por los varios cargos retribuidos que asumía), le zahiriese sin descanso y escribiera contra él poesías tan agresivas como las tituladas *Ese es Sarmiento y Siempre el mismo*.

Como puede suponerse, bien pronto le salieron á Villergas enemigos, que desde la prensa le atacaron rudamente. Uno de los medios que utilizaron para enemistarle con el pueblo, fué el decir que si no hacía sátira política en *Antón Perulero*, era porque éste sólo tenía por objeto burlarse del país.

Como desapareciera *El Correo Español*, órgano de nuestros compatriotas en Buenos Aires, resolvió Villergas fundar, á partir del 1 de Septiembre de 1876, otro periódico diario titulado *La Bandera Española*, para lo cual dió al público el correspon-

diente prospecto. Un grupo de españoles y argentinos reunió fondos para regalarle una imprenta; pero Villergas, agradeciendo en lo que valía tan noble iniciativa, rehusó el ofrecimiento, para que no le tomasen «por un explotador de generosas simpatías». No hubo, por otra parte, ocasión para ello, porque *El Correo Español* reapareció, y Villergas renunció á su proyecto.

No vivía con estrechez *Antón Perulero*; pero sus resultados pecuniarios sufrieron detrimento, porque la situación monetaria del país obligó á crear un descuento del gobierno que hacía forzosa la circulación de los billetes del Banco de la Provincia. Este contratiempo hizo perder á Villergas no sólo la clientela pública, sino también más de la mitad de lo que legítimamente había ganado, pues se le volvió papel de escaso precio lo que había depositado en oro. Entonces el poeta aventurero, que sentía «la comezón de viajar por varios países de América», dió término á la publicación de su semanario, en 31 de Agosto, y trasladándose á Montevideo con su familia, se embarcó en el vapor inglés *Aconcagua* para emprender un *vijecillo*. Costeó la Argentina de norte á sur, traspuso el estrecho de Magallanes, visitó las poblaciones de Valparaíso y Santiago, y continuó hasta llegar á Lima. Una friolera.

El poeta, que había entrado en los sesenta años, veía muy negros horizontes. El Perú no le ofrecía terreno muy abonado para empresas literarias, y su quebrantada salud demandaba, por otra parte, una vida de reposo. A bien que nunca falta una mano generosa. Los ricos comerciantes Sres. Serdio hermanos pusieron á su disposición uno de sus buques para llevarle al pueblo de Huacho, que le ofrecía mayor tranquilidad y retiro.

Mas los apremios de la vida no daban lugar al descanso. Fué preciso trabajar para comer, y allí víeráis al viejo poeta, al que en otro tiempo hiciera ruido con sus escritos, dando oscuramente lecciones

de matemáticas. Producto de este trabajo, tan ajeno á sus aficiones, fueron unos *Estudios Geométricos* que publicó más tarde en Madrid, donde se admira la poderosa comprensión de sus talentos.

Sobrellevaba su vejez el triste poeta, en aquel remoto rincón peruano, cuando un periódico de Buenos Aires dió la noticia de que estaba loco. La especie trascendió á España, y nuestros periódicos le dedicaron sendos artículos con variadas apreciaciones, recordando el papel que había jugado en nuestra vida política y literaria. Fernández Bremón, en *La Ilustración*, fué uno de los que escribieron sobre el particular.

¿Origen de la noticia? Bien inexplicable, por cierto. Los literatos D. Manuel A. Fuentes, D. Julio Jaimés, D. Eloy P. Buxó, D. Ricardo Palma, Don Benito Netó, D. Miguel A. de la Lama y D. Aniceto Villarán, habían fundado un periódico, titulado *La Broma*, ofreciendo la dirección á Villergas. Este, que se encontraba enfermo, abatido y hastiado de las letras, contestó con una poesía—una de sus más bellas poesías,—llena de amarga jovialidad:

¿Conque *Broma* tenedes? Bien lo veo
En el nombre de vuestro semanario,
Y en ese que mostráis raro deseo
De llevarme al palenque literario
Que largo tiempo frecuenté con brío,
Ya que no con homérica pujanza,
Y del cual para siempre me desvío,
Muerto el ardor, el ánimo sombrío,
Destrozado el broquel, rota la lanza.

.....
¿Lo extrañaréis? ¿Por qué? Si un tiempo pudo,
Plácido alguna vez, muchas siniestro,
Un numen inspirar las pobres obras
Que bondadosos celebráis; si el estro
Brillar visteis en ellas, fué sin duda
Porque algo permanente

Quedar debiera en mi agotada mente
Para engendrar las tales producciones,
De eso que vive incólume en vosotros
Y ojalá conserveis: las ilusiones.

.
Cuando este caso llega (y ha llegado
Para quien esto escribe), cuando el germen
De toda creación se ha evaporado
En el sér pensador, ¿de qué la llama
Sirve de la razón? ¿De qué el estudio?
¿De qué el amor á la soberbia fama?

Quizá la mano, al hábito obediente,
Y en mí tenéis la prueba todavía,
Trace líneas y aun frases, diligente,
Con sus puntos y comas,
Que de la verdadera poesía
Ficción llegan á ser... ¡Trabajo inútil!
En tronco estéril convertido el árbol,
Ya brindar no le es lícito á las aves
Sus verdes hojas ó sus bellas flores,
Ni á los aires sus óptimos aromas
Ni á los ojos sus nítidos colores...

Esta poesía, que no podía ser más sensata, sugirió al periódico de Buenos Aires la extraña idea de que Villergas había perdido la razón. Pronto supo el expatriado poeta las nuevas que acerca de él corrían, y se apresuró á protestar contra semejante invención, escribiendo á los periódicos una carta sentidísima, publicada en Madrid por *El Globo*, en que decía que no estaba loco, pero sí pobre, viejo y enfermo. Aquella carta—como dice Julio Burell en un artículo sobre nuestro poeta—*resucitó* á Villergas entre los españoles. Los residentes en Buenos Aires abrieron una suscripción para acudir en su auxilio, que fué bien pronto secundada en Montevideo, en Chile, en el Perú, en Cuba y en la Península. Entre los primeros que acudieron á ella, hallábanse Alfonso XII y la familia real.

La suscripción produjo unos cuantos miles de duros, con los cuales el poeta pudo regresar á Europa. Villergas guardó siempre profunda gratitud hacia las personas que en 1878 le sacaron de la situación apurada en que llegó á verse.

* * *

La suscripción no eximió á Villergas de seguir trabajando. Por el contrario, en la necesidad de buscar alguna ocupación remuneratoria, bien pronto tornó á la Habana, donde puso mano á sus tareas literarias, en tanto que sus hijas establecían un colegio.

Por efecto de la paz del Zanjón, el régimen gubernativo había cambiado en Cuba, y en consecuencia la política seguía otros rumbos. Las siguientes líneas, de origen muy autorizado, nos dicen cuál fué la conducta de Villergas en estas circunstancias.

«Las nuevas instituciones habían llevado naturalmente á Cuba la creación de los partidos políticos, formándose desde luego dos que habían de ser perpetuamente adversarios. Uno el que tendió á la consecución de una autonomía semejante á la del Canadá, y otro el de la Unión Constitucional, que admitía todas las reformas compatibles con la integridad del territorio, bajo el principio de la asimilación de las provincias americanas á las de la Península. Como era consiguiente, Villergas se afilió en este último, de cuya junta directiva siempre formó parte, y para defender el programa de su comunión, fundó un semanario festivo que se tituló *Don Circunstancias*. ¿Hubo algo de inconsecuencia política en esto, como lo suponían los autonomistas cubanos? Villergas no lo entendió así, dando por prueba de ello la razón de que no puede ser retrógrado un partido que, como el de la Unión Constitucional, proclama el principio de la asimilación, siendo muchos los republicanos que figuraban en dicho partido y hasta en su junta directiva, y Vi-

Villergas abrigó siempre la creencia de que la autonomía, reclamada por los cubanos, daría en breve término, por natural resultado, la pérdida de Cuba para España».

La campaña de *Don Circunstancias*—que vivió en esta primera época desde el 5 de Enero de 1879 hasta el 25 de Diciembre de 1881,—fué, en efecto, de acendrado patriotismo. El partido que se llamaba *liberal*, presentando después del Zanjón un programa nada subversivo, habló bien pronto de *autonomía económica*, y acabó por insinuar la *autonomía política*. Villergas, que como todo el partido de la Unión Constitucional, veía en ello un peligro, combatió con todas sus fuerzas á los autonomistas, á costa de las acometidas é insultos que éstos le dirigían; y aún permitíase llamar la atención de los gobernantes cuando, en los ministerios que por entonces se sucedieron, observaba determinadas tendencias respecto á los asuntos cubanos. Villergas, por lo demás, manifestó repetidas veces en su periódico formar en las filas posibilistas, siempre que Castelar fuera «el Castelar de los últimos días de 1873 hasta la hombrada de Pavía».

A otros asuntos, sin embargo, dedicó también sus columnas *Don Circunstancias*. Al morir Espartero—apenas aparecido el periódico de Villergas—publicó éste varios interesantes artículos sobre la vida política del General, que tantos recuerdos le sugería. Notables fueron también los referentes al asunto de *los restos de Colón*, que tanto había dado que hablar por entonces, motivando un informe de la Real Academia de la Historia. *Don Circunstancias* insertó también algunas de las *tradiciones peruanas* de Ricardo Palma y una sección de *Poetas americanos*, así como novelas de doña María del Pilar Sinués, que era corresponsal del periódico en Madrid. No se olvidó Villergas, por supuesto, de poner en solfa los versos de los *sinsones*, en los artículos que titulaba *Los de la enramada*.

En cambio al leer *El vértigo*, de Nuñez de Arce, encomió como se merecían las admirables décimas del poeta vallisoletano. Y más dignos de notar son todavía los artículos que con el título de *¡Aún vive Pelayo!*, escribió en elogio del gran Menéndez y Pelayo, que acababa de ingresar en la Academia Española después de causar universal asombro con sus prodigiosos talentos. También el poeta vizcaíno Gaviño, amigo y colega estudiantil de Menéndez, colaborador asiduo de *Don Circunstancias*, refirió algunas anécdotas referentes al autor insigne de *Horacio en España* (1).

(1) El doctor Thebussem cuenta que uno de los que más sañudamente combatieron á Villergas por esta época, fué un ilustrado marino llamado D. Emilio B***, que en el año de 1880 publicó en varios periódicos de la Habana diferentes sonetos contra el director de *Don Circunstancias*, á los cuales éste, por cierto, no podía contestar, porque cuando intentaba hacerlo la censura ponía su veto, por el hecho de pertenecer aquel señor á la Armada. Copio, de estos sonetos, los dos mejores:

Circunstancias, tu estilo es de argamasa
y ha perdido su gracia y su embeleso;
sí en un tiempo *pasó* por lo travieso,
hoy se puede afirmar que ya no *pasa*.

No basta ser escribidor de guasa
para ser académico de peso...
Eso está muy oscuro y huele á queso;
no pisarás jamás aquella casa.

Para sentarte allí, sería preciso
que fueras algo menos vanidoso
y escribiras más culto y más conciso;
y por más que te sea dificultoso,
no sigas vacilante é indeciso:
resuélvete á dejar de hacer el oso.

Muerde á Selgas, Zorrilla y Espronceda,
dice que Castelar no vale nada,
ataca á los sinsontes de *enramada*
usando frases que el decoro veda.

Quiere que el universo le conceda
que es su pluma elegante y bien cortada;
lo purista no quita á lo pesada
ni chistosa ha de ser porque es aceda.

Es su estilo procaz y descocado;

A fines de Diciembre de 1881 dió Villergas término á la publicación de *Don Circunstancias*, para trasladarse á España. Era su intención no volver ya más á Cuba; pero el hombre propone y Dios dispone. En Septiembre de 1883 nos le encontramos otra vez en la Habana, preparando la segunda época de *Don Circunstancias*, que esta vez vivió desde el 7

si con señoras habla es atrevido;
suele salir vencido y derrotado
en sus combates al común sentido;
él piensa un escritor ser afamado
y en realidad es cursi y presumido.

Como ya las alusiones tocasen á cosas más serias, Villergas, viendo que públicamente no podía defenderse, por la circunstancia ya dicha, escribió al marino, con fecha 26 de Marzo de 1881, una carta que comenzaba así: «Muy señor mío: El odio incomprensible, la furiosa inquina de que me está V. dando pruebas, me mueve á molestar su atención para preguntarle: ¿Qué le hemos hecho á V. mi pobre familia y yo, para que pueda V. disculpar, siquiera, sus venenosas insinuaciones?»—Decíale que, aun dado el caso de tener en poco su mérito literario y ser contrario á sus opiniones políticas, no se justificaba aquel encono, y añadía: «Yo creo de buena fe que los autonomistas de Cuba trabajan para hacernos perder lo poco que nos queda de nuestras gloriosas conquistas, y sus escritos, y sus discursos, y sus brindis, y las fiestas de sus liceos, y otras manifestaciones, me confirman en dicha creencia. Pues bien; si esto es lo que mi razón me dice, ¿no sería en mí un crimen el ayudar á los enemigos de mi patria, guiado sólo por el ridículo afán de que no me apellidasen reaccionario y apóstata, como suelen hacerlo, sabiendo que faltan á la verdad, y que lo que hoy sostengo para la Península y para aquí es lo que toda mi vida he sostenido?»—Más adelante decía: «Ahora bien: V. me ha echado en cara varias veces que soy viejo (paso, en efecto, de los sesenta y cinco años), y sabe que he escrito contra el duelo, puesto que emite su parecer sobre *Los Espadachines*. ¿Cómo, pues, entonces, se atreve V. á insultarme?». Terminaba la carta lamentándose Villergas de que las ofensas que se le dirigían entraran ya en un terreno muy distinto al de la contienda literaria y política.

El marino Sr. B*** le mandó unos renglones de satisfacción, á los cuales contestó Villergas en otra carta. Tanto ésta como la primera son documentos sentidos é ingenuos, que demuestran la honradez de Villergas y la pureza de su corazón.—(*Dos cartas de Villergas*, por el Doctor Thebussem. *La España moderna*, Septiembre de 1894).

de Octubre de aquel año hasta el 28 de Diciembre del siguiente, con parecido aspecto y finalidad.

El *Casino Español de la Habana*, sociedad ilustre cuyo nombre será pronunciado siempre con respeto por los buenos españoles, acordó por esta última fecha costear una edición de las poesías jocosas y satíricas de Villergas, su socio de mérito; y éste anunció entonces en *Don Circunstancias* que la preparación del libro le obligaba á suspender su periódico. No es difícil, sin embargo, que para esta determinación influyese también la división que se había iniciado en el partido de la Unión Constitucional.

Poco después, en Junio del 85, regresó Villergas á España, pero no por última vez. Para él, como para los *indianos* que van y vienen á un quitame allá esas pajas, era este ya un viaje sencillo y sin importancia; y él mismo, durante su residencia en Zamora, en esta última etapa de su vida, solía decir humorísticamente—y me lo ha referido persona que lo oyó—que no iba más á menudo á la Habana «por la parada de Medina». Con lo cual quería aludir á la pésima combinación de trenes en la estación de Medina del Campo, que obligaba—y aún obliga—á largas y cansadas esperas.

Emprendió el último viaje á la Habana en Diciembre de 1887, encontrando el partido de la Unión Constitucional profundamente dividido, sin que para muchos de sus miembros sirviese de nada la autoridad de la junta directiva, solemnemente elegida por la junta magna en 18 de Abril de 1888, ni los esfuerzos de *Don Circunstancias*, que volvió á la palestra. La fidedigna mano á que antes me refería, escribe las siguientes palabras:

«Apoyada la disidencia por personas de alguna importancia, y teniendo por órgano un periódico del crédito y la circulación de *El Diario de la Marina*, gran peligro corrió el partido nacional de verse completamente destrozado. Para evitar esto decidió

la junta directiva crear un periódico de grandes dimensiones que defendiese la disciplina y pulverizase las inexactitudes propaladas por los disidentes, y dió la dirección de este periódico á Villergas.

El remedio fué tan eficaz como podía desearse. Villergas, que tuvo que suspender la publicación de su semanario para tomar la dirección del periódico *La Unión Constitucional*, escribió, á pesar de su avanzada edad, artículo diario, empleando todos los tonos de la polémica belicosa, el serio, el sentimental, el epigramático, el de la rechifla, el del ridículo, bien persuadido de que la causa española quedaba muy comprometida en Cuba si la insubordinación se apoderaba del principal de los elementos que allí la sostenían. Sus trabajos y los de sus compañeros de redacción pudieron dar motivos á ciertos resentimientos, pero no fueron perdidos para la patria, pues al llegar los días de prueba, que fueron los de la renovación de los Ayuntamientos, aquella disidencia que abrigaba un año antes la pretensión de constituir la mayoría del partido, sufrió una tan completa derrota que en la capital—donde, de los 16 concejales que había que elegir, pensaba sacar 14 de sus candidatos, no concediendo más que dos á la directiva,—sucedió todo lo contrario, pues tuvo que contentarse con dos, dejando á la directiva los 14, habiendo la misma proporción en las elecciones de toda la Isla.

Tan espléndida victoria debía acabar con la disidencia (cuyos órganos sostenían el disolvente principio de que la disciplina sólo es necesaria en el ejército), haciéndose por fin lo que el patriotismo y el buen sentido aconsejaban, es decir, la unión del partido, después de lo cual renunció Villergas la dirección de *La Unión Constitucional* y se volvió á Zamora, donde descansó de sus grandes fatigas». Era esto en Julio de 1889.

Ya era hora de que descansara Villergas: tenía setenta y tres años. Desde que allá, en tiempos de gran efervescencia política y literaria, publicara en *El Entreacto* su soneto de el *tío Antonio*, ¡cuántos acontecimientos, alegres y adversos, habían pasado por el agitado escenario de su vida! ¡Cuántos geniales escritos habían salido de su pluma, terror de políticos venales y de literatos chirles! ¡Cuántos países, cuántas caras nuevas había visto en la errante peregrinación de nómada bohemio, que anda y anda y nunca encuentra lo que busca!

Tenemos, pues, á Villergas en el tranquilo retiro que siempre le había acogido con sus cariños. ¿Cuál había de ser la vida del viejo poeta en la silenciosa ciudad de Pero Mato y la Gobernana, en cuyas calles vaga el espíritu de los siglos, y donde gallarda catedral yergue su bizantina cúpula? La que cuadra al apacible y reposado recinto, guardador de pasadas glorias.

Por las mañanas, Villergas se entregaba al trabajo y á la lectura de los periódicos. Gracias á su inteligente esposa—nos dice Barrantes,—que supo mejor que él utilizar los restos del naufragio, tenía una alegre casa con su jardín, que le ofrecía agradable recreo.

Por las tardes, Villergas iba al Círculo, donde pasaba largos ratos en amena charla. Sus jóvenes amigos—porque gustaba de conversar ante todo con los jóvenes,—veían no sin asombro el contraste entre la jovialidad de aquel señor afable y las sátiras aceradas que en otro tiempo escribiera. Muy á menudo Villergas jugaba al billar, que conocía muy bien, y al ajedrez, que manejaba aún mejor, y había sido siempre para él «el rey de los juegos». Muchos eran los problemas de ajedrez que sabía de memoria y sometía á los aficionados, poniendo en jaque—cosa muy indicada—su imaginación.

Ni por eso, ni por los achaques de la edad, había abandonado sus relaciones con las Musas.

Escribía, en los ratos de ocio, un poema en octavas reales, titulado *Pateta*, cuyo protagonista, nacido en el planeta Venus, provocaba la ruina de su familia con incesantes litigios.

Así se deslizaban los años de su ancianidad, cuando vióse acometido de enfermedad larga y penosa. Sufrióla con resignación, teniendo aún ánimos para vestirse todos los días y leer los periódicos, cosa que hizo hasta el mismo en que murió. Cuando la dolencia tuvo su funesto término, Villergas había comenzado el canto V de *Pateta* con las siguientes octavas, que son, por tanto, los últimos versos que salieron de su pluma, y que ahora dejan de ser inéditas:

I

Levantando su voz, con la malicia
Que á todo sano espíritu acongoja,
No faltó quien dijese, y la estulticia
Demostrada con esto no era floja,
Que si en Venus, realmente, la justicia
En materia civil, anda más coja
Que la que aquí tenemos ensayada...
Justicia debe ser bien derrengada.

II

Porque vamos á ver, ¿cuál es el *pero*
De la de aquí? ¿Direis que al litigante
De mala fe, concede odioso fuero,
Con no hacerle sufrir pena bastante
A servir de lección? Quizá el pandero
Suene vero; mas ¿cómo en adelante
Una imponente cáfila viviera
Si término al embrollo se pusiera?

III

Sin esos litigantes, nunca infando
Debate de interés se entablaría,

Y de la curia el numeroso bando
Quizá por consunción se extinguiría;
Conque es forzoso que, de vez en cuando,
Presencie el mundo alguna valentía
Que al pensamiento sórdido responda
De la siempre avispada trapisonada.

IV

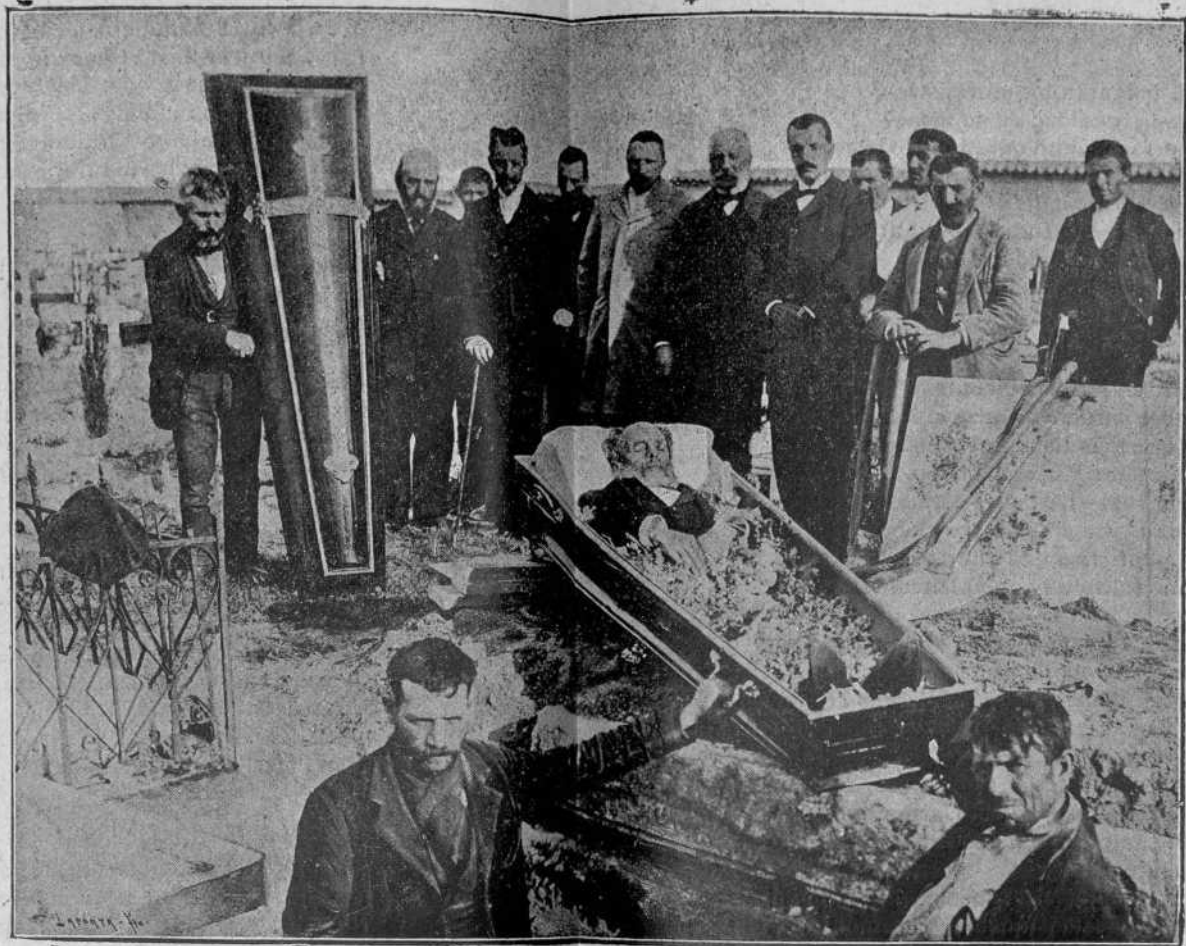
Por eso también hoy el noble intento
De simplificación á todo alcanza,
Menos al singular procedimiento
De Temis, que, al revés, cuanto se avanza
Más en ilustración, impedimento
Crea mayor é impone más tardanza,
Según zarzoso está, ó enmarañado,
Para llegar á un firme resultado.

V

Además, es la calma su divisa,
Tanto, que al ejercer su sacerdocio,
Lustros invierte y siglos, sin que prisa
Tenga en dar el remate de un negocio.
Considerad, sin que os produzca risa
Un sosiego limítrofe del ocio,
Que ella, por lo común, vive en Palacio,
Y en Palacio... las cosas van despacio.

VI

Una verdad, no obstante, me subyuga,
Y es que incurrir en máximos errores
No debe, quien seguir á la tortuga
No puede sin pasar fuertes sudores.
Y si alguien á decírselo apechuga,
Ese las gastará de las mayores,
De aquellas gordas que, con noble orgullo,
Derramaba el famoso Pero Grullo.



VII

Mas ella de causar tan fieros males
La causa explicará, por de contado,
Ya que Dios, para hablar en casos tales,

De una estupenda boca le ha dotado.
Aunque... bien de sus yerros garrafales
Queda el hecho, á mi ver, justificado,
Con sólo asegurar que tiene boca;
Pues todo el que la tiene se equivoca.

VIII

Y aún así, ¿negarán los moralistas
Que tiende á la igualdad en su faena?
¿Puede importar un pito que, á ojos vistas,
Dé el galardón á quien merece pena?
¿De qué sirve á los cándidos pleitistas
Lograr un triunfo espléndido en su arena,
O el dolor devorar de la derrota,
Si, el que libra mejor, queda en pelota?

IX

Poco, pues, en jurídica disputa,
Sobre el pobre cordero alcanza el lobo;
Pero aquel que más tiene, más disfruta
La gloria de pagar y hacer el bobo.
A pesar de lo cual—¡ved si es astuta
La humanidad!—en el terrestre globo
Hay mucha gente rica que alardea
De tener sano juicio... ¡y que pleitea!

En esta chancera y sapientísima exclamación enmudeció la pluma del poeta, que aún á los 78 años versificaba con tal gracejo. Murió Villergas el 8 de Mayo de 1894, y al siguiente día recibió sepultura. Como la gacetilla periodística, más que nada, puede informarnos sobre este particular, véase lo que decía poco después *Blanco y Negro*, acompañando á la fotografia que también va reproducida aquí como documento fidedigno:

«No revistió el acto, ciertamente, la pompa ni el aparato con que estas fúnebres ceremonias se rodean en Madrid cuando se trata de un muerto ilustre. Ni largo séquito de escritores y artistas, ni espeso montón de coronas, ni gentío inmenso en las calles del tránsito. Cuatro amigos del alma que cumplen un deber de amistad y una obra de misericordia, un cementerio oscuro que recibe los restos

mortales, y un responso que cae sobre la tumba abierta: tal fué el entierro del famoso periodista.

De las notas necrológicas que, acompañando á la fotografía adjunta, nos remite el distinguido escritor zamorano Sr. Alvarez Martínez, entresacamos los datos siguientes.

Martínez Villergas trabajaba actualmente en un poema crítico-burlesco que pensaba titular *Paleta*, y en que ridiculizaba los vicios y defectos dominantes en la política y en la literatura de este siglo.

En la madrugada del 8 del corriente, y después de un violento ataque de disnea, dejó de existir el infortunado escritor en brazos de su esposa y de sus hijos.

Expuesto su cadáver en la sala baja de la casa mortuoria, convertida en capilla ardiente, fué cubierto de rosas naturales y de coronas ofrecidas por los amigos del finado y por los dos Círculos de la ciudad. Los funerales celebrados en la iglesia de San Salvador de la Vid estuvieron concurridísimos, así como la conducción del cadáver al cementerio.

El ayuntamiento de Zamora, honrando la memoria del famoso escritor que vivió y falleció en la ciudad, acordó en sesión del 16 del actual, y por unanimidad perfecta de votos, dar el nombre de *Martínez Villergas* á la calle de San Pablo, en que



se halla la casa propiedad del finado, colocando en la fachada principal de la misma una lápida conmemorativa» (1).

* * *

He aquí la vida de un hombre honrado, trabajador é inteligente, que con su laboriosidad y su talento se abrió paso en el revuelto tablado social, consiguiendo colocar su nombre en el número de los distinguidos. Todo lo que fué, á su propio esfuerzo lo debió.

Cuando Villergas, todavía mozalbete, dejó las soledades de Gomeznarro para trasladarse á Madrid, no era más que un aldeano avisgado, tan falto de sentido práctico como sobrado de ilusiones. Pronto se internó en el intrincado laberinto de la corte, y allí donde muchos se extravían y confunden, pudo orientarse perfectamente, poniéndose en camino para ulteriores empresas.

Era entonces Villergas un mozo vivaracho, delgado, de jovial carácter y con sus ribetes de escéptico. El mismo hace su pintura —y puede verse como curiosidad,—en una poesía titulada *Mi retrato*:

Chatas mis narices son,
Y me alegre, á fe de Juan,
Por la sencilla razón
Que si no soy Cicerón
Al menos soy Chato-brián...
Seco estoy como un varal
Sin acusarme de tísico,
Y aquí te ofrezco cabal

(1) No puedo menos de lamentar en este punto que Valladolid no haya dado á una de sus calles el nombre de Martínez Villergas. Verdad es que otro tanto ha hecho respecto á Hernán Núñez, Alonso López, D. Luis de Requesens, Fr. Prudencio de Sandoval, Don Matías Sangrador, etc., etc. En cambio *tienen calle* algunos señores de ignorados méritos, y váyase lo uno por lo otro.

Mi pobre retrato físico.
Voy al retrato moral (1).
En vano el mundo se afana
Por parecer sano y puro.
Yo al mundo mando á la tana,
Que á incrédulo, te lo juro,
Ni Santo Tomás me gana.
Te juro por San Mateo
Que el creer me da pesadumbre,
Y cuando una cosa veo
Suelo exclamar por costumbre:
Lo estoy viendo y no lo creo.

No hay que tomar al pie de la letra, sino más bien como rasgo humorístico, lo que por entonces decia en varias composiciones, y especialmente en la titulada *Mi profesión de fe*, sobre su modo de pensar, totalmente opuesto al de los demás hombres:

En oposición constante
Con todos los hombres me hallo
Por ser ellos comedidos
Y por yo ser extremado.
No sé quién tendrá razón
Y quién el gusto más malo;
Sé que del centro partiendo
En los polos rematamos.

En cuanto á su delgadez física, más de una vez la ponderó cómicamente, como en el *Memorial á la cofradía de los gordos*:

Yo, Juan Martínez Villergas,
que cuando en boga me ví
era un hombre transparente
más débil que una lombriz,

(1) Dirigía estos versos á su amigo Teodoro Guerrero, que estaba en la Habana.

porque era un hilo mi cuerpo,
pero un hilo tan sutil
que no se hiló más delgado
desde Holanda hasta Pekín,
y fué mi cuerpo baqueta
para atacar un fusil,
y me acostaba encogido
en un medio celemin...

No obstante esta extremada delgadez de su juventud, en la edad madura fué hombre de regular cuerpo y buena complexión.

Dada la situación en que las cosas públicas se encontraban al comenzar Villergas su carrera literaria, no es de admirar que cayera en las redes de la política. Más extraño es, y también más loable, que no procurase sacar mayor partido, como hicieron otros muchos, de las circunstancias en que su pluma le colocó, siempre resuelto á decir verdades amargas, aun á costa de su propia tranquilidad.

Porque su idiosincrasia le llevaba irresistiblemente á la sátira, y con tal perseverancia que bajo su pluma padecieron varias generaciones de políticos, desde Argüelles y Martínez de la Rosa, hasta Cánovas y Sagasta. Guióle muy á menudo en sus versos satíricos el amor á la verdad y el bien de la patria; pero confesemos que, como político al fin, tuvo sus apasionamientos, y muchas veces se excedió en el ataque, llegando á las burlas más sangrientas y los más atroces sarcasmos.

Bueno es advertir, sin embargo, que todas esas violencias corresponden á su primera época literaria, y que con el paso de los años templó sensiblemente las crudezas de su pluma, inclinándose á la crítica serena y razonada. En un principio agredía por el gusto de agredir, sin pararse á mirar quién era la víctima; más tarde midió sus acometidas, procurando que fuesen justificadas. Desde *El Baile de las Brujas* ó *El Baile de Piñata*, hasta los artícu-

los políticos y literarios de *Don Circunstancias*, media una distancia enorme.

Ese temperamento batallador é inquieto, le llevó á la vida de agitación que ha podido verse. Ganó Villergas muchos miles de duros en el transcurso de su vida, y sin embargo nunca estuvo sobrado de fondos; pero cómo había de estar, después de ocho viajes á América, siempre acompañado de numerosa familia, y de los que hizo por Europa, amén de los gastos indispensables para poner y levantar casa tantas veces y en tan diferentes puntos?

La cultura que llegó á poseer Villergas—aunque ya hemos visto que no realizó estudios oficiales,—fué muy vasta. Conocía á los clásicos españoles y extranjeros; tenía estudios de música y de otras bellas artes; frecuentaba varias ciencias, y con cierta profundidad las matemáticas; hablaba el francés y el inglés lo mismo que el castellano. Sus largas correrías por el mundo no le fueron baldías.

En ideas políticas, aunque otra cosa se obstinaban en afirmar sus enemigos, guardó Villergas una inquebrantable consecuencia. Liberal—en el amplio sentido de la palabra—desde el primer momento, si en *El Baile de las Brujas* fustigó á Espartero y los revolucionarios de Septiembre, fué por creer que sus hechos no respondían á sus promesas; y bien pronto volvió la fusta, en *El Baile de Piñata*, contra los moderados. Redactor siempre de periódicos avanzados, defensor en los que él fundara de las mismas opiniones, ya se ha visto la tenaz persecución de que hizo objeto á Narváez. ¿Se le puede culpar por haberse doblegado á las amenazas de éste, con unas explicaciones que, de hecho, le desprestigiaron entre sus correligionarios? Ténganse, á lo menos, muy presentes las circunstancias del hecho, recordando que, de no obrar así, hubiérale acogido el presidio por varios años; represión que él no podía esperar de sus escritos. Si claudicó, no fué por el soborno, sino por la violencia.

En París, con los revolucionarios españoles trabajó; en el Congreso, como republicano ocupó un puesto. Y en cuanto á su conducta en Cuba, que tanto censuraron los que en ello tenían interés particular, ya se ha dicho bastante. Villergas afirmó muy á menudo—y estaba en lo cierto—que una cosa era llamarse liberal en España y otra en Cuba, ya que los que allí tomaban esta denominación, profesaban doctrinas no muy convenientes al interés de nuestra patria. Era cuestión de nombre. Por eso sin abdicar de ideas—que no había por qué ni para qué,—Villergas dedicó todas sus energías en la Habana á trabajar en pro de España, y su nombre debe unirse al de los grandes patriotas. Ya lo dijo Luis Bonafoux—voto muy autorizado,—en un oportunísimo artículo sobre nuestro poeta: «Y, sin embargo, aunque prescindamos de su labor de escritor, Villergas, como español, merece bien de España. Si en la Metrópoli fué como periodista el primer republicano, en la colonia fué español á secas, con el ingenio de un Rochefort; y como la lucha política en América es lucha de nacionalidades y de razas, guerra sin cuartel, combate nocturno de sangre y lágrimas, Villergas, que pudo conseguir allí la felicidad soñada, volvió, maldito y pordiosero, á morir «oscura y modestamente».

Examinando la extensa producción literaria de Villergas, podrá observarse desde luego que el punto fláco se halla en las novelas y obras teatrales. Villergas no había nacido para novelista ni autor dramático.

La primera novela que publicó, *Los Misterios de Madrid*, es una rapsodia de Eugenio Sué, con sus *Sinhuesos*, *Malacaras* y *Matalobos*, trasunto de *Lechuzas*, *Esqueletos* y *Maestros de escuela*. Con dificultad puede imaginarse una agregación más incoherente de intrigas descabelladas, lances extravagantes y escenas patibularias, á pesar de lo cual, la novela no logra producir esa impresión de tétrico misterio que, en medio de profundos extravíos, hay que reconocer á las de Sué. Las odiosas figuras del Marqués de la Calabaza y el jesuíta D. Toribio, que como obligado ingrediente juegan en la narración maquinando crímenes espeluznantes con la misma facilidad que intentonas carlistas, son inverosímiles creaciones de una pluma sectaria. El mismo Luis Candelas, que aparece como individuo de la cuadrilla del Marqués, nada menos, está bien alejado de la realidad, si se exceptúa la relación de algún robo como el de la modista de la Reina, del cual Villergas, por cierto, tuvo noticias directas, por hallarse en el segundo piso de la casa robada cuando los desvalijados comenzaron á pedir auxilio, y haber perseguido á los ladrones con su sable de miliciano nacional. Tuvo también Villergas el capricho de traer á su novela, sin duda por estar muy de acuerdo con la índole de ella, el suicidio de *Figaro*.

Aquella complicada sucesión de historias absurdas totalmente formadas por robos, asesinatos, secuestros, ejecuciones, hombres rabiosos, etc., etc., llega á fatigar al lector, quien no puede convencerse de que sean tales los *misterios de Madrid*, y agradece que de vez en cuando se distraiga la atención con unas pullas á Gil y Zárate ó una argumentación contra el duelo. Por el procedimiento que sigue Villergas, hubiera podido prolongar indefinidamente su novela, que sólo una exculpación tiene: la de haber sido escrita con tema forzado á instancias del editor Manini, que vió en ello un medio seguro de explotar los gustos populares (1).

Algo parecido puede decirse de *La vida en el chaleco*, en cuyo asunto, sin pies ni cabeza, son mayores acaso la confusión y baraunda. Todavía si la novela se hubiera reducido á la intriga principal—las rivalidades entre Salinas y Callejas, que terminan por intervención de la generosidad y el amor,—podría haber sido un tanto entretenida; pero el abuso de incidentes y episodios, que ocupan en mareante fárrago un volumen de 600 páginas, conduce necesariamente á la pesadez. Es *La vida en el chaleco* una novela bufa, que por lo mismo no puede tomarse en serio; precisamente si algo hay en ella de notable, son los rasgos sueltos de humorismo. Sus personajes son muchos, y cada uno de ellos tiene su especial extravagancia. Hay en el libro—¿cómo no?

(1) Con el título de *Los Misterios de Madrid* escribió Mesonero Romanos un romance que empieza:

¿Que haga yo *misterios*, Claudio,
y que me eche á discurrir
Rodolfos, Flor de María,
Dómines y Tortilis,
Lechuzas mancas de un ojo,
Ferrantes y San Remís,
Esqueletos, Calabazas,
Rigoletas y Churis?...

—las correspondientes zumbas á Gil y Zárate, especialmente con motivo de aquellos graciosos versos de *Carlos II el Hechizado*, que fué Villergas el primero en glosar:

Con estas cosas me ofusco.
¿Chocolate?—Sí, en verdad.
—¡Que encierre tanta maldad
un poco de soconusco!

.
Ven, querida Inés, y *pon*
tu mano en el corazón...

En *Los Espadachines* hace Villergas un alegato contra el duelo, pero también, preciso es confesarlo, con poca fortuna. La *tesis* de la novela está indicada en el siguiente soneto que va al frente:

El matar ó morir ¿prueba cordura?
¿Son, en verdad, *cobardes* los *prudentes*?
¿Cabe el *honor* en desalmadas gentes?
¿Supone la *destreza* donosura?
¿No hay falsificación, no hay raspadura,
buen lector, en muchísimas patentes
de los que están pasando por *valientes*?
Y hacer lo que hacen todos ¿es bravura?
¿Existe un *Credo* en la cuestión que toco,
ó imponen su opinión cuatro ababoles
que al mundo arredran cual al niño el coco?
Preguntitas son éstas, ¡caracoles!,
á que he de contestar poquito á poco,
porque tienen tres pares de bemoles.

De demostrar lo que hay de cierto en el asunto, se encarga en la novela D. Modesto Villalba, gran enemigo del duelo, y que sin embargo había realizado actos como arrojarse al río, sin saber nadar, para salvar á una criatura, penetrar en una casa incendiada sacando en brazos á una joven, y hacer

frente á un perro rabioso que acometía á cierta señora, cuyo hijo—que era precisamente uno de los *espadachines*,—había apelado á la fuga ante la presencia del can. En *Los Espadachines*, que es, como las otras novelas, desmañada é inconsútil, pueden agradar, más que la trama y desenvolvimiento general del asunto, algunas amenas digresiones.

Muchos de los cuentos y novelas cortas de Viller-gas—incluyendo el chocarrero apéndice á la *Vida de Bertoldo*,—adolecen de parecidos defectos. Tal suele ocurrir con los insertos en *El cancionero del pueblo* y en *La Risa*, como los titulados *El uno para el otro*, *Un hombre célebre*, *Un tronera*, etc., etc. En cambio tiene otros muy ingeniosos é interesantes, como es, por citar alguno, el titulado *Intrigas de aldea*, que se hizo muy popular y contiene una historieta que más tarde otro autor—callando la procedencia, por supuesto,—llevó al teatro: la del sorteo de quintos en que el secretario del pueblo pone dos bolas con el número 1, á fin de que, haciendo sacar una de ellas al primero de los dos mozos sorteables, quedase libre el otro, que era hijo del alcalde; añagaza que destruye el presunto burlado tragándose la bola extraída y ateniéndose para el resultado del sorteo á la que en la urna queda, que había de ser, naturalmente, la correspondiente al hijo del alcalde.

Pero más mérito tienen los artículos de costumbres y anecdóticos. Véanse, por ejemplo, los titulados *La Andalucía*, donde clama contra las *españolades*, haciendo ver, sin embargo, lo que la comarca andaluza tiene de típico; *La Inglaterra*, donde estudia el carácter de los ingleses, con gran espíritu de observación; *El astrónomo y el pastor*, sobre varias anécdotas del singularísimo Torres y Villarroel; *Los viajeros franceses*, merecido varapalo á los escritores de la nación vecina, incluyendo á Dumas, Arago y cierto Bernier de Malign, que después de viajar por España propalan cuantas tonterías é invenciones les viene en gana; *Las cartas*, sobre magia y supers-

ticiones; y por no citar más *nominatim*, casi todos los insertos en *El Correo de Ultramar*. En uno de ellos, titulado *El pueblo poeta*, pone de relieve la importancia de la poesía popular, en que pocos habían reparado todavía, y con oportunos ejemplos hace ver que entre los cantares españoles los hay para expresar todos los sentimientos: «El pueblo español —dice— es el primero de los poetas españoles. Iba á decir que era el primero de los poetas del mundo, pero no quiero que los franceses me llamen *gascón* y los portugueses *paisano*».

Al mismo género pertenecen los que dedicó á tipos proverbiales españoles, como *El tamborilero de Villaviciosa*, *El calderero de Puerta Cerrada* y todos los incluidos en la «Galería de personajes ilustres» que publicó *La Charanga*, (el Rey que rabió, el bobo de Coria, El Sargento Cruz, Juan Lanás, Periquito entre ellas, Pero Grullo, etc.) De su tono puede juzgarse por el siguiente de *Perico el de los Palotes*:

«Perico es un nombre patronímico de Pedro, inventado para hacer el diminutivo, porque sin duda hubiera sido muy duro el decir Pedrito, en tanto que hay cierta dulzura en la pronunciación del Perico, que puede disminuir todavía cuanto se quiera, formando Periquitos, Periquillos, Periquines y hasta Periquitines. Claro es que el personaje de quien vamos á ocuparnos debía llamarse Pedro, propiamente hablando, porque no tenemos noticia de que haya habido un San Perico, ni probablemente lo habrá en mucho tiempo, pues siendo en la actualidad tan escaso el número de los que merecen ser beatificados, no es regular que uno de los primeros acreedores á esta divina gracia vaya precisamente á llamarse Perico.

El de los Palotes fué contemporáneo de todos los que nacieron en su época, y esto es cuanto podemos decir acerca del tiempo en que floreció. Sólo se sabe que vió la luz del día en la ciudad de Antequera, por

donde suele salir el sol para los despreocupados, y aunque decimos que floreció, no crean ustedes que fué por echar flores, pues tenía muy mala madera para eso, sino porque dió en la flor de hacer *palotes* toda su vida; y tantos palotes hizo que alcanzó gran fama en todo el país á causa de esta exclusiva y fácil habilidad, que le valió la gran nombradía que disfruta. Diez años anduvo á la escuela, y á pesar de los azotes innumerables que llevó y de la reconocida inteligencia del maestro, no fué posible hacerle formar una sola letra: no hizo más que palotes. Tomó después diferentes profesores particulares que dieron el mismo resultado, y si hubiera vivido cien años es posible que aplicándose mucho no hubiese podido pasar de los palotes».

*
* * *

Ni una sola de las comedias de Villergas parece obra de su pluma. De inocencia primitiva por su asunto, torpes y deslavazadas en el desarrollo, sólo alguna vez—como en *El Alcalde de Berlanga*,—se hacen agradables por la soltura del diálogo.

Es raro que al poner en escena la primera de ellas—*Ir por lana y salir trasquilado*,—su depurado gusto literario no le hiciese ver los defectos en que abundaba, orientándole en otra dirección. Cosa más insulsa que el enredo de aquella sociedad minera y las adjuntas peripecias amorosas, difícilmente puede imaginarse. No le lleva ventaja ninguna *El padrino á mojicones*, ni siquiera en su refundición de 1868. En cuanto á *El Asistente*, de asunto no menos candoroso, sólo merece notarse por un cuentecillo que luego, con el título postizo de *Cuento andaluz*, ha circulado mucho como anónimo:

Benito. Cerca de San Sebastián...

Lino. (Veré por dónde se cuele).

Benito. Yo estaba de centinela
la víspera de San Juan;

cuando observé, á corto trecho,
un toro como un gigante,
más grande que un elefante,
que vino hacia mí derecho.
Yo, que en peligro me vi,
me colé por un reducto,
y por el mismo conducto
entró el toro tras de mí.
Salgo del reducto y ¡zás!
en una casa cercana
me zampé... por la ventana,
y el toro... siempre detrás.
De la casa, sin desdoro,
porque la cosa iba fea,
salí por la chimenea,
y siempre detrás el toro.
¿Qué hice al verlo? Me encogí,
y me metí en el cañón
de mi fusil.

Lino. (¡Trapalón!)

Benito. Y el toro detrás de mí.
Entonces me ví perdido;
pero soy hombre muy ducho,
y, adelgazándome mucho,
me salí... por el oído.

Jacoba. ¡Válgame Dios, cuánto enredo!

Lino. ¿Pues cómo, voto á Caifás,
no salió el toro detrás?

Benito. Porque tapé con el dedo.

La titulada *Pedro Fernández*, que se basa en las confusiones á que da lugar la coincidencia en una fonda de dos individuos llamados del mismo modo, es de mérito tan escaso que Villergas no la incluyó entre las comedias impresas en la Habana, como tampoco las restantes que había dado al teatro. De *Palo de ciego* sólo puede decirse que hace buenas á las demás. Las tres que tituló *Soto*, *Sotillo* y *Sotomayor*, inspiradas sin duda en un conocido cuente-

cillo clásico, tienen por protagonista á un individuo que, desde situación muy precaria, atrapa una plaza de intendente y puede jugar á la Bolsa, sin dejar de ser nunca un pillo redomado. *Todo se queda en casa* es comedia abundante en las complicaciones á que tanto se inclinó Villergas en sus novelas, si bien no carece de alusiones de actualidad, como ésta:

¡Ay, qué muchacho tan malo!
Ello al fin es liberal,
y aunque es de los moderados,
moderado ó progresista
da lo mismo. ¡Ah bribonazos!
No os espera mala zurra
en cuanto venga D. Carlos.

Ni faltan en ella rasgos como el siguiente:

Nicolás. Yo he heredado mis blasones,
que nunca fueron manchados,
de los Mendozas.

Teresa. ¿Hurtados?

Nicolás. Y los Guevaras.

Teresa. ¿Ladrones?

La zarzuela *El Alcalde de Berlanga*, que no llegó á representarse, es la más entretenida entre todas las obras dramáticas de Villergas, y tiene escenas preparadas con acierto, si bien el asunto se halla excesivamente diluído en tres actos. No deja de ser curiosa la figura del protagonista, monterilla que pone una vela á Felipe V y otra al Archiduque de Austria—porque la acción ocurre durante la guerra de sucesión,—y que suele decir agudezas como la que dirige á su futuro yerno:

Me recordais la manía
de un prior de Calatrava,
que á sí propio se escribía
y también se contestaba,
y en eso se entretenía.

Colaboró también Villergas, con Miguel Agustín Príncipe, Romero Larrañaga, Eduardo Asquerino y Gabriel Estrella, en *Los Amantes de Chinchón*; pero no es posible determinar, entre tantos autores, la parte que á él le corresponde en la ingeniosa parodia de *Los amantes de Teruel*, á la cual pertenecen aquellos conocidos versos:

¡Oh, qué bello es el rostro del semblante
de la fisonomía de su cara!

Si Villergas no acertó en sus obras teatrales, es preciso recordar que, según él mismo dijo más de una vez, no tenía pretensiones de poeta dramático.

II

El periodismo sirvió á Villergas de campo adecuado para ejercitar sus facultades. En *La Risa* y *El Dómine Lucas* afirmó su personalidad de poeta festivo; en *El Tío Camorra* entregóse de lleno á la sátira política, violenta y sañuda; templó sus ímpetus en *El Correo de Ultramar*, cultivando la amena literatura ó la crítica; entreveró en *La Charanga*, *El Moró Muza* y *Antón Perulero* los trabajos literarios con las chirigotas á políticos y *sinsontes*; y, últimamente, en *Don Circunstancias* y *La Unión Constitucional* se dedicó en cuerpo y alma á defender la honra é integridad nacionales. Y en esos periódicos y en otros muchos que le tuvieron por colaborador, dejó esparcidos innumerables artículos y poesías de todo género, reveladores de una portentosa variedad de aptitudes.

Hállanse en mayoría, como es natural, los trabajos de *circunstancias*. Los acontecimientos políticos ó literarios del día le sugerían, en verso ó prosa,

abundantes comentarios, que solían dar lugar á discusiones con otros periódicos. En estos casos, Vllergas iba derechamente á su objeto, sin atenuaciones ni eufemismos, y en tan inequívoco estilo que pudo decir con razón en *El Tío Camorra*:

Yo no firmo, y no es por miedo
ni otra causa que me afrente,
hágolo tan solamente
por lo que dijo Quevedo.

Quien yo soy y á dónde vivo
se encuentra en estos renglones,
*porque mis mismas razones
dicen que yo las escribo.*

Y no se crea que se limitaba á buscar el lado festivo de las cosas políticas. Conocedor profundo de los asuntos europeos, siguió con atención el movimiento político de su siglo, escribiendo mucho y bueno sobre el particular, especialmente en *El Tío Camorra*. Al proclamarse en Francia la república, dedicó al suceso sustanciosos artículos; cuando, por la conducta de Carlos Alberto, Milán quedó en poder de Austria, rompió lanzas por la libertad de Italia; comentó certeramente la dieta de Francfort, celebrada en Marzo de 1848; discurrió sobre la intervención anglo-francesa en los asuntos de Italia... En cierto artículo, notable de veras, titulado *Una ojeada por esos mundos*, presentó la situación de Europa por aquellos días, deduciendo que las naciones caminaban hacia la libertad. «En todas partes—termina—los pueblos se unen y se dan la palabra de *salvación de todos por todos*, mientras que los poderes absolutos, atontados y confusos, no saben cómo contrariar el empuje revolucionario. La *diplomacia*, que era su arma poderosa, se ha gastado ya y apenas puede encontrarse quien tenga la audacia de esgrimirla. Meternich ha abandonado al Austria; Guizot creyó salvar á la monarquía en sus últimos momen-

tos dejándola en el compromiso que él la había creado; en todas partes los reyes absolutos y enemigos de sus pueblos ven huir á sus consejeros. ¡Ah! ¡Bien puede decirse ahora, parodiando una palabra sublime, que los *diplomáticos se van!*...» En el orden de los principios, le vemos razonar con gran amplitud de miras en artículos como *La revolución y la reacción* y *Cómo se ha de dirigir la revolución*.

No concedió Villergas tanta atención á los asuntos exteriores en los periódicos de sus últimos años; pero nunca le faltó un hueco para hablar de los acontecimientos de actualidad en el mundo político.

En esta parte sería de su labor periodística, figuran no pocos trabajos de indole histórica, á los cuales mostró siempre Villergas gran inclinación. Entre ellos son los más extensos é importantes los titulados *España y sus enemigos* y *Apuntes para la historia de la América del Sur*. El primero no sólo contiene una relación detallada del movimiento separatista de 1851, sino la demostración palmaria de que los asertos de Enrique Piñeyro, contrarios á España, eran totalmente gratuitos. El segundo, que quedó sin terminar, se refiere especialmente á las expediciones de Cabot y el Adelantado D. Pedro de Mendoza al Río de la Plata, y revela que Villergas conocía á nuestros historiadores de Indias y á otros modernos, como el argentino D. Andrés Lamas.

Entre los demás numerosos artículos de historia y erudición, merecen recordarse los que formaron la *Galería de mujeres ilustres*, muy diferente á la de «hombres ilustres» ya citada, puesto que se refería á figuras históricas, pero que no por eso dejaban de tener la nota festiva. Así, por ejemplo, la biografía de Safo terminaba de este modo: «Poco se conserva de esta inspirada musa: no han llegado á nosotros más que algunas de sus obras, entre las cuales hay un gracioso *Himno á Venus* y cuatro estrofas de la magnífica *Oda al Amado*, que justifican el entusiasmo de los griegos por la ilustre poetisa; pero hay un

género de composiciones que lleva el nombre de *sáficos adónicos*, y todo esto me hace pensar que ha existido Safo, á quien doy el parabién por haber nacido en la antigua Grecia, pues si hubiera venido al mundo en nuestros días y entre nosotros, tendría la mortificación de oirse llamar *Doña Safilo*.

Los artículos que Villergas escribió de crítica literaria y artística, más ó menos próximos á la sátira, son innumerables. Muéstrase en todos ellos la variada cultura que, en fuerza de estudio, había sabido formarse. De asuntos musicales juzgaba no como un profano, sino con la desenvoltura de quien conoce á fondo los secretos del arte: Sobre pintura escribió muy á menudo, y aun de su pluma recibieron censura artistas como los Madrazos, á quien suponía con exceso ensalzados en detrimento de otros pintores españoles. De D. Federico, sin negarle mérito, reprochaba las «gracias charrangueras», y á D. José dirigíale bromas como las siguientes, con motivo del retrato ecuestre de Fernando VII, presentado en la exposición de 1848: «Este famoso caballo, y sea dicho de paso, ha dado mucho que hablar á los gitanos. Unos le han considerado de raza árabe, otros de raza inglesa, y otros de raza gallega; pero ninguno va derecho, porque el tal caballo no es de raza inglesa, ni de raza gallega, ni de raza árabe, sino de la raza de piedra; que no deja de ser habilidad eso de ponerse á pintar un caballo de carne y sacar un caballo de mármol». Cuando se abrió un concurso entre los escultores para ejecutar el frontón del Congreso, dedicó artículos de acerba crítica al boceto premiado, original de D. Ponciano Ponzano, afirmando la superioridad del que llevaba por lema *El Parthenon* y era de los Sres. Piquer y Medina. Sirvan estos ejemplos aislados para demostrar toda la variedad de su crítica.

En cuestiones literarias, tanto abordó la crítica filosófica (*Efectos dramáticos, Poesía oriental, etc.*), como el exámen de los autores españoles y extran-

jeros. Su gusto por los clásicos llevóle á invocarlos con frecuentes citas, y á publicar en sus periódicos *Sonetos escogidos*, con excelente mano por cierto, y á estudiar las obras maestras de Lope, Moreto, Rojas, etc. Su perspicacia en este terreno se demostrará diciendo que fué uno de los primeros que afirmaron la falsedad del *Buscapié*.

Crítica más ligera, pero más donosa, es la de los artículos en que hizo la disección de poetas, poetillas y poetastros, especialmente de los de Cuba, á los cuales designó, tal vez antes que nadie, con el gráfico nombre de *sinsones*. En *El Moro Muza* y en *Don Circunstancias* insertó multitud de artículos de este género, semejantes unas veces á los de *Clarín* por su contundencia, parecidos otras á los de Valbuena por el análisis más minucioso y cicatero. Las cosas que se le ocurrieron á Villergas para zanzanear á los *sinsones*, que llegaron á fundar periódicos destinados á defenderse, serían pruebas suficientes de un ingenio inagotable.

Los artículos que sobre los *poetas españoles contemporáneos* publicó en *El Correo de Ultramar* y coleccionó luego en un volúmen, son labor más seria y detenida, siquiera el escritor satírico no sepa siempre despojarse de sus intemperancias y prejuicios. Que se propuso escribir algo sólido y de peso, se echa de ver en el prólogo cuando, al explicar los alcances de su obra, escribe que «la crítica literaria puede decirse que murió en España con el ilustre *Figaro*, y añadiré que la verdadera crítica no ha sido conocida entre nosotros desde que el gran Quintana publicó el brillante prólogo de su célebre *Colección de poetas españoles...*»

Quien pretendiera, sin embargo, formar juicio cerrado sobre los poetas del siglo XIX por los artículos de Villergas, expondríase á graves errores. Suele, con golpe certero, puntualizar la personalidad literaria de cada autor, con sus excelencias y puntos flacos; pero más de una vez exagera las cua-

lidades negativas, bien por resabios de su cáustica pluma, bien por razones puramente personales.

Nada más en su punto que lo que dice de Bretón de los Herreros, rectificando totalmente las crueldades de que le hiciera víctima en otras ocasiones. Para Villergas, Bretón es «el hombre más notable de su tiempo, y el que por esta razón tiene más necesidad de reparar las injusticias que á su época ha merecido». Haciendo hincapié en su originalidad, observa que «no sólo no ha imitado á nadie, sino que ha sido imitado por todos los poetas de la época actual que han querido invadir el terreno de la comedia, hasta tal punto, que para hablar hoy en España de una comedia de costumbres, suele decirse como cosa corriente *una comedia del género de Bretón*». Bien ve Villergas las relaciones que pueden buscarse entre Bretón y Moratín, sobre cuyo teatro hace observaciones discretísimas; pero dice que «*El pelo de la dehesa* es la primera comedia de carácter del Sr. Bretón, y por consiguientè la primera comedia de carácter de nuestro teatro moderno». Y lamentando la postergación en que, por culpa de la monomanía romántica, había estado el género cómico, dice: «Apareció el romanticismo, y el delirio que trastornó á muchas doncellas hasta el extremo de buscar en el vinagre y otras composiciones, agentes destructores de su frescura y lozanía, corrompió también el gusto de muchos seres masculinos que ya no acertaron á distinguir la inspiración y la belleza más que en la tempestad de las pasiones. Así aquellos que en algún tiempo celebraron la comedia de costumbres y todo lo que respiraba la sublime sencillez de la verdad, empezaron á decir que Bretón era insufrible, que sus dicharachos ofendían al pudor, y que para ver rabaneras no era necesario ir al Teatro del Príncipe. Cobró aliento la secta vacía y protectora que podemos llamar *de los articulistas de fondo*, y todo lo que no salía á luz lloriqueando, fué proscrito de la *buena sociedad* como tabernario

ó propio de la canalla. Bretón, á todo ésto, continuaba impertérrito y firme su camino, luchando y hasta combatiendo de frente las «exageraciones románticas con el arma poderosa del ridículo».

García Gutiérrez merece á Villergas parecidos elogios. En su opinión, *El encubierto de Valencia* es el primero de los dramas modernos, pero después que *El Trovador*. Y añade: «El señor García Gutiérrez, el primero para mí de los poetas contemporáneos, holló el campo literario haciendo, á pesar de su raro mérito, concebir quiméricas esperanzas, porque tal es la suerte de los hombres que por un esfuerzo milagroso del genio traspasan en su primer arranque la barrera en que la naturaleza ha encerrado la humana concepción, y de los cuales suele con razón decirse que empiezan por donde debían concluir. Dando desde luego á luz *El Trovador*, pudo recoger en un día más laureles que otros en muchos años; pero al abandonar la tierra en el vuelo de su atrevida inspiración, cometió como Icaro la imprudencia de acercarse demasiado al sol que debía derretirle las alas, y ya que el señor García Gutiérrez no quedase imposibilitado absolutamente para volar, quedó en la imposibilidad de sostenerse á la altura en que se había elevado; quiero decir, que la importancia de su primera obra debía perjudicar á las demás, porque *El Trovador* es una de esas flores ricas de perfumes y de colores que sólo brotan una vez del árbol del corazón en la vida de un hombre, así como sólo aparecen de tarde en tarde hombres como el señor García Gutiérrez, capaces de producir una de esas flores tan apreciables por la riqueza de sus colores como por la excelencia de su perfume».

Estas apreciaciones sobre Bretón de los Herreiros y García Gutiérrez han sido confirmadas por *l'ardua sentenza*; pero hay que reconocer con pena que solicitada la atención literaria por otras novedades—pues no en vano decía Rojas Villandrando *que todo lo nuevo aplice*,—uno y otro yacen en cier-

to olvido. A bien que en nuestra futura historia literaria habrán de figurar entre los nombres que se conservan incólumes á través de todos los tiempos y todas las escuelas, en tanto que se borre la memoria de otras figuras, de notoriedad puramente eventual.

No son únicamente Bretón y García Gutiérrez los poetas á quienes, con razón para ello, encomia Villergas. En cambio al hablar de otros se queda corto en las alabanzas, y aun las escatima exageradamente. Con Hartzzenbusch se muestra muy parco. «El señor Hartzzenbusch—dice entre otras cosas—es, sin duda, un poeta y al mismo tiempo un literato. Si fuere un poco menos literato, sería también un poco más poeta; porque es uno de esos hombres meticulosos cuya fantasía parece complacerse más bien en pedir un freno á la ciencia que nuevas alas para volar más libremente. Amarrado al duro yugo de los preceptistas, tiembla al saber que otros espíritus menos dóciles le pueden quebrantar, y todavía ese temor sería plausible si su sumisión no fuese un poco más allá del respeto debido á las racionales exigencias de los clásicos. Pero el señor Hartzzenbusch, no contento con vegetar en el estrecho recinto de las unidades, se ha dedicado como otros ingenios modernos, á un estudio frívolo y supérfluo; se ha unido desgraciadamente á la clase literaria más empalagosa en todos los países, que es la de los que se llaman *puristas*, debiendo llamarse *estacionarios* ó más bien anticuarios, puesto que todo su afán consiste en querernos hacer hablar hoy la lengua tal como se hablaba hace doscientos ó trescientos años». Ni Hartzzenbusch intentó petrificar de este modo el idioma, ni negó á la fantasía su papel correspondiente.

No es Villergas más pródigo en elogios respecto al duque de Rivas, á quien sólo dedica un breve artículo. Júzguese sinó por las siguientes palabras: «Apareció el romanticismo, esa tempestad literaria

que desplegando su imponente magnificencia en el cielo de la Francia, envió á nuestra patria alguno que otro relámpago, como el autor de *El Trovador*, algunas gotas de agua, como el duque de Rivas, Vega, Escosura, Ochoa y Larrañaga, y algunos sapos cuyos nombres no hacen aquí falta... He puesto al señor duque de Rivas á la cabeza de los poetas de segundo orden, porque Su Excelencia no merece estar más alto ni más bajo como hijo de las Musas, aunque su cuna y su posición social den derecho por otro lado á su pensamiento para cernerse en más elevada esfera, y creo no hacerle favor ni disfavor. Hombre de poca imaginación, pero inspirado alguna vez al pulsar las cuerdas de la lira oriental, carece de suficiente vuelo para alcanzar un lugar entre los grandes poetas, aunque, lo repito, tiene con ellos algunos puntos de contacto».

Insiste Villergas en que el duque de Rivas es poeta de segundo orden, «esto es, en un punto inferior á García Gutiérrez, y superior á otros que no quiero nombrar» y añade:

«Debo, sin embargo, decir que si el señor duque de Rivas hubiera tenido tanto númen como inclinación á la moderna escuela literaria, habría llegado á ser el primer granadero del romanticismo. Una de sus primeras obras fué el famoso drama *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, composición que nadie recuerda hoy y que en aquellos tiempos no hubiera el autor cambiado por muchas de las mejores obras del teatro antiguo. Verdaderamente, si por romanticismo debía entenderse el desorden, el atropello de todas las reglas del arte, *Don Alvaro* podía reclamar el primer rango entre las producciones de su clase, género ó especie, porque difícilmente producirá el entendimiento humano cosa más excéntrica que dicho drama. En cambio el asunto, que se reduce casi, y sin casi, al desarrollo de un carácter dramático, ni tiene siquiera para su disculpa el prestigio de la novedad: es una pobre reproducción

de *D. Juan Tenorio*, de ese magnífico tipo creado por Tirso de Molina, y que Byron y Mozart han inmortalizado».

A simple vista salta la mezcla de errores y aciertos que hay en estas palabras. Aparte de la omisión, sin duda intencionada, de Hartzzenbusch como figura del romanticismo (á no ser que le incluya entre los *sapos*), y del *Don Juan* de Zorrilla, hay que reconocer que la significación del duque de Rivas en aquella escuela no es tan mezquina como Villergas supone.

Nada hay que notar sobre los artículos, un poco ligeros, que dedica á Campoamor, Lafuente y algunos otros; pero sí merecen copiarse, por la clarísima idea que contienen sobre el romanticismo español, los siguientes párrafos, correspondientes al artículo sobre Ochoa y Larrañaga:

«Era, pues, el romanticismo en el fondo algo más que una revolución literaria; era casi una revolución social, y las formas de que se revistió tenían aquella propensión á la anarquía consiguiente al tránsito violento de las ideas que sustituían el imperio de los principios al de los hechos. Nuestros medianos ingenios, lo mismo que los escritores franceses de segundo orden, lo entendieron de otra manera, creyendo de buena fe que bastaba forjar un cuento en que el puñal, el veneno ó el verdugo desempeñasen un importante papel, para interpretar debidamente la nueva escuela literaria, y así vimos en efecto publicarse el *capuz*, el *sayón* y otras cosas por el estilo, sin ninguna intención filosófica; sin más pretensión que la de sorprender el ánimo del lector del modo más desagradable posible, lo que nunca se verificaba, porque el lector iba ya prevenido á no dejarse sorprender, y hasta solía adelantarse tanto para desvirtuar la peripecia, que muchas veces se quedaba como la nieve viendo que el autor se contentaba con ahorcar ó dar garrote al que podía quemar vivo. Estos cuentos, por de con-

tado, recorrían todos los tonos de nuestra metrificación variada y variable hasta el infinito, empezaban en versos alejandrinos y acababan en versos de una sola sílaba, presentando en su forma tipográfica una serie de figuras geométricas, tales como el cilindro, el cuadrado y el cono, lo que tenía la ventaja única de agradar á los ojos ya que el contenido no dijese nada á la imaginación; y á estos delirios, á estas extravagancias, á estas puerilidades en fin, se dió entonces el impropio nombre de romanticismo. ¿Qué había, pues, de suceder? El romanticismo, tan mal comprendido, tan mal interpretado, cayó cuando apenas se había levantado, aunque á decir verdad no cayó la idea, sino la exageración, la parodia, la caricatura de la idea».

De Gil y Zárate—su obsesión constante—puede suponerse lo que dice Villergas. Pone graciosas apostillas á sus versos, ridiculiza todas sus producciones, sólo aplaudidas por las circunstancias políticas, y se admira de que se le tenga como «una de las primeras reputaciones de la época, siendo el hombre de nuestros días que más fruto ha sacado de su reputación literaria». Algo parecido dice de Rodríguez Rubí, reproduciendo casi toda la carta que él y Ribot dirigieron al conde de San Luis cuando se estrenó *Isabel la Católica*, donde desmenzaban los versos de este drama y señalaban sus trivialidades, faltas gramaticales, etc. Y después de manifestar que Rubí carece de talento, de instrucción y de estilo, añade: «Sólo diré, para terminar, que el señor Rubí, tan mimado, tan aplaudido, como poeta, es sin disputa el rimador más prosáico y el escritor más incorrecto de nuestro siglo».

A cuatro escritores dirige Villergas imputaciones injustas, y son: Martínez de la Rosa, Ventura de la Vega, Mesonero Romanos y Zorrilla. En el artículo dedicado al primero, reproduce los cargos de *Los políticos en camisa*, haciendo de sus versos un análisis sobradamente nimio. Argúyele de frío y

falto de inspiración; califica su lírica de «prosaismo rastrero», y no le concede mayor valor en la dramática.

Su juicio sobre Ventura de la Vega está condensado en las siguientes palabras: «¿Qué obras originales ha producido, en efecto, D. Ventura de la Vega? No pueden citarse más que dos de distinto género, que son la comedia titulada *El hombre de mundo* y el drama *Don Fernando de Antequera*, obras de bastante mérito que acreditarían al señor Vega como un hombre de talento superior si fuesen suyas; pero desgraciadamente hay muchos que lo ponen en duda por aquello de «el que hace un cesto hace ciento», y yo también, al ver la conducta de este señor—á quien quisiera vindicar de la triste y merecida nota con que habría empañado para siempre sus glorias, aunque fuese tan grande como el mismo Lope, su homónimo,—yo también digo que dichas obras, bautizadas como originales en Madrid, han sido engendradas fuera de España».

De Mesonero Romanos, después de muy duras apreciaciones, habla así: «Nada diré de los artículos de *El Curioso Parlante* en cuanto á su mérito literario. Carecen de oportunidad, de gracia, de estilo y hasta de verdad. Presentan alguna corrección de lenguaje, pero ¿es ésta suficiente razón para que tengamos al señor Mesonero Romanos por un buen escritor? No por cierto; hagamos la justicia de creer que no pasa de un buen escribiente».

Respecto á Zorrilla, su ofuscación llega á un extremo lastimoso. Mejor será creer que entre los dos había mediado algún motivo de disgusto, porque de otro modo no se explicaría que los encomios de *El Tío Camorra* se hubiesen trocado en ataques. Apóyanse éstos, por otra parte, en inapreciables minucias, incorrecciones, vicios de dicción y otras cosas que á nadie se le ocurriría rebuscar en una creación de grandeza imponderable. Por eso se entretiene en pulverizar los versos leídos en la

tumba de Larra, cosa que, naturalmente, no había de costarle gran esfuerzo, y en cambio no habla de Zorrilla como autor dramático y poeta legendario. La prodigiosa fluidez de Zorrilla le merece esta mezquina interpretación: «Lo que yo creo es que cuando hace versos se ve arrastrado por la medida ó por el consonante á decir muchas veces lo contrario de lo que piensa, y en esto me fundo para negarle la inspiración, porque si pudiera inspirarse, no se vería nunca en tales apuros; no daría á luz esas deplorables muestras de la impotencia de su esfuerzo mental; la concepción y la forma, la idea y la palabra brotarían en él tan naturalmente como brota el agua de los manantiales; y yo tendría el gusto de apoyar, con todas las personas de criterio, esta proposición que hoy sólo pertenece al estúpido vulgo: ¡Zorrilla es uno de nuestros primeros poetas!» ¿Cabe mayor ceguedad?

Prueba inequívoca de que Villergas no *penetra* en Zorrilla ni comprende su genio poético, es que precisamente lo que constituye la magna singularidad de éste, le parece un defecto, dándole pie á peregrinas deducciones. Y dice así: «Tal es, señores, el poeta Zorrilla, que durante muchos años ha estado usurpando una colosal reputación, y que hoy mismo en el concepto de algunos es el poeta de su época. ¡El poeta de la época!.... El poeta, para llegar á ser la expresión de una generación dada, es necesario que vaya á la vanguardia del pensamiento filosófico, que no vuelva atrás la vista sino para echar un puñado de tierra en la fosa donde yacen las viejas supersticiones, que enseñe á sus hermanos el camino de las conquistas morales y materiales; y Zorrilla, doloroso es decirlo, es un anacronismo en el siglo actual, un hombre de buen fondo que á pesar de su noble alma hubiera quemado á los moriscos en tiempo de Felipe III, como hubiera antes servido ciegamente á las miras sanguinarias de D. Pedro el Cruel...». En una palabra, Villergas

sólo se avenía á reconocer que «Zorrilla era una apreciable medianía, que tenía algunas, aunque no extraordinarias, cualidades de poeta».

La dureza con que Villergas trató á Zorrilla, y que le valió en lo sucesivo unánimes censuras, sólo puede tener la explicación ya indicada. Que Zorrilla tiene defectos, especialmente del calibre que Villergas los buscaba, es cosa innegable; pero sin que en nada empañen la pureza de su estro soberano. A tanto equivaldría recriminar á quien, derramando á manos llenas las piedras preciosas, dejase caer entre ellas algún trozo de arcilla.

Es lástima que en estos artículos sobre los poetas contemporáneos, Villergas dejara ver tales resabios de su pluma satírica, más de una vez apasionada. Allí donde ellos no asoman, campea la lucidez del crítico sensato, conocedor de nuestra buena literatura, más acertado en las consideraciones de orden general que en tal ó cual apreciación sobre un autor determinado.

III

Los dos escritos que dieron á Villergas patente y fama de poeta satírico, fueron los dos famosos *Bailes*: el *Baile de las Brujas* y el *Baile de Piñata*.

Ya hemos visto más arriba las circunstancias en que uno y otro salieron á la luz. Cuando la regente Cristina, inclinada á los moderados, sancionó en Barcelona la ley de ayuntamientos, chasqueando á Espartero, éste tomó una actitud manifiestamente hostil. El pronunciamiento de Septiembre de 1840 puso en sus manos el poder, y Cristina, después de renunciar á la regencia, salió de España. Los sucesos que sobrevinieron no agradaron mucho á Vi-

llegas, por creer que Espartero y los suyos defraudaban con sus actos las esperanzas del país, y entonces escribió *El Baile de las Brujas*.

En el lugar de referencia se ha dicho ya que *El Baile de las Brujas* lleva al límite la acritud en la embestida, de la cual no se salvan ni los hombres del ministerio-regencia, ni la propia Cristina. Todo el movido cuadro de los acontecimientos aparece en forma pintoresca: la algarada revolucionaria, la situación de la reina madre, el viaje de Espartero á Madrid para ser recibido en triunfo:

- ¿Me tendrán colgaduras prevenidas?
- Cubrirán los balcones y las rejas.
- ¿Tendrán las candilejas encendidas?
- Encendidas tendrán las candilejas.
- ¿Pólvora, dí, malgastarán beodos, pues yo revivo con sus fuegos sacros?
- Fuegos fatuos habrá, pues saben todos lo inclinado que sois á simulacros.
- Pero esa gente indómita ¿qué dice?
- ¿Qué habla tanto pedazo de alcornoque?
- Llámesese Roque ó Rey quien tiranice, que no respetarán á Rey ni á Roque.

Y es de ver cómo las juntas se reúnen en Madrid, y Espartero y Cristina se dirigen mútuos improprios, y esta última abandona la nación de que había sido reina:

Pocos momentos después
se motejaban feroces,
él á la bruja en sus barbas
y ella al brujo en sus bigotes:

- Bruja, aquí te detestan; toma el trote.
- Brujo, muy pronto ganarás el tedio.
- Tú has sido de los pueblos el azote.
- Tú del pueblo serás azote y medio.

- Tú las leyes retrógradas quisiste.
- Tú mandarás sin ley, que es más afrenta.
- Tú el eco de la prensa desoiste.
- Tú matarás la libertad de imprenta.
- Tú derramaste sangre de leales.
- Tú verterás la que hoy se economiza.
- Tú oprimías ciudades liberales.
- Tú con metralla las harás ceniza.

Y ambos la verdad dijeron,
y ambos querían innobles
mandar y arrastrar carrozas
con el sudor de los pobres.

Lágrimas suelta la bruja
que corren á borbotones,
tanto por soltar la presa
como porque otro la coge.

Pero consolarse debe,
que mientras otros no comen,
ella va á sacar el jugo
de sus robados millones.

.

Dijo, y se marchó la bruja
con doscientos mil demontres.
¡Quiera Dios que antes que vuelva
las dos piernas se le tronchen!

El Baile de Piñata va ya contra los moderados: En aquella serie de *bailes* que constituyen la sátira (*Mazurca, Rigodón, Gavota*, etc.) alúdese ya á todos los manejos que acompañaron á la salida de Espartero: la formación del ministerio López y su rápida caída; la intervención de Olózaga con su memorable discurso, parodiado por Villergas:

¡Dios salve nuestro turrón!
¡Dios salve nuestro botín!
Decid conmigo: ¡DIOS SALVE
Á LA REINA Y AL PAÍS!

la llegada de Narváez y demás emigrados de Francia; el combate de Ardoz y el sitio de Madrid; la gestión de Serrano en Barcelona y bombardeo de la ciudad condal por las tropas de Prim... Sobre este caudillo descarga Villergas toda su saña en versos citados antes, y que adquirieron notoriedad inusitada. No fué menor la de aquellos otros sobre el nombre de *María*:

Dirás que pocos fijaron
tal atención en los nombres;
pero hasta aquí, no te asombres,
los que tu nombre usurparon
son la escoria de los hombres.

Prueba de que no es manía:
Toreno, José *María*,
Narváez, Ramón *María*,
y López, Joaquín *María*.

.....
Sagaz con razón le llamo,
pues tocó tantos palillos
y el oro fué su reclamo,
tal, que encontraba bolsillos
antes de perderlos su amo.

.....
¿Cómo, cortante y sutil,
no he de clavar el puñal
en el cangrejo bestial
que llamó á mi *sangre vil*
porque es sangre liberal?

.....
¿Cómo dar tu nombre plugo
á ese tribuno embustero
vendido al francés dinero?
Yo se le diera á un verdugo,
pero nunca á un pastelero.

Para que su pluma no perdona á nadie, al final presenta, imitando á un romance vulgar muy co-

nocido, una larga relación de apellidos con su atribución correspondiente:

Los Conchas son arlequines
y los Narváz gabachos;
aduladores los Vegas.
majaderos los Carrascos;
sin opinión ni vergüenza
los Istúriz y Galianos;
los Martínez de la Rosa
realistas y visionarios.

.
Los Duques de Frías, cucos;
los Duques de Rivas, pavos;
los Arrazolas, gallinas;
los Carramolinis, gansos.

Son los Alonsos muy zorros,
son los Canteros muy asnos,
y son los Quintos muy perros
y los Cortinas muy gatos...

No es de admirar que después de publicar los *Bailes* se viese obligado Villergas á salir de Madrid, huyendo de los muchos que le buscaban para vengar ofensas. La sátira en ellos rebasa los límites acostumbrados.

No es tan descompasada la sátira que poco después dió al público bajo una *Carta del Cuco al Coco*, llena de intención y notable por su suelta versificación:

Temible y temido Coco:
no dejarás de extrañar
que hoy empiece yo á cantar,
pasando al mundo por loco.

Canto lastimoso y tierno,
porque es esta, vive Cristo,
la primer vez que se ha visto
cantar al *Cuco* en invierno.

Tal vez me acecha el trabuco,
bien recelo una tramoya,
pero, amigo, aunque arda Troya,
cantaré, que soy muy *Cuco*.

.....
Veo en hechos y en razones
media docena de beyes
violando todas las leyes.
¡Ay cuántas violaciones!

Y como todo lo asolan
los que á la ley meten mano,
de la reina al ciudadano
gritan ya: ¡Que me violan!

¡Válgame Santa Cecilia!
Dicen los *negros* fatales
que las violaciones tales
son resabios de familia.

Yo escuché una vez y cien
que allá en el siglo pasado
fué Carlos IV violado
y María Luisa también.

¿Qué diremos de Fernando?
También cayó en el garlito;
al menos el pobrecito
siempre se estuvo quejando.

—¿Y Cristina?—Por supuesto.
—¿Y después?—Bien va la fiesta;
el que con niños se acuesta...
¡ay amor, cómo me has puesto!

.....
Ya no hay más ley que el turrón,
ni más cera que la que arde;
ayuna el que llega tarde.
¡Viva la Constitución!

No falta algún avestruz
que de hombre y de Dios es mixto,
aunque se parezca á Cristo
sólo en llevar una cruz.

Cruces dan con profusión,



mas no cruces de madero,
sino de Carlos tercero.
¡Viva la Constitución!

Como el pueblo sin treguas amenaza
que habrá motín, jarana, gresca ó bulla,
tenemos un retén en cada plaza
y anda por cada calle una patrulla.

Aunque intenta el poder mostrar cachaza,
se alarma cada vez que un perro aulla,
y exclama en el furor de su sofoco:
¡Preparen! ¡fuego! ¡pum! ¡Que viene el Cocol...

En *El Tío Camorra* menudeó Villergas las sátiras de este género, especialmente con varias biografías, en verso, de políticos conocidos. Desfiló en primer término «D. José Salamanca, alias el ministro Pepe, dando cuenta de sus pecados en el terrible día del juicio final». Empieza:

—Señor...—Ven acá, hipócrita.—No puedo.
—¿Cómo qué, perillán? ¿Tienes vergüenza?
—No tengo mucha, pero tengo miedo.

Siguió la «Vida y milagros de D. Ramón María Narváez, vulgo *Espadón*, escrita en variedad de metros por el Tío Camorra. Adición á las aventuras de Gil Blas de Santillana, Gran Tacaño, D. Quijote y otros por el estilo». Aquí ya echó Villergas toda su intención, pintando en toda su desnudez al hombre que mayor animosidad le mereció siempre:

Canto al español Calígula,
dignidad ya celebérrima,
que nació en las bellas márgenes
de la encantadora Bética:
aunque hay quien dice que el párvulo
vino como chispa eléctrica
de los arenales de Africa
ó los desiertos de América...

Por el estilo fueron la biografía de «D. Pedro José Pidal (a) el ministro de las reinas hembras», y los «Apuntes biográficos que puede aprovechar el que quiera desaprovechar el tiempo escribiendo la vida de *Ibraim Clarete*». Mal parado salió de la pluma de Villergas el revolucionario director de *El Guirigay*, ministro luego de los moderados, cuya defección presenta en palabras como las siguientes:

El bando contrario urdía
planes que ensayar pensaba,
solicitando á porfia
lo que más necesitaba;
esto es, una apostasía.

Para el caso—no os asombre
la franqueza con que salgo,—
no era conveniente un hombre
que estimar pudiera en algo
su dignidad y su nombre.

Bastaba cualquier zoquete
(perdone si así le llamo)
patriota de torniquete.
Sonó, por fin, el reclamo
y acudió Ibraim Clarete.

Y no sé, por vida mía,
cuando á tal cosa apelaban
quién menos favor se hacía,
si los que á este hombre buscaban
ó el que tal medio admitía.

Sólo sé que el mozalbeta
que del Miño al Guadalete
pensó amarrarnos á un potro,
fué el ruin Ibraim Clarete...
porque no pudo ser otro.

Una de las más donosas composiciones satíricas de Villergas es el *Cuadro de pandilla*, inserto en la 2.^a edición de sus poesías, y donde pasó revista á los literatos retratados en un cuadro de Esquivel.

Nada más agradable y juguetón que aquellos tercetos, donde desfilan nombres muy conocidos en las letras:

A otros la guerra asusta; yo me río.
Si algún mastuerzo lo contrario sueña,
Dada está la señal, conquese al avío!

Leña al que oscuro en figurar se empeña;
Leña al mostrenco que impotente chilla;
Leña al grande y al chico; lleña, lleña!

No es hoy un individuo al que acribilla
Mi péñola á reveses avezada:

Es á una comunión, á una pandilla,
Es á una turbamulta acostumbrada
Con la intriga á medrar, gente en conjunto
Que vale, fuera de los nueve, nada.

Es un club cuyo intríngulis barrunto;
Poetas cuyo nombre es un arcano,
Todos de Rabadán digno trasunto.

Vates de mucha paja y poco grano,
Que el que más ha compuesto tres cuartetas
Y el que menos no sabe castellano.

Mas ya, lector, calculo que me espetas
Una interpelación, y es la siguiente:

—¿Dónde diablos están esos poetas?—

¿Dónde? No hallo en decirlo inconveniente;
Ambigüedad no esperes de mi labio,
Que he nacido en Castilla justamente.

Y aunque nada de agudo ni de sabio
Me pueda envanecer donde se premia
Tanto animal, del mérito en agravio,

Podré decirlo bien, que no es blasfemia:
¿Quieres saber, lector, esa pandilla
Dónde existe? En Madrid, en la Academia.

.....
Poco á BRETÓN mi péñola acaricia,
Mas debo celebrar que haya una brocha
Que su talento premie y su pericia.

Bien está, mi razón no le reprocha;

Lo merece el que ha escrito la *Marcela*,
El autor de *Don Frutos Calamocha*.

El que si, por insigne bagatela,
Cuento como enemigo, nunca niego
Que en sus versos me encanta y me consuela.

Ni soy tan sistemático y tan ciego
Que pensando en pasadas diatribas
Sus puestos niegue á VEGA y á GALLEGO.

Mis simpatías tienen harto vivas
CAMPOAMOR y RUBÍ, y hago buen caso
Del ilustre escritor DUQUE DE RIVAS.

GIL Y ZÁRATE está; también lo paso
A pesar de lo mucho que me carga
Por esto de comer sopas en vaso.

No es para mí tampoco cosa amarga
Ver á HARTZEMBUCH y FRÍAS, y otros varios
En la revista como el Corpus larga.

Mas al par de estos ínclitos canarios,
Y si esto no es bastante, ruiseñores,
Grajos se hallan, por Dios, estrafalarios;

Escribientes acaso, no escritores,
Entre los cuales con horror distingo
Al traductor de pega ANTONIO FLORES.

Literato de sábado á domingo
Que traduce *Misterios* y los deja
Mitad en mal francés, mitad en gringo.

Mal á Flores estima el que aconseja
Poner su rostro donde así contrasta
Mótodo dando para tanta queja.

Es verdad que el tal Flores humos gasta
Y exclama, diga el mundo lo que diga:
«No sé... creo que sé... y esto me basta».

Resuene alguna vez la voz amiga
Que le diga: no vales un comino;
Flores, tu no eres flor, eres ortiga.

Si la testa de este hombre es un pepino,
Si es como literato un embeleco,
¿Qué diré de TEJADO (DON GABINO)?

Que en vano el pobre, de sus triunfos hueco,

Se esfuerza por poner cara de sabio.
Lo mismo digo del señor PACHECO,

Que si ha tenido ó tiene algún resabio
De poeta, ponerle con Zorrilla,
A la sana razón es un agravio.

Nadie diga de hoy más por esta villa
Que es cuadro de poetas el que veo;
Dígase que es un cuadro de pandilla.

En él está CAÑETE, yo lo creo,
Que se halla por fortuna á grande altura,
Y es como yo... notable por lo feo.

.
Donde luce Ferrer su chimenea
No extrañes la manera petulante
Con que se ostenta DON JULIÁN ROMEA.

¿Y qué hace este hombre allí tan arrogante?
Tratando de poetas no lo entiendo;
Pues Julián no es poeta, es comediante.

¡Buenas caricaturas vamos viendo!
¡Excelentes contornos viendo vamos!
Andando vamos, vamos anduviendo.

Entre los literatos que encontramos
De polaina los más y de chancleta,
Al general PEZUELA contemplamos.

Dicen que esto á Quintana no le petea;
Porque este jóven que tan mal encaja
Podrá ser general, mas no poeta.

.
Busquemos en el cuadro otra figura
Y apartemos la vista de la muerte;
Señores, paso atrás, que va ESCOSURA.

—¿Quizá algún genio deparó la suerte?
—Es un poeta en invención muy flojo
Y un literato en presunción muy fuerte.

No sé lo que dirá; mas tengo antojo
Que esta pulla á Escosura no le plugo,
Y más que un bofetón le causa enojo.

Porque él halla en su mente tanto jugo,
Que ni una imagen le chocó ni un giro

De Dumas, de Balzac y Víctor Hugo:

Y esto me hace reir, si bien lo miro,
Que no tiene motivos para tanto
Quien *La Corte* escribió del *Buen Retiro*.

Dirá que me equivoco; bueno y santo:
Yo le responderé con mucha flema
Que soy tenaz y en mi opinión me plantó.

El tiene su amor propio por sistema;
Yo juzgo que no sabe una palabra;
Prosiga cada loco con su tema.

Pero es ya tiempo que los labios abra
Para lanzar mis pullas á otro niño
Cuya imágen no más me descalabra.

Afeminado rostro, buen aliño,
La canela y almibar del bufete
Que me obliga á tratarle con cariño.

¿Habrá quién desconozca al mozalbete?
Es NOCEDAL, que llaman *el pequeño*,
Que otros suelen nombrar *Nocedaleta*.

Allí está, ni bien grave ni risueño,
El que si hace papel como abogado
Siempre será como poeta un leño...

Del *Patifiesto dirigido á los españoles en 1854*
por Doña María Cristina y de la *Sátira* contra Ris-
pa, ya se ha dicho lo suficiente en los lugares res-
pectivos. El primero es una intencionada parodia
del manifiesto, redactado por D. Francisco Pareja
y Alarcón y D. Rafael María Baralt, por el que la
reina quiso congraciarse con el pueblo después de
los sangrientos sucesos de Julio. La segunda no
puede calificarse propiamente de sátira; es una serie
de insultos versificados, con la sola disculpa de ha-
ber precedido, como dicen los penalistas, «provoca-
ción ó amenaza adecuada».

Los libros de sátira en prosa que Villergas escribió—dejando á un lado los numerosos artículos de la misma índole insertos en sus periódicos—pueden haber perdido el interés que va unido á razones de actualidad, pero serán siempre curiosos desde el punto de vista histórico.

En *Los políticos en camisa* pasó Villergas revista juntamente con su amigo Ribot, á los hombres públicos de la época. A cargo de Villergas corrieron los artículos correspondientes á D. Fermín Caballero; D. Joaquín Frías, D. Juan Bautista Alonso, Don Antonio Gallego, D. Francisco de Paula Alvarez, D. Luis Collantes, D. Luis González Bravo, D. Francisco Martínez de la Rosa, D. Francisco Javier de Quinto y D. José Ordaz AVECILLA, más una parte del de D. Joaquín María López. Entre todos ellos, Martínez de la Rosa y González Bravo son los dos en quien más se ensaña Villergas. Del primero repite cuantas invectivas le mereció siempre como político y como literato; en el segundo agota los calificativos de renegado, antipatriota y otros semejantes, terminando así: «No habrá partido ni persona en España que quiera de hoy más envilecerse dando la mano á ese hombre, que por satisfacer cuatro días una loca ambición, se ha hecho digno del público y general desdén para mientras viva».

Inútil será decir que estos retratos críticos abundan en rasgos de ingenio, esparcidos también en amenas digresiones por todo el libro. Pláceme citar, por lo saladísimo, el siguiente símil con que empieza el artículo sobre D. Juan Bautista Alonso: «La España se parece mucho á un cojo que corre bien: todo lo que adelanta brincando, lo pierde en un tropezón».

El *Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez*, que tantos disgustos dió á Villergas, tiene gran parte histórica y documentada. Para conseguir sus fines, que eran presentar un radical

contraste entre los hechos de ambos caudillos, toma la vida de uno y otro desde su nacimiento, y va siguiendo minuciosamente los pasos de su carrera. Todos sus esfuerzos, pues, se dirigen á demostrar «que DON BALDOMERO ESPARTERO es el héroe de Luchana, el soldado de Ramales, el caudillo de Peñacerrada, el vencedor de Morella, el pacificador de España y otras muchas cosas que se dirán á su tiempo, al paso que don Ramón María Narváez es... DON RAMÓN MARÍA NARVÁEZ».

Claro es que para conseguirlo mira siempre los actos de Narváez por el lado más desfavorable, comentándolos irónicamente é intercalando versos como aquellos en que, encarándose con el duque de Valencia, dice:

Sé que estareis furibundo;
pero, señor, bien mirado,
no ha de ser todo en el mundo
tortitas y pan pintado.

Gozásteis á tutiplén
de una fortuna esplendente,
y habeis gozado también
reputación de valiente.

Justo es que perdáis, señor,
cuando la razón lo aclama,
de la fortuna el favor
y de valiente la fama...

La vida de Narváez alcanzó únicamente en el *Paralelo* hasta su expedición contra los facciosos aragoneses, y la de Espartero hasta el ataque de Luchana. Entonces pasó Villergas á la cárcel, desde donde comenzó á publicar el *Desenlace de la guerra civil*, con ánimo de que, aun cambiado el título, fuese esta obra una continuación de aquélla.

Empezó, efectivamente, en son de zumba y arrechando sus ataques á Narváez. Pero á partir de la entrega 5.^a, por razones que en lugar oportuno se

han indicado, el *Desenlace de la guerra civil* cambia de tono y se reduce á un relato histórico, con abundante copia de documentos. En este sentido, puede ser de gran utilidad como ilustración á los sucesos acaecidos desde el año 1837 hasta la regencia y caída de Espartero.

No de sátira política, sino literaria, es el *Sarmen-ticidío, ó á mal sarmiento buena podadera*. Mucho antes de ser presidente de la República Argentina, D. Faustino Sarmiento realizó un extenso viaje, consignando sus impresiones en un libro titulado *Viajes en Europa, Africa y América*. Sarmiento revelaba ya el prurito, después muy extendido entre los escritores americanos, de hablar despectivamente de España, calificando de insuficiente nuestro léxico y llenándole de galicismos. Tales cosas dijo, que Villergas se creyó obligado á contestarle.

Por el pronto, Villergas rechaza las inexactitudes de Sarmiento respecto á Francia, en dos capítulos titulados así: «Errores del Señor Sarmiento, respecto á la historia, literatura y carácter de los franceses.—De cómo el señor de Sarmiento entró en París, y no París en el señor de Sarmiento». Confesemos que el futuro presidente de la Argentina decía cosas tan extrañas como la de que hallándose conversando con Mr. Mackau, ministro de Marina, éste se quedó dormido.

El capítulo III se titula así: «En que se demuestra que el señor Sarmiento se subió á la parra provocando el golpe que hoy sufre, y que probablemente no será el último». Aquí se burla con su peculiar gracejo, de las estupendas afirmaciones que, en relación á España, hacia Sarmiento. Menospreciaba éste á nuestros poetas, diciendo que entre todos ellos no había ni un Byron, ni un Goethe, ni un Lamartine, ni un Beranger; juzgaba duramente nuestra poesía dramática, tanto antigua como moderna; sostenía que los únicos trabajos históricos y

literarios relativos á España, habían sido escritos por extranjeros; tenía, en fin, muy en poco nuestra industria y nuestra cultura. Villergas fué refutando uno por uno todos estos extremos. Y como Sarmiento se jactase en su libro de que, hallándose en Madrid, había tenido valor suficiente para censurar con dureza á los españoles, delante de Ventura de la Vega y otras personas, Villergas le dió un solemne mentís con el propio testimonio del autor de *El hombre de mundo*, quien le había dicho en París no acordarse siquiera de tal Sarmiento.

* * *

Salta á la vista, por todo lo dicho, que Villergas fué el satírico más agresivo de su época, eso que en la primera mitad del siglo XIX, y aún algunos años después, abundaron los libelos, *pamphlets* y periódicos de batalla. Villergas no medía el alcance de sus ataques; donde descubría una persona—cuanto más elevada mejor,—que presentaba este ó el otro punto flaco, descargaba despiadado el golpe de su mano. Para ello le ayudaba maravillosamente aquella facundia sin igual, aquella maliciosa dacidad que le sugería de continuo chistes nuevos, pullas é ironías variadas, chacotas inagotables con que levantaba ronchas.

Cuantos hombres políticos jugaron algún papel en España durante treinta ó cuarenta años, padecieron bajo la pluma de Villergas. En labor tan audaz y arriesgada, le alentó seguramente el favor que hubo de prestarle la plebe, sobre todo en su primera época, dando á su nombre una popularidad que pocos alcanzaron. Por halagar estos gustos, sirvió muchos manjares de sabor demasiado fuerte, únicos que podían apreciar ciertos paladares; hasta que andando el tiempo, más reposado y razonador, no titubeó en afrontar los aires de la impopularidad.

Se dirá de seguro que Villergas extremó las acometidas y pecó en ocasiones de injusto. No puede negarse; pero ese es precisamente el peligro de la sátira, á que muy pocos de sus cultivadores han sabido sustraerse.

IV

Como poeta festivo, distingue á Villergas un gracejo singular, una sencillez ingenua y muy simpática, una soltura en la versificación que llega hasta la fluidez. Con Bretón de los Herreros, Príncipe, Ribot y Fontseré, Ayguals y algún otro, representa en su época la reacción y mantenimiento del género, que hubiera corrido peligro de desaparecer, avasallado por otras corrientes, á no tener tan dignos sostenedores.

En los versos de Villergas, revive aquel genio retozón y alegre que inspiró á los grandes poetas festivos del siglo de oro. La desenvoltura de Castillejo ó Alcázar, la gracia de Hurtado de Mendoza, la malicia y habilidad métrica de Góngora y Quevedo, parecen animar la musa de Villergas. Tampoco sería difícil encontrarle semejanzas con aquel donosísimo poeta del siglo XVIII que se llamó Eugenio Gerardo Lobo, á quien positivamente conoció.

Claro es que á poca costa, y sobre todo por el sistema de desmenuzamiento que él empleó más de una vez, se le encontrarían defectos, entre los cuales los más salientes serían ligeras violencias de versificación, debidas acaso al mismo deseo de no destruir su espontaneidad, y cierta candidez en algunos asuntos. No creo que todo ello valga la pena.

Villergas corrigió mucho sus versos. Si se hace una comparación entre las primeras ediciones de sus libros y la definitiva de la Habana (1885), se en-

contrarán composiciones enteras modificadas radicalmente. Alguna de ellas perdió con el arreglo (1).

Como su vena poética fué tan fecunda, muchas veces dáble asunto para sus versos una insignificancia cualquiera. Díganlo su *Oda á las patatas* y otras poesías por el estilo. Divagaciones varias sobre su manera de vivir ó de pensar, con ocurrencias tan hiperbólicas como graciosas, diéronle materia para no pocas composiciones. Tales son *Mi torpeza*, *Mi profesión de fe* y *Mi casa*, en la cual describe todo el mobiliario de su habitación, donde

lo más limpio es la despensa;
como que dentro... no hay nada (2).

Con mayor frecuencia hay que admirar en sus poesías, no sólo los chistes sueltos, sino también la total ingeniosidad de los asuntos. Sería preciso recorrer casi toda su labor poética para apreciarlo de modo completo. Sus cuentecillos rebosan sal y gracejo. Pocas composiciones de este género han alcanzado la popularidad de aquella que se titula *Confesor y confesado*, donde se acredita la argucia y picardía estudiantil:

Un estudiante tunante,
hombre de ingenio y ardid,
que sin mojarse en aceite
puede arder en un candil,
se fué á cumplir con la Iglesia,
sus culpas á sacudir,
que siempre debe estar limpia
la conciencia estudiantil.

(1) En la citada edición de la Habana, hecha á expensas del Casino Español, reunió Villergas sus mejores poesías. Sin embargo, son muchas más las que publicó, bien insertas en las ediciones anteriores, bien dispersas en los periódicos.

(2) Citaré los versos con arreglo á la edición de la Habana (1885), siempre que se hallen en ella.

Después de prolija confesión, el confesor pregunta al confesado si ha leído *El Judío errante*. Dícele él que no, pero que tenía la intención de leerlo, y el cura, escandalizado, le advierte que se condenará si no da cuatro duros para misas:

- Eso no tiene perdón,
imaldita sea tu casta!
- Sólo tuve la intención...
- Hijo, con la intención basta.

El estudiante promete dar los cuatro duros, y el cura le absuelve:

- Sacó la moneda ufano
el muchacho, con dulzura,
pero retiró la mano
al ver la mano del cura.
- Daca, el confesor clamó,—
daca, por la Virgen casta.
- Y el muchacho respondió:
—Padre, con la intención basta (1).

En punto á *cuentos de confesonario*, es muy entretenido el siguiente:

- Con los ojos arrasados
en lagrimones, María
á su confesor decía
sus culpas y sus pecados.
- ¿Por qué de tan triste duelo
no pudo estar al abrigo?
- ¿Halló, cuitada, el castigo
donde buscaba el consuelo?
- Lo que tengo averiguado

(1) Villergas no reprodujo este cuento en la edición de la Habana.

es, y entro ya en el asunto,
que al llegar á cierto punto
sin duda asaz delicado,

gimiendo, fuera de sí,
mas descansando en la fe:
—¡Señor!—exclamó—ipequé!
¡Tened compasión de mí!

Quiera Dios, y no el dios Baco,
perdonar mi desvarío,
porque... ¡Jesús, padre mío,
cómo huele usted á tabaco!

El cura, con ceño torvo,
—Huelo—contestó;—lo sé,
porque me gusta el rapé.
Y agregó, tras dar un sorbo:

—Diga, joven, lo que quiera,
que todo ello será nada.—

Y la niña, sosegada,
prosiguió de esta manera:

—Ya que es usted tan clemente,
diré, ajena á la falacia,
que un vecino, por desgracia,
tengo en la casa de enfrente.

Siéntale bien la levita,
y es tan gallardo y buen mozo,
que yo me muero de gozo
cada vez que él me visita.

De verle tan currutaco
hasta siento escalofrío.
Pero... ¡Jesús, padre mío,
cómo huele usted á tabaco!

—Sí, mujer, ya sé que huelo
—tornó el cura á contestar.—
Conque... puedes continuar
tu relación sin recelo.—

Llegó el trance en que debía
la niña hablar sin rebozo,
y dijo tras un sollozo
que del alma le salía:

—Puesto, señor, que no escasa encuentro su compasión, sepa que el mozo en cuestión estuvo ayer en mi casa,

donde los dos, rozagantes, girando cual mariposas, nos dijimos... esas cosas comunes en los amantes.

Cuando Paco (porque Paco se llama el galán impío...) Pero... ¡Jesús, padre mío, cómo huele usted á tabaco!

—¡Otra vez!— replicó el cura.— Chica, no seas tenaz; tengamos la fiesta en paz y acabar luego procura.—

Ella de tales enojos sintió ser causa notoria, y así continuó su historia con lágrimas en los ojos:

—En vano busqué maneras de esquivar las malandanzas; el trato admite esas chanzas que suelen parar en veras.

Quise, hasta en puntos y comas, corregir al pecador; pero no pude, señor, que también gusto de bromas.

Y conociendo mi flaco y temiendo un extravío... Pero ¡Jesús, padre mío, cómo huele usted á tabaco!—

La pesadez era ruda. Miró el hombre á la taimada penitente, y agotada ya su paciencia sin duda:

—¡Basta—gritó descontento,— alumna de Belcebú!

A otra cosa hueles tú
desde que empezaste el cuento.

Nunca por ello pensara
darte imprudentes chacotas,
y una falta que me notas
me la estás echando en cara. —

Por fin la santa indulgencia
consiguió luego vencer,
tanto que, tras de imponer
una floja penitencia,

tomó el padre un nuevo polvo,
y para no ser prolijo:

—Cuidado con otra— dijo,—
ya que de esta... *ego te absolvo*.

Historietas en verso ó poemillas festivos, escribió varios. *Muera Marta y muera harta* es un relato humorístico que recuerda en ocasiones á *Maria*, de Miguel de los Santos Alvarez, pero que no sobresale por su mérito, por lo cual sólo la insertó en la colección de 1842. *La casa del duende*, que se publicó en la de 1847 y en *El Cancionero del Pueblo*, es algo así como la parodia de una leyenda, bastante estrambótica, con el asunto de unos monederos falsos, que se reúnen en la *casa del duende*, y cuyo jefe es el propio escribano del lugar. En *Un amigo íntimo* hace, sin duda, alusión á determinada persona.

Como cuadro de costumbres, tiene mucho color *El calesero*, con que Villergas contribuyó á la galería de *Los españoles pintados por sí mismos*, que editaran Gaspar y Roig.

Muy á menudo, como mero pasatiempo, bastábanle para sus propósitos los juegos de palabras, los equívocos ú otros recursos de ingenio más originales. Sirvan de ejemplo aquellas quintillas en que advierte que las palabras extranjeras han de pronunciarse tal como se escriben:

Ya no habrá quien te critique;
ya veremos quien te tose
aunque de guapo se pique,
ni en *l'Angleterre* ó *l'Escosse*
ni en la *Hollande* ó la *Belgique*...

Antes que te desanimes
por el más simple juguete,
te harán, sin que los estimes,
mil elogios en el *Times*
y aun en *The Shipping Gazette*...

Con que echa por esos trigos
y que tu valor no amaine,
mientras aquí, con testigos,
comento yo á tus amigos
las obras de *Lafontaine* (1).

O un curioso romance de palabras compuestas:

Pues con muchos *aspa-vientos*,
personajes *alti-bajos*,
muchos de ellos *mani-rotos*
y algunos *perni-quebrados*,
guiados por *pica-pleitos*,
así, á la *chita-callando*,
quisieron de *pavi-pollos*,
elevarse á *galli-pavos*...

O aquel otro sobre *Descubrimientos*, que ha tenido muchos imitadores:

Si hemos de tomar en serio
las noticias que han llegado,
Colón inventó las colas,
Platón inventó los platos,
Leónidas los leones,
Talleyrand talles y tallos,

(1) Tal vez le sirvieran de modelo unos versos muy conocidos de *Fray Gerundio*,

Campanella las campanas
y Fenelon los fenianos...

Esopo inventó la sopa,
las tertulias Tertuliano,
Malherbe la mala hierba
y las nodrizas Lactancio...

Aunque no abandona nunca el tono festivo, algo más profundo que esa jocosidad se descubre en sus versos. Esto puede observarse aun en composiciones como las de *los meses*, que, con tema forzado, escribió para que sirvieran de texto á los grabados alegóricos del *Correo de Ultramar*, y que figuran entre las mejores de su autor, sobre todo después de las correcciones introducidas en la reimpresión de la Habana. Verdad es que en este género tiene Villergas obras de tanto donaire como *El año de 1865*, publicada en el almanaque de *El Museo Universal*, y el *Juicio del año de 1870*, inserto en *El Moro Muza*.

Por de contado que, aunque tuviese el capricho de filosofar humorísticamente, Villergas se mostraba siempre como un optimista. Así es que cuando Miguel de los Santos Alvarez publicó sus conocidísimas quintillas *A la vida*—de valor escaso, ciertamente, y escritas con una *pose* mal disimulada,—Villergas contestó con otras llenas de consoladora jovialidad:

¿Tú quieres reñir? Mal hecho.
Busca la mortal querida
si así quedas satisfecho:
pero es menester despecho
para reñir con la vida.

Quien en sus años más tiernos,
á su joven vida tantos
lanza anatemas eternos,
más que Miguel de los Santos
es Miguel de los Infiernos.

.

Que aunque me ofrezcan cumplida
la gloria no apetecida
de Figaro y Espronceda,
¡vive Dios, que como pueda...
no he de morirme en mi vida! (1)

Quien con tanta maestría había sabido satirizar á los hombres de su época, no podía menos de distinguirse en la sátira impersonal. Tres sátiras de este género escribió en la clásica forma de los tercetos endecasílabos: *Contra un señor que fué prototipo de los estafadores*, *Contra las condecoraciones* y contra *Los abolicionistas de la pena de muerte*. En la primera, Villergas, por el camino de los buenos modelos, en frases intencionadas y contundentes, condena las mañas de vividores y caballeros de industria:

Cansado estoy de ver, por vida mía,
que mientras más de un probo ciudadano,
inaccesible á toda villanía,
teniendo buen deseo y juicio sano,
por mucho que se afane día y noche,
ganar para vivir pretende en vano,
haya gente que gaste á troche y moche,
levita ó frac cada domingo estrene,
luzca hermosas sortijas, ande en coche,
del más caro Jerez la tripa llene,
y aturda con su fausto á los que saben...
que no pueden saber de donde viene.

.....
Quiero decir que, aunque te falte gana
de conseguir las órdenes de cura,
te darán cada día una sotana.

(1) Por su mayor *autenticidad* copio estas quintillas de *La Risa*, y no de la colección de la Habana (1885).

Y esta vida, infeliz, tan triste y dura,
prolongarse verás por tantos días,
que en ella encontrarás la sepultura.

Pero ¿á qué gasto el tiempo en letanías?
Tú no crees que el cotarro se alborote,
ni realizadas ver mis profecías.

Pues bien: haz lo que quieras, monigote;
prosigue en tus infamias, olvidando
que hay un Dios, un grillete y un garrote...
y que te están de cerca amenazando.

La sátira *Contra las condecoraciones* es más dura.
En ella hace verdadero escarnio, tanto de las cruces
honoríficas, en sus distintas órdenes, como de los
que las reciben, personificados en *Turuleque*:

¡Ay, Turuleque! ¿Conque te han *cruzado*?
¿Qué te han cruzado, dí? Que necesita
ser el suceso con verdad pintado.

¿Te han cruzado la cara... ó la levita?
Todo es igual, hablemos sin rebozo;
ya estás entre la cruz y agua bendita;
y aunque el verte cruzado te dé gozo,
lléveme el diablo, y lléveme en calesa,
si no te compadezco, ¡pobre mozo!

¿Qué pecado, cebón, sobre tí pesa
para que así, tras hórrida andanada,
te declare un *crucero* buena presa?

Sólo tengo por cosa averiguada
que hoy tu pecho no es pecho, ni aun pechuga,
sino estrecha y confusa *encrucijada*...

La sátira contra *los abolicionistas de la pena de muerte*, profunda, razonada y escrita en buenísimos tercetos, dirijese lo mismo á los que, por razones de sentimentalismo, formaban en aquel grupo, que á los propagandistas de ideas disolventes:

¡Fuera todo! Y si más se necesita
que el petróleo ¡adelante! preste ayuda
con su horrible poder la dinamita.

Porque fuerza es lograr, de eso no hay duda,
que cuanto existe se hunda en el abismo
con furia abierto por la gente ruda.

¿No es eso, di? ¿No piensas tú lo mismo?
¿Y no das en reir cuando me quejo
del proceder del nuevo barbarismo?

¿No quieres destruir todo lo viejo
y aplicar *filantrópicas* medidas?
Pues bien: si tales cosas, buen Alejo,
vienen á ser, en cuentas resumidas,
hoy libertad, progreso y democracia...
por más que tú las halles divertidas,
á mí me van haciendo poca gracia.

Para que Villergas fuese por más de un motivo
continuador de la buena tradición, escribió nume-
rosos romances con todo el corte de los que honra-
ron nuestro parnaso clásico. Una jácara quevedesca
parece aquel que empieza:

En el sitio más recóndito
de un hondo zaquizamí,
más bien que botillería
bebedero cocheril,
y cada cual en su mano
la copa de chacolí,
así contaba su historia
Pericón á Periquín...

No le va en zaga el que empieza: *La cosa más
historiada*, ni los titulados *Las mamás*, *Un geóme-
tra*, *El pleito interminable*, *El burro*, *Examen de
conciencia*, *A la luna*, y tantos y tantos más, entre
los cuales nada desmerece el que se titula *A buen
hambre no hay pan duro*, que Villergas suprimió,
ignoro por qué razones, en la última edición de sus
poesías:

Huyendo yo cierta noche
del bullicioso concurso

que cruza de la Cibeles
á la fuente de Neptuno,
en un solitario banco
mullido como un tarugo,
tomé posesión, por vía
de pasatiempo nocturno.
Próximo, de dos mujeres
sentí curioso murmullo,
que en la memoria conservo
sin perder coma ni punto:
—¡Qué desdichada es la suerte
de la mujer en el mundo!
Más que llegar á jamaona
vale bajar al sepulcro.
—Si tú te quejas, amiga,
que has atrapado un Farruco,
¿qué haré yo, contemporánea
del mismo rey Ataulfo?
¡Yo, que en soledad eterna
paso vida de cartujo,
sin encontrar el consuelo
que por todas partes busco!

Cuando es una *solterita*
vive feliz, te lo juro,
mas si llega á *solterona*
no está tranquila un minuto.

Horas, días, meses y años
navega el triste falucho
por el mar de las pasiones
sin hallar puerto seguro;
y en vano extiendes la caña
en el piélago profundo,
que en oliendo á cebo añejo
jamás se prende un besugo.

.
—¿Qué quieres, doncella triste?
Vives en el infortunio,
mas no por eso maldigas
cuanto ves en torno tuyo.

Porque la fatal coyunda
tiene inconvenientes muchos.
¡Cuántos disgustos se pasan
si el marido es un cazurro!
Si alguien te mira, en dos días
no cesan los refunfuños,
y gracias que las espaldas
no te mida con un junco.

.....
Aquí quedó silenciosa
con gesto meditabundo,
limpiando á izquierda y derecha
sus lágrimas como puños.

Yo pensé que la soltera,
convencida hasta lo sumo,
ya para vestir imágenes
quisiera quedar, mas ¡chucho!
Que en ademán suplicante,
llena de amoroso impulso:
—¡Ay—respondió,—amiga mía!
¡quién tuviera tus disgustos!—

Este mal de solteronas
da fuerte y muy á menudo,
pues como dice el adagio,
á buen hambre no hay pan duro (1).

(1) Por el estilo, y no menos notable, es el que publicó en el número 2 de *El Dómine Lucas*, que empieza así:

¡Válgame Dios, Periquillo!
¡Tanta gresca y tanta bulla
para hacer caer á Inés
en la amorosa coyunda!

Para tamaña ignorancia
¿de qué sirve lo que estudias?
¿ó es timidez lo que el goce
de tus deseos perturba?

¿No sabes, pobre, que á causa
de tantas guerras sañudas
tocamos á tres por barba
los hombres, y no son muchas?

Las letrillas y epigramas de Villergas gozan de la popularidad suficiente para que sea necesario hacer el elogio. Pasado hoy de moda el cultivo de la letrilla, siempre quedarán como modelos de gracia y vivacidad muchas de las que escribieron los poetas pasados. Y no sólo figuran en ese número las muy celebradas de Góngora y Quevedo, de Salinas y Esquilache; que en el tan vilipendiado siglo XVIII—con sobrada crueldad en lo que se refiere á cosas literarias,—todavía tenemos las de Gerardo Lobo, Torres Villarroel, Cadalso é Iglesias, merecedoras de la mayor estima. Entre los contemporáneos de Villergas, que mostraron también cierto gusto por las letrillas, él, Bretón de los Herreros y Príncipe son los mejores cultivadores del género. Las letrillas de Villergas, respondiendo plenamente á las cualidades de esta composición poética, están llenas de intención y donosura. Y para demostrarlo me permitiré reproducir una, tomada al azar:

Que haya aquí como en Borneo
y en Portugal como en Flandes
grandes hombres, ya lo creo;
pues hombres tan grandes veo
que estar pudieran por grandes
tirando de una calesa.

¡Chúpate esa!

Como en sus celos se abrasa,
riñe á su esposa Clemente
si la ve fuera de casa;
pero todo se le pasa
cuando ella dice (y no miente)
que ha cumplido *una promesa*.

¡Chúpate esa!

Siempre dado á Barrabás,
el ciento por ciento pide
para dar dinero Blas,
quien jura no pedir más

sólo porque se lo impide
la religión que profesa.

¡Chúpate esa!

¡Con qué estupenda fortuna
pesca noticias Ginés!
Siempre que, por oportuna,
se le ocurre dar alguna,
cuando menos hace un mes
que anda por la corte impresa.

¡Chúpate esa!

Trátame doña Tomasa
de calumniador aleve,
porque le digo, y no es guasa,
que ya de los treinta pasa,
cuando ella los veintinueve
sin dificultad confiesa.

¡Chúpate esa!

Tiene, sin duda, Bartolo
liberales convicciones;
mas observo que el muy bolo
jura que le agradan sólo
las patrióticas canciones,
y entona *la marsellesa*.

¡Chúpate esa!

La pulcra, la relamida,
la devota Salomé,
que de Juan se hizo querida,
y huyó... vuelve arrepentida,
diciendo á todos que fué...
víctima de una sorpresa.

¡Chúpate esa!

¡Bravo! ¡Lindo! ¡Bueno va!
Parece cosa de broma,
pero, de algún tiempo acá,
quien no amaga... es porque da,

quien no pide... es porque toma,
quien no abraza... es porque besa.
¡Chúpate esa!

Gil se luce.—¿En la escultura?
—No.—¿En ciencias?—Es un bolonio.
—¿Se luce en literatura?
—No, señor.—¿En la pintura?
—Menos.—Pues, hombre ó demonio,
¿dónde se luce?—En la mesa.
¡Chúpate esa! (1).

Como epigramista, ningún poeta del siglo XIX iguala á Villergas en gracia y fecundidad (2). Rebo-santes sus epigramas de esa picante malicia que en este género es el todo, «brevitas, mel et acumen apis», se da en ellos el chiste sencilla y naturalmente; y si bien alguna vez se inclinan al *color verde*, cosa es esta de que ningún autor de epigramas ha sabido escapar. Pocós versos habrán tenido la popularidad que alcanzaron algunos epigramas de Villergas, como los siguientes:

Varias personas cenaban
con afán desordenado,
y á una tajada miraban
que, habiendo sola quedado,
por cortedad respetaban.

Uno la luz apagó
para atraparla con modos.
Su mano al plato llevó
y halló... las manos de todos,
pero la tajada no.

(1) Tan diferente es esta letrilla en la edición de la Habana—de donde aquí se reproduce,—á como la publicó por primera vez Villergas, que parece nueva.

(2) 258 epigramas figuran en la edición de la Habana, y no están incluidos todos.

Viendo un entierro el caribe
de un centinela inexperto,
gritó á lo lejos: ¿Quién vive?
Y contestaron: ¡Un muerto!

Cierto escultor no afamado
pero de numen travieso,
hizo un San Antón de yeso,
poniendo su cerdo al lado.

Y entrambos, en un renglón,
explicó, prudente y cuerdo,
cuál de los dos era el cerdo
y cuál de ellos San Antón.

Una camisa perdió
la lavandera Teodora,
y el dueño dijo:—Señora,
usted pierde más que yo;
pues sólo esa me quedó
de las que he tenido á mano,
conque deducir es llano,
por consecuencia precisa,
que al perder esa camisa,
perdió usted el parroquiano.

A Pascual le dijo Gil:
—Mira si hemos progresado,
cuando ya se ha proclamado
el matrimonio *civil*.
—¡Hombre!—contestó Pascual,—
lo veo; pero á fe mía,
que más progreso sería
declararlo *criminal*.

Al borrachón Ceferino
dije un día:—Es cosa fuerte
que hayas estado á la muerte
por un atracón de vino.

Y él, encontrándolo extraño,
gritó:—¡El vino...! ¡tontería!

¡El agua que en él había
fué lo que á mí me hizo daño!

Un joven de talla ruín
que un puro enorme lucía
y á una manola seguía,
largó su piropo al fin.

Volvióse ella, y con desgarro
dijo, al ver al pequeñuelo:
—¿Dónde estará isanto cielo!
el hombre de ese cigarro?

—¡Cómo—le dije á Macías;—
¿aún no has leído de Homero
las egregias poesías?—
Y me contestó altanero:
—¿Leyó él acaso las mías?—

Aquí vive don Andrés,
aquel que con tanta gloria
anda enseñando el francés,
la gramática, la historia
y los dedos de los pies.

Preciso sería copiar todos los epigramas de Villergas, para dar idea cabal de su inimitable gracejo.

*
*
*

Vista á distancia, la labor literaria de un autor se aprecia de modo más total y exacto. Estando muy cerca, ni se puede juzgar del conjunto, por deficiencias en la perspectiva, ni hay medio de contrastarla á la luz de los tiempos. Hoy la labor literaria de Villergas, lejos ya del ambiente en que nació, sacada de su elemento propicio, de luchas políticas é indecisiones literarias, deja ver cuánto hay en ella de permanente y duradero, en medio de lo puramente circunstancial. La fisonomía de

Villergas, propia y peculiar suya, se distingue ahora con todos sus trazos enérgicos y graciosos.

No faltará quien califique á Villergas de *anticuado*. Efectivamente. Anticuados son también Cervantes, Lope, Quevedo, y sin embargo subsiste en ellos eso que nunca pierde el valor, que ni se enmohece ni se consume con el paso de los años. Hubiera sido demasiada pretensión exigir de Virgilio que, en vez de un poema de influencia homérica, nos legase un drama á lo Hauptmann ó á lo Maeterlinck. Y al cabo de algunos siglos, ¿cuál será lo más anticuado?

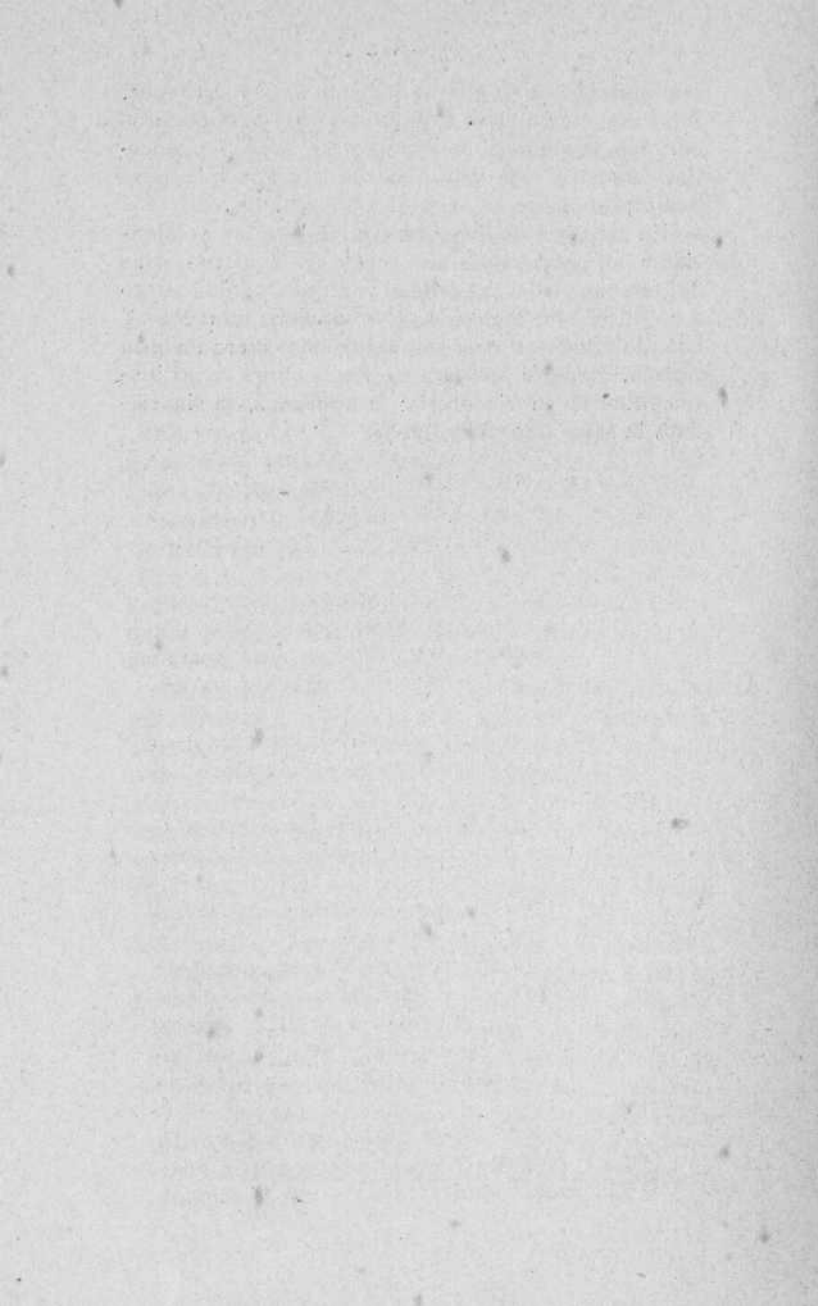
Precisamente en no haber querido señalarse con estudiadas innovaciones, sino en escribir espontánea y naturalmente, como cantan las aves, tiene Villergas gran parte de su mérito. Aquel mozo de Gomeznarro había nacido para versificar, para batallar con la pluma, para llevar el regocijo á los ánimos con su agudo ingenio; por eso dejó la besana de los campos castellanos y buscó terreno apropiado donde exhibir sus innatas aficiones.

Otras personas, de las que desdeñan ciertos pasatiempos del ingenio ó proclaman en literatura el verso de Musset *¡Vive le melodrame où Margot a pleuré!*, calificarán tal vez de *futilidades* las producciones de Villergas. ¡Ah! ¡Quién sabe si será más fútil el gesto displicente de *los hombres serios!* No son fútiles los versos ó las prosas que endulzan la existencia con el bálsamo de la alegría, ni los que enaltecen el nombre de la patria, ni los que fustigan la maldad y la tiranía, la concusión y el atropello.

Y dígase si no es abnegación la del que, á través de los sinsabores que son ley del género humano, sufriendo persecuciones continuas, va derramando á manos llenas la alegría, para que los demás la recojan y aprovechen, ó saca á la faz del día los vicios y los abusos, señalando con el dedo á sus amparadores. Hoy nos parece poco menos que inverosímil el tipo del literato militante, que juega su

tranquilidad y su porvenir diciendo las verdades, ó las que cree que lo son, á los altos y los poderosos. Más cómodos ó más hipócritas, preferimos deslizar nuestra vida por una suave y apacible pendiente, limpia de obstáculos y dificultades.

En ese libro de los siglos que anota las excelencias y los deméritos, las obras de la virtud y las del talento, Villergas tendrá legítima cabida junto á nombres que lograron ya la sanción oportuna. Y cuando espíritus descontentadizos pusieran algún reparo, siempre podría alegar tres cosas como justificantes de su ejecutoria: la honradez, la sinceridad, la sana alegría del vivir.



BIBLIOGRAFÍA

1. Poesías jocosas y satíricas de Don Juan Martínez Villergas.—Madrid: 1842.—Imp. Plazuela de San Miguel, núm. 6.

Segunda edición: Poesías jocosas y satíricas de Juan Martínez Villergas. Segunda edición corregida y aumentada.—Madrid. Imp. de J. M. Ducazcal. 1847.

Tercera edición: Poesías jocosas y satíricas de J. Martínez Villergas. Nueva edición corregida por su autor.—Habana. Imprenta de D. Manuel Soler y Gelada, 1857.

Cuarta edición: Poesías escogidas de Juan Martínez Villergas. Edición costeada por el Casino Español de la Habana en honor del insigne poeta y patricio.—Habana. Imp. Militar de Soler, Alvarez y Compañía... 1885.

2. La Ingratitud. Musa X. A Don Ventura de la Vega y comparsa. Sátira ó como se le quiera llamar.—Madrid, 1842.

3. El baile de las brujas. Poema fantástico-político dividido en contradanzas, por Juan Martínez Villergas.—Madrid, 1843.

4. El baile de Piñata, por Juan Martínez Villergas.—Madrid, 1843. Imp. de Yenes.

Segunda edición: El baile de Piñata, por Juan Martínez Villergas.—20.ª edición.—Nueva York: Setiembre de 1866. (En el mismo folleto están el «Patifiesto dirigido á los españoles en 1854 por Doña María Cristina» y la sátira «Contra las condecoraciones»).

5. Ir por lana y volver trasquilado. Comedia nueva original en dos actos y en verso, por D. Juan Martínez Villergas.—Madrid, 1843.—Imp. Nacional,

6. El padrino á mojicones. Comedia nueva original en un acto y en verso, por Juan Martínez Villergas.—Madrid, 1843.—Imp. de Yenes.

Segunda edición: Varias piezas cómicas, originales y en verso, de Juan Martínez Villergas. Compónese esta colección de una zarzuela inédita, cuyo título es: *El Alcalde de Berlanga*, y las comedias: *Ir por lana y volver trasquilado*, *El padrino á mojicones* y *El Asistente*, representadas hace más de 20 años con buen éxito en los teatros de Madrid.—Habana. Sans.—Imp. y Lib. de Andrés Pego, 1868.

7. Pedro Fernández. Comedia en un acto y en verso, por Juan Martínez Villergas.—Madrid. Imp. de Repullés. Febrero de 1844.

8. Carta del cuco al coco. Por Juan Martínez Villergas.—Madrid. Imp. á cargo de J. Lapuente. 1844.

9. El Cancionero del pueblo. Colección de novelas, cuentos y canciones originales en prosa y verso, escrita y dedicada al pueblo español por D. Wenceslao Ayguals de Izco y D. Juan Martínez Villergas. Madrid, 1844. Imp. de Ayguals de Izco. (Seis tomos).

T. I.—La casa de poco trigo. Novela original por J. M. Villergas.—El vivo retrato, cuento con ribetes de historia ó novela con respuntes de verdad, por J. M. Villergas.

T. II.—Ernestina, por D. W. A. de Izco.—Torremocha, por J. M. Villergas.—El ciego Doblones, por D. W. A. de Izco.—El Tambor, por J. M. Villergas.—El tocador, por D. W. A. de Izco.—El uno para el otro, por J. M. Villergas.

T. III.—Apuestas, cuento original por J. M. Villergas.—La casa del duende, leyenda por J. M. Villergas.—Tic-tac, novela original por D. W. A. de Izco.—El día de San Isidro, por J. M. Villergas.—Origen del Carnaval, por D. W. A. de Izco.—Un baile de máscaras, por W. A. de Izco.

T. IV.—El secreto á voces, por J. M. Villergas.—Los negros, drama trágico en tres actos, por D. W. A. de Izco.

T. V.—Atractivos del invierno, por W. A. de Izco.—El asistente, comedia en un acto, escrita en variedad de metros por J. M. Villergas.—Una dama y dos galanes, por J. M. Villergas.—Un tronera, por J. M. Villergas.—Un día de campo, por D. W. A. de Izco.

T. VI.—Lisonja á todos, comedia en tres actos y en verso, por W. A. de Izco, estrenada en Madrid el día 9 de Junio de 1843 en el teatro del Príncipe.

Segunda edición: Madrid, Imp. de Ayguals, 1847.

10. Los misterios de Madrid, por J. M. Villergas. Miscelánea de costumbres buenas y malas, con viñetas y láminas á pedir de boca.—Madrid, 1844-1845. Imp. de Manini y Comp. y de *El Siglo*. (Tres tomos).

11. Sotillo. Comedia en un acto y en verso, por Juan Martínez Villergas.—Madrid. Imp. de Repullés. Junio de 1845.

12. Soto. Comedia en un acto y en verso por Juan Martínez Villergas. Segunda parte de Sotillo.—Madrid. Imp. de Repullés. Junio de 1845.

13. Soto mayor. Comedia en un acto y en verso, por Juan Martínez Villergas.—Madrid. Imp. de Repullés. Junio de 1845.

14. Palo de ciego. Comedia en un acto, original y en verso, por Juan Martínez Villergas.—Madrid. Imp. de Repullés. Noviembre de 1845.

15. Los políticos en camisa. Historia de muchas Historias, escrita por J. M. V. y un Jesuíta, confesor cesante de los farsantes de alto copete, que sabe todas sus marrullerías porque ellos se las han dicho en secreto de confesión, y él nos la ha revelado también en secreto, así como nosotros en secreto las confiamos á todo el público español recomendándole el secreto. Madrid. Imp. de El Siglo... 1845. (T. I.)

T. II.—(La misma portada, con la sola diferencia de llevar, no las iniciales sino el nombre de Villergas).—Madrid: Imp. de El Siglo. 1846.

T. III.—Patulea, morralla, giste, serrin, virutas, echaduras, calderilla, casquijo, sumúltiplos y residuos.—Adición á los Políticos en camisa, por Don Juan Martínez Villergas y D. A. Ribot y Fontseré (El Jesuíta), miembros de ninguna sociedad artística y literaria, no individuos de la Academia Española, no condecorados con varias cruces de distin-

ción por acciones de guerra, no exdiputados en varias legislaturas, etc., etc.—Madrid: Imp. de El Siglo. 1847.

El tomo IV fué escrito en totalidad por Ayguals.

16. Los siete mil pecados capitales, por Juan Martínez Villergas.—Madrid. P. Madoz y L. Sagasti. 1846.

17. El Tío Camorra. Periódico político y de trueño (1).—(Madrid, 1847-1848).

D. Circunstancias. Periódico satírico-político-liberal.

(Continuación de *El Tío Camorra*. Madrid, 1848-1849).

18. Espartero: Su pasado, su presente, su porvenir. Por la redacción de *El Espectador* y *El Tío Camorra*. Madrid 1848. Imp. de D. Julián Llorente.

19. Los Amantes de Chinchón (Parodia de los Amantes de Teruel). Pieza trágico-cómico-burlesca, en verso, por D. J. Martínez Villergas, D. Miguel Agustín Príncipe, D. Gregorio Romero Larrañaga, D. Eduardo Asquerino y D. Gabriel Estrella.—Madrid. Imp. de la Sociedad de Operarios. 1848.

20. Historia de Bertoldo, la de su hijo Bertoldino y la de su nieto Cacaseno. Obra de gran diversión y de suma moralidad, donde hallará el sabio mucho que admirar y el ignorante infinito que aprender. Repartida en tres tratados, traducida del toscano, anotada y aumentada con un apéndice por el Tío Camorra.—Madrid, Imp. de la V. de Domínguez. 1849.

La 2.^a edición en 1853.—Luego otras muchas.

21. El quid de la dificultad. Guía del viajero político, que deben aprender de memoria los que

(1) Sólo incluiré los periódicos de que Villergas fué director ó redactor único. Omitiré las obras en que figuró como uno de tantos colaboradores, como el *Album de Momo*, la *Corona fúnebre del 2 de Mayo de 1808*, el *Album del Bardo*, etc.

quieran llegar por el más recto de todos los caminos al mejor de todos los gobiernos. Obra político-económico-administrativa, escrita en verso por Juan Martínez Villergas.—Madrid. Imp. de Boix, Mayor y Comp. 1850.

Sólo se publicaron las priemras entregas.

22. Folletos políticos y literarios del Tío Camorra y el Jesuita. I. Carta que acerca del muy aplaudido drama *Isabel la Católica* dirigen al Excelentísimo señor Conde de San Luis, el Jesuita y el Tío Camorra, precedida de unos cuantos piropos al santonismo, que aunque no vienen al caso, darán un rato de buen humor á los santones.—Madrid, 1850.

23. Paralelo entre la vida militar de Espartero y la de Narváez. Obra interesante por su objeto, útil para los que quieran saber á punto fijo las hazañas de los expresados generales, y necesaria á los que fascinados por el brillo de la exterioridad hayan creído ver más que un *héroe* donde apenas hay un *hombre*. Por Juan Martínez Villergas.—Madrid. 1851. Imp. de J. Antonio Ortigosa.

24. Desenlace de la guerra civil, ó sea resumen histórico y examen imparcial de los principales sucesos ocurridos en España desde el último sitio de Bilbao hasta el último sitio de Madrid; es decir, desde la gloriosa acción de Luchana hasta el fenómeno militar de Ardoz, ó lo que es lo mismo, desde el año de gracia de 1836 hasta el año de desgracia de 1843. Por J. M. Villergas.—Madrid. Imp. de J. Antonio Ortigosa. 1851.

25. Sarmenticidio ó á mal sarmiento buena podadera. Refutación, comentario, réplica, folleto ó como quiera llamarse esta quisicosa que, en respuesta á los viajes publicados sin ton ni son por un tal Sarmiento, ha escrito á ratos perdidos un tal J. M. Villergas.—París. Agencia general de la Librería española y extranjera... 1853.

Hay otras varias ediciones.

26. El Correo de Ultramar. Parte literaria é ilustrada reunidas (París, 1853-1854).
27. Juicio crítico de los poetas españoles contemporáneos, por D. Juan M. Villergas. París. Librería de Rosa y Bouret, 1854.
28. El Látigo. Periódico satírico (Madrid, 1854).
29. Apuntes para un drama, por J. M. Villergas. Madrid. Imp. de *Las Novedades*, 1855.

T. VI. Del *Eco de los folletines*.

30. La Charanga. Periódico literario, joco-serio y casi sentimental, muy pródigo de bromas, pero no pesadas, y de cuentos, pero no de chismes, muy abundante de sátiras, caricaturas y otras cosas capaces de arrancar lágrimas á una vidriera, dirigido por D. J. M. Villergas. (Habana, 1857-1858).

31. D. Junípero. Periódico Nigromántico, Agrí-dulce y Joco-serio, al nivel de las circunstancias. (Méjico, 1 Octubre 1858. Un solo número).

32. El Moro Muza. Periódico satírico burlesco de Costumbres y Literatura, dulce como los dátiles, nutritivo como el alcuzcuz, y dirigido por Juan M. Villergas. (1.ª época. Habana, 1859-1861).

33. La vida en el chaleco. Novela original de costumbres no menos originales, escrita y dedicada á los habitantes de la Isla de Cuba por Juan Martínez Villergas.—Habana. Lib. é imp. *El Iris*, de Majín Pujolá y Cp.ª 1859.

34. El Moro Muza. Periódico satírico, económico y literario. Dirigido por J. M. Villergas. (2.ª época. Habana, 1862-1864).

35. Jeremías. Periódico político, literario y gazzoño. (1.ª época. Madrid, 1866).

36. El Moro Muza. Periódico satírico, literario y artístico, dirigido por J. M. Villergas, viajero sistemático y antiguo cazador de sinsontes. (3.ª época. Habana, 1867-1868).

37. Los Espadachines. Novela original por Juan M. Villergas.—Madrid. Imp. de la Victoria... 1869.

38. Jeremías. Periódico político. (2.ª época. Madrid, 1869).

39. El Moro Muza. Periódico Artístico y Literario, dirigido por J. M. Villergas. (4.ª época. Habana, 1869-1871).

40. Al ciudadano J. Rispa y Perpiñá que se llama republicano, después de haber dicho que «los partidos que se llaman populares abrigan siempre en su seno personas indignas de vivir en sociedad». Epístola.—Zamora, 1872. Imp. de N. Fernández. (Una hoja suelta).

41. El Moro Muza. Periódico de literatura, artes y otros ingredientes. Dirigido por J. M. Villergas. (5.ª época. Habana, 1874-1875).

42. Antón Perulero. Periódico satírico de política y literatura. Director propietario: Juan M. Villergas. (Buenos Aires. 1875-1876).

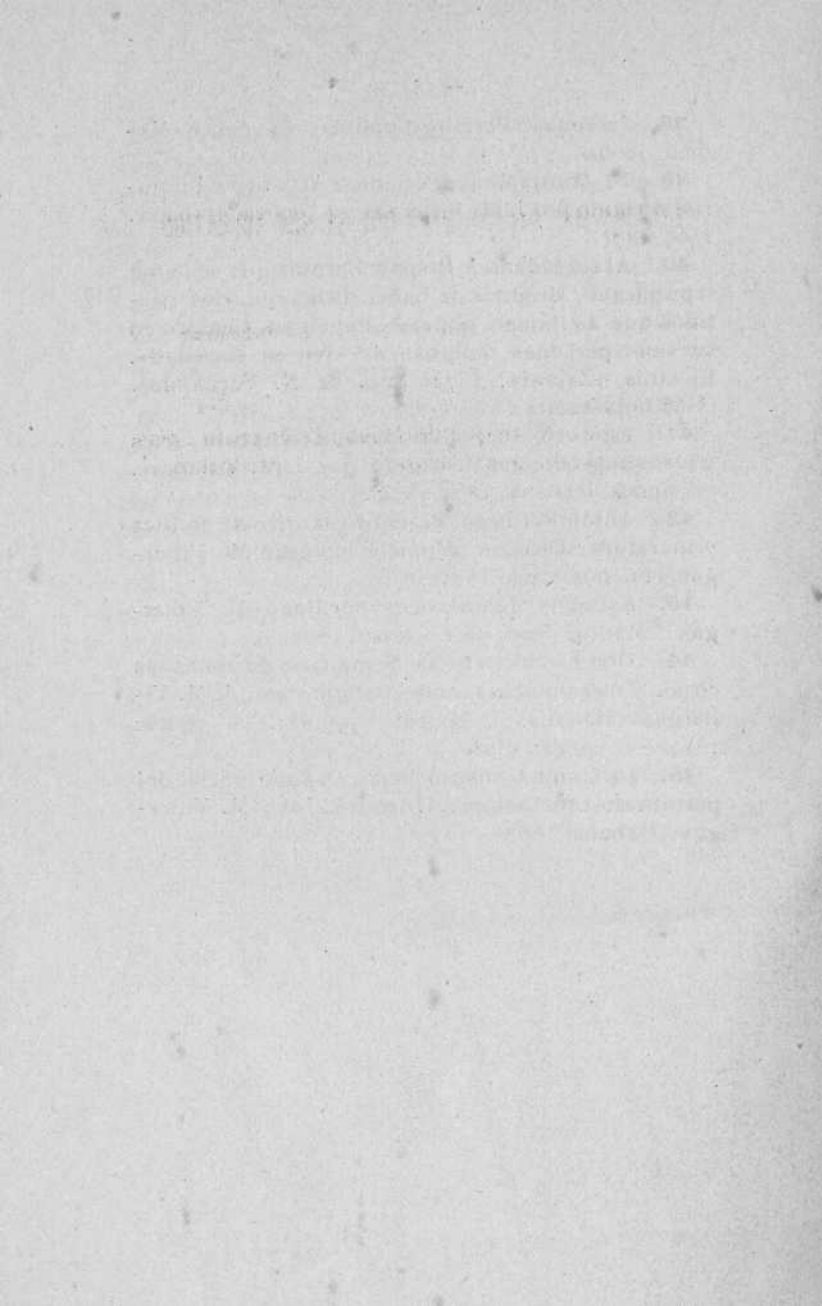
43. Estudios geométricos por Juan M. Villergas.—Madrid. Imp. de Fortanet, 1878.

44. Don Circunstancias. Semanario de todas las cosas y otras muchas más. Dirigido por J. M. Villergas. (Habana. 1.ª época: 1879-1881.—2.ª época: 1884.—3.ª época: 1888).

45. La Unión Constitucional. Organó oficial del partido de este nombre. Director, Juan M. Villergas. (Habana, 1888).

Por extravío de una papeleta, se ha omitido en la Bibliografía la siguiente obra, que debe seguir al número 16, y corresponde á la mención hecha en las páginas 45 y 124.

Todo se queda en casa. — Comedia en cuatro actos, y en verso, original, de Juan Martínez Villergas. — Madrid, imp. de J. González y A. Vicente.—1847.



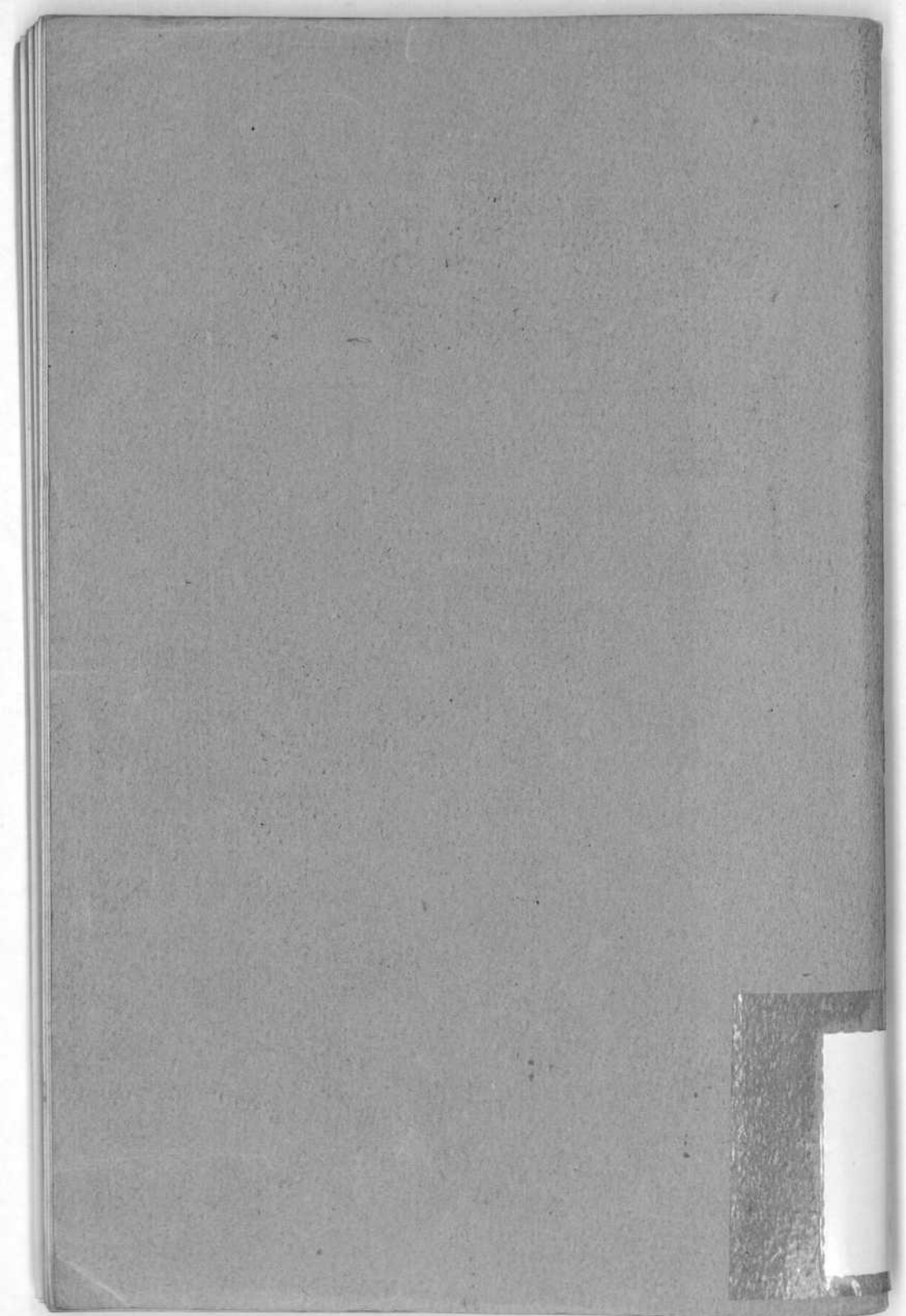
ERRATAS MÁS IMPORTANTES QUE SE HAN ADVERTIDO

Página	Línea	Dice	Debe decir
23 n.	26	<i>ἔλιθνα</i>	<i>ἔχιθνα</i>
39	36	El duque de Frías	D. Joaquín Frías
55	3	proyecto	prospecto

3500

OBRAS DEL MISMO AUTOR

- LA MÁRTIR. *Leyenda*.—Valladolid, 1895.
- FÚTILES. *Poesías*.—Valladolid, 1897.
- REGLONCITOS. *Poesías*.—Valladolid, 1899.
- CONDICIÓN JURÍDICA DEL EXTRANJERO EN LA EDAD MEDIA.—Valladolid, 1900.
- UN PLEITO DE LOPE DE RUEDA. *Nuevas noticias biográficas*.—Valladolid, 1902.
- NOTICIAS DE UNA CORTE LITERARIA.—Valladolid, 1906.
- ROMANCES POPULARES DE CASTILLA. (*Recogidos por Narciso Alonso Cortés*).—Valladolid, 1906.
- ELEMENTOS DE PRECEPTIVA LITERARIA.—Valladolid, 1907.
- RESUMEN DE HISTORIA DE LA LITERATURA.—Valladolid, 1907.
- MODELOS LITERARIOS. *Literatura española* (2.^a edición).—Valladolid, 1909.
- MODELOS LITERARIOS. *Literaturas extranjeras* (2.^a edición).—Valladolid, 1910.
- BRIZNAS. *Poesías*.—Valladolid, 1907.
- ROMANCES SOBRE LA PARTIDA DE LA CORTE DE VALLADOLID EN 1606. (*Reimpresión con notas aclaratorias*).—Valladolid, 1908.
- LA CORTE DE FELIPE III EN VALLADOLID.—Valladolid, 1908.



G I 4682